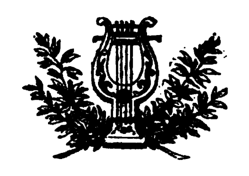
POESIAS COMPLETAS

DE

PLACIDO

(Gabriel de la Concepcion Valdés)



PARIS
EN CASA DE Mme C. DENNÉ SCHMITZ
Librería española, calle de Provence, 12

MÉJICO
LIBRERIA HISPANO-AMERICANA
DE MELLADO, CONTRERAS Y Cª
1856

Gabriel de la Concepcion Valdes, conocido vulgarmente bajo el seudónimo de Placido, nació en Matanzas, ciudad importante de la Isla de Cuba. Hijo de una muger blanca y de un pardo, circulaba por sus venas la sangre africana juntamente con la europea. Reducido desde sus primeros años á la humilde condicion de obrero peinetero, el desarrollo de su noble ingenio hubo de verificarse necesariamente en medio de todo género de dificultades y obstáculos. (1)

No obstante esto, Placido se distinguió desde los primeros años de su juventud por

(1) Algunos biógrafos han dicho y publicado que Plácido fué esclavo. Este hecho no es exacto. Plácido, en efecto, no podia ser esclavo, siendo como fué, hijo de muger blanca.

la amenidad de su trato y su aficion á las letras; por la elevacion de sus pensamientos y por la fuerza de improvisacion que brillaba en todos sus escritos. Nada por lo tanto, nos parece mas digno de admiracion que esta lucha y victoria entre el talento superior y el fatal destino de un hombre que sin instruccion y sin medios para obtenerla, se eleva en alas de su ráuda inspiracion y penetra como por encanto en el santuario de las musas para nunca abatir su vuelo. Gran renombre alcanzó casi inmediatamente despues de haber publicado sus primeras composiciones. La suerte, empero, no le fué mucho tiempo propicia.... El dia 29 de junio de 1844, á las 6 de la mañana, nuestro desventurado poeta fué fusilado en la Habana como reo de Estado.

Con la tranquilidad de un alma que confia en la misericordia del Señor, y alentado por la sublime inspiracion que nunca abandona al génio, durante los dos dias que permaneció en capilla escribió, entre otras composiciones, las que llevan por título *« Una Plegaria à Dios, Despedida à mi Madre, y Adios à mi Lira. »*

Terminaremos esta rápida reseña de la vida del desdichado bardo de Matanzas por las sentidas líneas que dirijió á su esposa pocas horas

antes de morir, y en las cuales prueba que su corazon estaba á la altura de su inteligencia:

«No te entregues al dolor (la decia), porque no sería ser cristiana y te cerraria las puertas de otro mundo de gloria, donde quiero encontrarte entre las personas que me son mas queridas. El llanto que te pido á mi memoria es, que socorras á los pobres, y mi sombra estará risueña contemplándote digna de ser esposa de PLACIDO.»

A UNA INGRATA.

—

SONETO.

Basta de amar : si un tiempo te queria,
Ya se acabó mi juvenil locura,
Porque es, Celia, tu cándida hermosura
Como la nieve, deslumbrante y fria.

No encuentro en tí la estrema simpatía
Que ansiosa mi alma contemplar procura,
Ni á la sombra de la noche oscura,
Ni á la espléndida faz del claro dia.

Amor no quiero como tú me amas,
Sorda á mis ayes, insensible al ruego;
Quiero de mirtos adornar con ramas

Un corazon que me idolatre ciego;
Quiero abrazar una mujer de llamas,
Quiero besar una mujer de fuego.

A MI AMADA.

—

SONETO.

Mira, mi bien, cuán mústia y deshojada
Está con el calor aquella rosa
Que ayer brillante, fresca y olorosa,
Puse en tu blanca mano perfumada.

Dentro de poco tornaráse en nada :
No verás en el mundo alguna cosa
Que á mudanza feliz ó dolorosa
No se encuentre sujeta ú obligada.

Sigue á las tempestades la bonanza,
Sigue al gusto el tedio y la tristeza ;
Perdóname, que tenga desconfianza,

Y dude de tu amor y tu terneza,
Que habiendo en todo el mundo tal mudanza
¿Solo en tu corazon habrá firmeza ?

EN LA MUERTE DE JESUCRISTO.

—

SONETO.

Torva nube que arroja escarcha fria,
Rayos aborta que al mortal espantan,
De las tumbas los muertos se levantan,
Tiembla la tierra y se oscurece el dia.

Las crespas ondas de la mar sombría
Cave las duras rocas se quebrantan,
Ni el rio corre, ni las aves cantan,
Ni el sol su luz al universo envia.

Cuando en el monte Gólgota sagrado
Dice el Dios-Hombre con dolor profundo:
«Cúmplase, Padre, en mí vuestro mandado:»

Y á la rabia de un pueblo furibundo,
Inocente, sangriento y enclavado
Muere en la cruz el Salvador del mundo.

FATALIDAD.

—

SONETO.

Negra deidad que sin clemencia alguna
De espinas al nacer me circuiste,
Cual fuente clara cuya márgen viste
Maguey silvestre y punzadora tuna;

Entre el materno tálamo y la cuna
El férreo muro del honor pusiste;
Y acaso hasta las nubes me subiste,
Por verme descender desde la luna.

Sal de los antros del averno oscuros,
Sigue oprimiendo mi existir cuitado,
Que si sucumbo á tus decretos duros,

Diré como el ejército cruzado
Esclamó al divisar los rojos muros
De la santa Salem... «¡ Dios lo ha mandado ! »

LA PALMA Y LA MALVA.

—

Una malva rastrera que medraba
En la cumbre de un monte gigantesco
Despreciando una palma que en el llano
Leda ostentaba sus racimos bellos:
De este modo decia : «¿Qué te sirve
Ser gala de los campos y ornamento,
Que sean tus ramos de esmeralda plumas,
Y arrebatar con majestuoso aspecto?
¿De qué sirve que al verte retratada
En el limpio cristal de un arroyuelo,
Parezca que una estrella te decora,
Y que sacuda tu corona el viento;
Cuando yo, de quien nadie mencion hace,
Bajo mis plantas tu cabeza tengo?»
La palma entonces remeció sus hojas,
Como aquel que contesta sonriendo,
Y la dijo : «Que un rayo me aniquile
Si no es verdad que lástima te tengo.
¿Te tienes por mas grande, miserable,
Solo porque has nacido en alto puesto?
El lugar donde te hallas colocada
Es el grande, tú no ; desde el soberbio

Monte do estás, no midas hasta el soto,
Mira lo que hay de tu cabeza al suelo.
Aunque ese monte crezca hasta el Olimpo,
Serás malva, y no mas con todo eso.
Desengáñate, chica, no seas loca,
Jamás es grande el que nació rastrero,
Y el que alimenta un corazon mezquino,
Es siempre bajo, aunque se suba al cielo.»
A tan fuerte sermon, la pobre malva
Que no esperaba tal razonamiento,
Calló corrida, entre bejucos varios
Sus desmayadas hojas escondiendo.
A la vez asomaba el sol radiante
Decorando de grana el firmamento,
Y el arroyo, las flores y las aves
Cantaron de la palma el vencimiento.

LOS DOS GALLOS.

—

IMPROVISACION.

Brinca-cercas, un gallo valeroso,
Vencedor de las riñas mas tremendas,
Hallóse cierta vez con Trabucazo
Que tambien valenton nombrado era.
A los primeros tiros, cayó herido

Con una pata ménos Brinca-cercas,
Mandólo el amo levantar al punto,
Y ganó Trabucazo la pelea.
Cantó con arrogancia, escarbó el suelo,
Haciendo del contrario larga befa.
Un mes tras otro fuéronse, hasta un año,
Volviéronse á encontrar por continjencia,
Y el primero le dijo: «Hola, Trabuco,
Mira hoy donde guardas la cabeza;
Porque solo que tu amo te la quite,
La podrás libertar de mis espuelas.»
« Ménos palabras, contestó Trabuco,
Pues si vivo escapaste en la otra fiesta,
Como te pique firme por la barba,
No te daré lugar á brincar cercas.»
Abozáronse al fin los dos contrarios.
Y Trabuco empezó con tal braveza,
Que ya contó cumplir con su palabra
Y dijo para sí, « la cosa es hecha.»
El bravo Brinca-cercas le seguia,
Como el que está velando á quien lo vela,
Y cuando ménos lo esperó Trabuco
Cayó de un tiro desnucado en tierra.
Entónces en silencio se quedaron
Los que aplaudieron su primer pelea,
Y los que le llamaron invencible,
Hoy con placer al vencedor celebran.
¡ Asi pasan las cosas de este mundo !
Pendientes todas de fortuna ciega,
El que hoy es victorioso y aplaudido,
Si es vencido mañana, le desprecian.

JICOTENCAL.

—

ROMANCE.

Dispersas van por los campos
Las tropas de Moctezuma,
De sus dioses lamentando
El poco favor y ayuda :
Mientras ceñida la frente
De azules y blancas plumas,
Sobre un palanquin de oro
Que finas perlas dibujan,
Tan brillantes que la vista,
Heridas del sol, deslumbran,
Entra glorioso en Tlascala
El jóven que de ellas triunfa ;
Himnos le dan de victoria,
Y de aromas le perfuman
Guerreros que le rodean.
Y el pueblo que le circunda,
A que contestan alegres
Trescientas vírjenes puras :
» Baldon y afrenta al vencido,
» Loor y gloria al que triunfa. »
Hasta la espaciosa plaza
Llega, donde le saludan

Los ancianos Senadores,
Y gracias mil le tributan.
Mas ¿por qué veloz el héroe,
Atropellando la turba,
Del palanquin salta y vuela,
Cual rayo que el éter surca?
Es que ya del caracol,
Que por los valles retumba,
A los prisioneros muerte
En eco sonante anuncia.
Suspende á lo lejos hórrida
La hoguera su llama fúljida,
De humanas víctimas ávida
Que bajan sus frentes mústias.
Llega; los suyos al verle
Cambian en placer la furia,
Y de las enhiestas picas
Vuelven al suelo las puntas.
Perdon, esclama, y arroja
Su collar: los brazos cruzan
Aquellos míseros seres
Que vida por él disfrutan.
« Tornad á Méjico, esclavos;
Nadie vuestra marcha turba,
Decid á vuestro señor,
Rendido ya veces muchas,
Que el jóven Jicotencal
Crueldades como él no usa,
Ni con sangre de cautivos
Asesino el suelo inunda;
Que el cacique de Tlascala

Ni batir ni quemar gusta
Tropas dispersas é inermes,
Sino con armas, y juntas.
Que armen flecheros mas bravos,
Y me encontrará en la lucha
Con sola una pica mia
Por cada trescientas suyas;
Que tema el funesto dia,
Que mi enojo á punto suba;
Entónces, ni sobre el trono
Su vida estará segura;
Y que si los puentes corta
Porque no vaya en su busca,
Con cráneos de sus guerreros,
Calzada haré en la laguna. »
Dijo y marchóse al banquete
Do está la nobleza junta,
Y el néctar de las palmeras
Entre víctores apura.
Siempre vencedor despues
Vivió lleno de fortuna;
Mas, como sobre la tierra
No hay dicha estable y segura,
Vinieron atrás los tiempos
Que eclipsaron su ventura,
Y fué tan triste su muerte
Que aun hoy se ignora la tumba
De aquel ante cuya clava,
Barreada de áureas puntas,
Huyeron despavoridas
Las tropas de Moctezuma.

LA PARTIDA DEL PIRATA.

—

ROMANCE.

De un bergantin en la popa
Envuelto en su negra capa,
Fumando tabaco puro
Con una pipa de plata,
Ante cien robustos hombres
Que en él fijan sus miradas,
Estaba el mas bravo jefe
Que han tenido los piratas.
Sobre su purpúrea gorra
La borla de oro resalta,
Cual viva chispa de fuego
Entre una flor de granada;
Su pálida frente anuncia
Y sus siniestras miradas
Que allá en su mente dispone
Alguna horrible venganza
Luego como quien recuerda
De sus desdichas la causa,
El rostro baja, y por él
Rueda una sonrisa amarga.
Entónces la jente ordena,
Su sonora voz levanta,

Y la violenta partida
De aquesta manera manda :

¡A la mar! á la mar, compañeros!
Que la tierra nos quiere tragar;
No hay cuartel, preparad los aceros,
Hierro y fuego : ¡A la mar! á la mar!

No mas danzas, sangrientos horrores
Do quier lleve el fulmíneo cañon;
Tiemblen esos del mundo señores
Solo al ver mi fatal pabellon;
De perfidias é injustos horrores
Nuestra nave nos puede librar.
¡A la mar!

Para estar en desgracia infinita,
Existir oprimido tal vez,
Y morir en la tierra maldita,
Vale mas ser el pasto de un pez.
¿Quién la vida en las ondas me quita
Sin la suya tambien arriesgar?
¡A la mar!

Nuestra nave sus velas estienda
Aunque ruja el sonante aquilon,
De las nubes el rayo descienda,
Suba el Ponto á la etérea rejion,
Y nos lance con furia tremenda
Al averno. ¡Las anclas levar!
¡A la mar!

Dijo el Pirata, los demas callaron,
Y ante su aspecto sosegado y grave
Los cables de las áncoras soltaron.

Al son del pito: la funesta nave
Sus negras velas descorrió gallardas,
Que al soplo de los céfiros se henchian,
Y confundióse entre las nubes pardas
Que el cóncavo horizonte oscurecian...

No ya el canto de aquellos marinos
Era dado en la tierra escuchar,
Pero el eco en los montes vecinos
Aun sonaban ¡A la mar! á la mar!

LA MUERTE DE GESLER.

SONETO.

Sobre un monte de nieve trasparente,
En el arco la diestra reclinada,
Por un disco de fuego coronada
Muestra Guillermo Tell la heróica frente.
Yace en la playa el déspota insolente,
Con férrea vira al corazon clavada,
Despidiendo al infierno acelerada
El alma negra en forma de serpiente.
El calor le abandona; sus sangrientos
Miembros lanza la tierra al Oceáno
Tórnanle á echar las olas y los vientos;
No encuentra humanidad el inhumano;
Y hasta los insensibles elementos
Lanzan de sí los restos del tirano.

EL CONDE Y SU ARRIERO.

—

Tenia un conde un INJENIO,
Y era de aquellos señores,
Que aunque por desgracia nuestra
Se hallan raras ocasiones:

Cifraba su vanidad,
No en los títulos y honores,
Sino en no deber á nadie
Y hacer limosna á los pobres.

Que era su carácter dulce
Y amable, ya se supone,
Pues no puede la soberbia
Unirse á tales acciones.

Gustaba mucho de chanzas,
Y cierta vez ofrecióse
Que á dos leguas de la finca
Dentro de un pantano enorme,

Quedó atascada en el cieno
Una gran paila de bronce.
Como de cruzar faltasen
Otros pasos aun peores,

Trata de buscar un medio
Que las distancias acorte;
A sus empleados llama,
Y sobre ello consultóles.

Despues que todos hablaron,
Sin que hubiese dos conformes,
Dijo el arriero : « Señor,
Yo tengo un plan, DE MIL FLORES.»

Pues habla, repuso el amo.—
Todo el congreso sentóse,
Y él en mitad de la sala
Parado, dijo : « Señores,

Lo mas acertado es,
Que un LOBO grande se compre,
Que lo REJINCHEN DE GRAS,
Le amarren la paila, y doce

Negros con sogas lo traigan
Como empinar papalote :
¿He dicho bien?...» ¡ y muy bien!..
Dijo el amo, ¡ que me ahorquen

Si alcanza mi capital
Para hacer lo que propones,
¡ Qué buen consejero fueras
Si hubieras nacido noble!

Rióse el Señor, y tal risa
Soltaron los consultores
Que cual **PERRO CON VEJIGA**
Me hicieron salir al pobre.

Dirán varios : « Ya se vé,
Nada es que tales razones
Las vierta un rústico arriero,
Que vive y muere en los montes. »

Alto ahí, Señores mios,
Yo he visto proposiciones
Para mejorar la suerte
Adversa de las naciones,

Celebradas por los pueblos,
Y escritas por grandes hombres,
Con mil históricas citas
Y muy limadas razones;

Mas á pesar del prestijio
Fueron y son sus autores
Tan necios para el efecto,
Como el arriero del conde.

MI AMOR.

—

El diablo tentóme un dia
A saber lo que es amor;
Digo que me tentó el diablo,
Y voy á dar la razon.

Dios no inspira cosas malas,
Y ésta tan mal me salió,
Que estoy medio condenado;
Luego no pudo ser Dios.

Como nunca las resultas
Un jóven reflexionó,
Y yo era jóven, sin juicio,
Y de ardiente complexion,

Héme aquí hecho un Macías,
Un Otelo, un Trovador,
Sin conocer á mi Elvira,
Mi Edelmira ó mi Leonor.

Vamos, que despues de várias
Que me lanzaron un *no*,
Alcancé el *si* de una iguana,
Con sus picos de escorpion.

La hice sonetos, quintillas,
Octavas y... qué sé yo,
Ella al fin las aplaudia
Sin entender un renglon.

Gozamos de paz un año,
Por la sencilla razon
Que éramos feos y pobres,
Mandados á hacer los dos.

Mas Barrabás que no duerme,
Quiso que cierta ocasion
Me encontrase en un festin
Con María de la O.

Redonda como su nombre,
Sangrienta como Neron,
Muger en fin de LEY BRAVA,
Harto he dicho, pues, señor :

Encélaseme la niña,
Dióme arañazos, gritó,
Hubo accidentes, suspiros,
Y males de corazon.

Salí del festin rabiando,
Arreciósele el dolor,
Volví con tal de aliviarla,
Y entónces era peor.

Fuíme á dormir ; otro dia,
Y un mes y otro mes pasó :
Por un billete me dijo :
CONCLUYÓSE NUESTRO AMOR.

Como si fuera precisa
Aquesta declaracion,
Para dar por concluida
Cosa que nunca existió.

Y cuando yo mas alegre
Que una pascua en mi interior,
Por verme ya libre de ella,
Le daba gracias á Dios,

Cáteme aquí á mi Eloisa
Inquiriendo cuáles son
Las jóvenes que visito,
Y si es á menudo ó no.

No me deja á sol ni á sombra,
Es como una maldicion,
Que á todas partes me sigue
Llenándome de terror.

Ahora que la he visto bien
Es mas fea que un dragon,
Y estoy por salirle huyendo
Lo menos hasta el Mogol.

Y si llego allá con vida,
Juro con solemne voz,
Que no volveré en mis dias
A probar lo que es amor.

EL PERRO DE AMARILIS.

—

La encantadora Amarilis
Tiene un perrito faldero,
Que segun cuenta ella misma
Le regaló un palaciego;
Y á fé que no era preciso
Para confirmar el hecho,
Al notar sus propiedades
La anticipacion del cuento.
Si llega á la puerta un pobre,
Se lanza sobre él soberbio,
Le acomete, ladra y gruñe
Hasta que abandona el puesto:
Mas cuando se acerca alguno
De ricas galas cubierto,
Le hace fiestas, le acaricia
Y enloquece de contento.
Si advierte que sus bolsillos
Están de monedas llenos,
Le acompaña hasta su casa,
Y no torna en mucho tiempo.
Amarilis rie mucho,
Y suele esclamar riendo:
«¡Se conoce entre qué hombres
Está educado mi perro!»

MI CASA.

—

Quiero á los que me procuren,
(Que hartos son por mi desgracia)
Para evitarles molestias
Dar las señas de mi casa.

No indico calle ninguna,
Pues cual marabú que vaga
Errante por el desierto
Con su tienda de campaña,

Suelo mudarme á ocasiones
Tres veces á la semana;
Y así tengo por mas cuerdo
Bosquejarles mi morada.

Supuesto que ella es la misma,
Do quier que PLACIDO vaya,
Pintando la que hora vivo
Están las demas pintadas.

Cuando veais una puerta
Que jamás esté cerrada,
Porque donde nada queda
¿Para qué llaves ni aldabas?

Dirigid la vista al centro,
Encontraréis una cama,
Tres sillas que fueron nuevas
En tiempos de doña Urraca,

Una mesa que de vieja
Le están temblando las patas;
En un cordel, que es la percha,
Veréis dos piezas colgadas.

¡Es mi ropa de reserva
Para los Corpus y Pascuas!
Son dos camisas ¡oh amigos!...
Guardaos bien de tocallas.

Juro que en el Escorial
No hay mas puertas y ventanas
Que claraboyas en ellas
Del hombro á la boca-manga.

No por eso presumais
Que estén por el cuerpo sanas,
Básteos saber que un poeta
Las desterró de su arca.

De pantalones, ni indicios;
Porque el uno está de guardia,
Y es centinela perpétuo
Mientras el otro se lava.

Veréis fijo en un rincon
Un perno de media vara,
Donde á guisa de despensa
Pende una pequeña jaba:

En ella está un peine roto,
Una escobilla pelada,
Y tres ó cuatro mendrugos
De pan, que parecen balas.

Sin duda que algun raton
Les embistió; mas la chanza
Le costó dejar tres dientes
Y emprender la retirada.

¡No vió que el pan de un poeta,
El que morderlo trata
Debe tenerlo primero
Tres horas y media en agua!

Tengo por tintero un vaso
De la bodega inmediata,
Y el agua en una botella
Que con la vela se tapa.

No barro muy á menudo,
Porque una vecina anciana
Me presta su escoba vieja
Una vez al mes, y gracias.

Por eso, y porque me llena
La botella, no hay mañana
Que no me pida un soneto
Para saludar á Olalla,

A Rita, á Rosa, á Petrona,
A Celestina, á Mariana...
Pues, un SONETO CHIQUITO,
Que así las décimas llama.

Amen de algunos cabillos
De tabacos que me apaña,
Y cuando voy á la imprenta
Quiere siempre alguna estampa.

«Qué mas estampa que tú,
Digo yo para mi capa,
Si eres la misma herejía
Que penas en cuerpo y alma.»

Varios duendes me visitan
Ademas de esta fantasma;
Unos que van á cobrarme
Sin ver que no tengo blanca,

Y otros que van á buscar
Sonetos por toneladas:
Nada me dan, y me piden,
Yo lo hago de buena gana:

Pero cuando llega el dia
Que yo pido y no doy nada,
Ponen el grito en las nubes
Y olvidan LA VEZ DE MARRAS

Ahora tengo un penitente,
Que quiere le saque un drama,
Porque le mordió una oreja
Las otras noches su dama.

Lástima que la doncella
Un poco mas no apretara,
Para dejarle al pedante
De ladron inglés la marca.

Diréis que ya mi discurso
Del propósito se aparta :
Quiero que estéis al corriente
De mis salidas y entradas.

Y, pues, ya sabeis las señas
Que distinguen la mi casa,
Id allá cuando querais,
Pedidme lo que os dé gana ;

Mas si yo os pido algun dia,
Porque pique la CARPANTA,
Y me salís con pretestos,
No vayais nunca á mi casa.

EL GARRAFON DE JUANA.

—

Tiene Juana un garrafon
Forrado de fina paja,
Que con un paño de olan
Sacude á tarde y mañana.

Su tapa imita una estrella
En cuyas seis puntas clava
Puchas de nardos, jazmines,
Y adormideras rosadas.

Con galoncillos de oro
Envueltas tiene sus asas,
Y dellas penden graciosas
Pequeñas borlas de plata.

Le adorna los dias festivos
Para realzar sus galas
Con bellas moñas de cintas
Azules, rojas y blancas.

No sabe dónde ponerlo;
Con él sueña, rie, habla,
Y está mas hueca con él
Que Salomon con el Arca.

Cierta vez como ella fuese
A ver una camarada;
Y yo á fuer de buen amigo
Quedé cuidando la casa;

Quise saber qué misterio
El favorito encerraba:
Llego, destapo, le alzo,
Vírole, y encuentro... ¡nada!

Volví á taparle y torné
A ponerlo como estaba,
Reflexionando despues
El capricho de la dama.

La comparé con el mundo
Porque inciensa y rinde párias
Al hombre que ve cercado
De la esterior pompa vana.

Mas si á examinar llegais
El interior de su alma
La hallaréis hueca, vacía,
Como el garrafon de Juana.

LETRILLA.

—

Quiérote, Lisia, evitar
AMISTADES PELIGROSAS,
Y te advertiré las cosas
De que te debes zafar;
De la que gusta engañar
A sus pretendientes, dando
Esperanzas, y anhelando
Está por ver al que agafa:
¡Zafa!

Si ves á Don Can Cerbero
Falto de oficio y pitanza,
Que es un pobre ARRASTRA-PANZA
Con humos de caballero:
Que al honrado jornalero
Escarnece con perfidia,
Cuando él se muere de envidia
Y vive de lo que estafa:
¡Zafa!

Piedad, hermano Vistrubio,
¿Por qué no cierras los labios,
Cuando tienes mas resabios
Que chispas lanza el Vesubio?
Tú secaras el Danubio
Si te lo dieran de ron,
¿Y murmuras de Simon
Porque apura una garrafa?
¡Zafa!

Cierta dama larga vió
A un andaluz marinero,
Sintióle sonar dinero
Y eterno amor le juró;
Pero el curro que entendió
El achaque á punto fijo,
Se terció su gorra y dijo:
« Mira... pichon de jirafa »...
¡Zafa!

Concede, Lisia, favores
Al que con injenuidad
Diga siempre la verdad
Y te evite sinsabores:
Mas si te trata de amores
Don Hipócrita Cangrejo,
Que parece moro viejo
Envuelto en una almalafa:
¡Zafa!

UN CONSEJO A LAS BELLAS.

—

Sé que es arriesgado asunto
Decir mal de las mujeres,
Y por eso en costos tales
He jurado no meterme :

Mas es preciso silbarlas
Ciertas manías que tienen,
Que son malas para ellas,
Y para los hombres siempre.

Verbigracia, cuando niñas
Ningun galan las merece,
Unos son malos por flacos
Y esqueletos les parecen.

Otros les parecen malos
Por bajos y regordetes,
Éstos por ser desdentados,
Los otros por muchos dientes.

Aquel por hablar con todas.
Por ser muy callado éste.
El último es mudo y tonto,
El primero desvanece.

En fin, ninguno les gusta,
Y si alguna vez sucede
Que correspondan á tal,
Por amor ó entretenerse :

Allí tiene usted los celos
Hasta del agua que beben,
Donde quiera, á cada instante,
Lo acribillan á billetes.

Si el pobre, al fin, se fastidia,
Y toma el unto de VETE,
Se avispan y se alborotan
Como las brujas en viérnes.

Para llamar su atencion
No saben dónde ponerse,
Y si es de los de alma blanda,
Segunda vez se convierte ;

Entónces es cuando ellas
Aprietan la mano fuerte,
« No quiero satisfacciones,
No, señor, no se moleste,

Vaya donde está Fulana,
Que es á la que usted mas quiere. »
Y el mentecato le sufre,
Razones, muecas, desdenes ;

Y se le cae la baba,
En presencia de su Hébe ;
Hasta que pasan los chicos
Cuando de la escuela vuelven,

Y ven aquel hombre allí,
Llorando como un MULEQUE,
Y le cercan entre todos
Y le gritan : ¡ Huye, Pepe !...

Entónces Pepe se escapa
Mas lijero que una liebre,
Con tres ó cuatro pedradas,
Y ella asomándose á verle,

Se rie con los chiquillos,
Que en coro esclama : ¡ á ese !...
Y alegre como unas páscuas
Grita tambien : ¡ Huye, Pepe !...

El tal Pepe, escarmentado,
No verla jamás resuelve,
Llega otro y la galantea,
Y así sucesivamente,

Van cortejando á la niña
Como quince ó veinte Pepes,
Pero ya la niña va
Pasando los veinte y siete;

Y en su interior, de sí misma
Un triste fastidio siente,
Los treinta llegan, y pasa
Llorando el tiempo que pierde.

Los cuarenta se avecinan,
¡ MALA LA HUBISTEIS, FRANCESES !
Ya las arrugas y canas
En pos de Madama vienen.

Ya va caminando á mona,
Y de tal pelaje al verse,
Por no quedar para tia,
Se casa con cualquier Pepe.

Por supuesto, es el peor
De cuantos le amaron fieles,
Mas cual suele el que se ahoga
Asirse á un hierro caliente,

Así llega cierta edad
Que echan mano las mujeres,
De hombres que en su juventud
Habrian tenido por duendes.

Pues ¿no es mas juicioso, niñas,
Ver que es rosa que amanece
Entre-abierta la hermosura,
Y cerca del cáliz tiene

La vejez, que sobre ella
A marchitarla desciende,
Si antes no es la tempestad
Que su córola disuelve?

¡Ay! dejad esas manías,
Desterrad esos desdenes,
No sea que cuando estéis
Mas allá de los dos veintes,

Os pese haber malgastado
La existencia inútilmente;
Porque hasta los condenados
Lloran el tiempo que pierden.

EL AGUILA Y LOS PALOMOS

—

Dos palomos, cuyos nidos
Distaban bien poco trecho,
Trabaron grande disputa
A consecuencia de celos.

Como todas las mañanas
Volasen á un prado ameno,
A comer ciertas semillas
Mal vijiladas del dueño :

Un dia le dijo el uno
Al otro : « Ya te lo advierto,
Cuidado con molestarme,
Pobre, miserable, hambriento :

Tú eres de un triste criado
Y yo soy de un caballero.»
Y aleteando furioso,
Le picaba al decir ésto.

Un águila que posada
Entre las ramas de un cedro,
Estábalos observando,
Dijo lanzándose en medio :

Taimado, ¿por qué razon
Alas y pico teniendo,
Sufres que así te maltraten
Sin defenderte á su tiempo?

«Reina escelsa de las aves,
Contestó el pobre jimiendo:
Ya le hiciera yo pagar
Su insolente atrevimiento;

Mas como él es de un Señor
Y yo de un mísero siervo,
Sé que me aguarda la OLLA
Si á lastimarle me atrevo.»

Mirando el Aguila al otro
«¡Hola! dijo, ¿es justo eso?
¿En la impunidad descansas
Para maltratar sin riesgo?

Pues atended lo que os digo,
Vais á lidiar cuerpo á cuerpo.
A tí, palomo del grande,
Antes de todo te ofrezco,

Que si al amo te quejares
Por lo que te haga del siervo,
Tengo un esbirro milano
Nacido para su empleo,

Voraz cual jugador pobre,
Que á tí, tu amada é hijuelos,
Sabrá arrebatar del nido
Con sus garras de usurero.

A ese mandaré le traiga
A mi presencia con ellos,
Si á éste maltratan por tí
Para devoraros luego.

Con que á lidiar, y no hay mas
Prestijio aquí que el denuedo,
Haga cada cual por sí
Y el que salga mal, silencio.»

No bien la reina acabó
Su justo razonamiento,
Cuando el humilde injuriado
Embistió al otro, diciendo:

« Aquí me pagarás todas
Las injurias que me has hecho.»
Tanto que el Aguila tuvo,
Por caridad del soberbio,

Que separar el combate
Colocando un ala en medio,
Y así el vano pudo apenas
Escapar con el pellejo.

Los que al infeliz ultrajan
En su influjo satisfechos,
Tomen leccion infalible
En semejantes ejemplos.

Si un grande está contra tí
Tu adversario sosteniendo,
Oponle otro grande á él
Y está el partido parejo.

LA FLOR DE LA CAÑA.

—

Yo ví una veguera
Trigueña tostada,
Que el sol envidioso
De sus lindas gracias,
O quizá bajando
De su esfera sacra
Prendado de ella,
Le quemó la cara.
Y es tierna y modesta,
Como cuando saca
Sus primeros tilos
« La flor de la caña.»

La ocasion primera
Que la vide, estaba
De blanco vestida,
Con cintas rosadas.
Llevaba una gorra
De brillante paja,
Que tejió ella misma
Con sus manos castas,
Y una hermosa pluma
Tendida canaria,
Que el viento mecia
« Como flor de caña.»

Su acento divino,
Sus labios de grana,
Su cuerpo gracioso,
Lijera su planta:
Y las rubias hebras
Que á la merced vagan
Del céfiro, brillan
De perlas ornada,
Como con las gotas
Que destila el alba,
Candorosa rie
« La flor de la caña.»

El domingo ántes
De Semana Santa,
Al salir de misa
Le entregué una carta,
Y en ella unos versos
Donde la juraba,
Miéntras existiera
Sin doblez amarla.
Temblando tomóla
De pudor velada,
Como con la niebla
« La flor de la caña.»

Halléla en el baile
La noche de Pascua,
Púsose encendida,
Descojió su manta,
Y sacó del seno

Confusa y turbada,
Una petaquilla
De colores várias
Diómela al descuido,
Y al examinarla,
He visto que es hecha
« Con flores de caña.»

En ella hay un rizo
Que no lo trocara
Por todos los tronos
Que en el mundo haya;
Un tabaco puro
De MANICARAGUA,
Con una sortija
Que ajusta la CAPA,
Y en lugar de TRIPA,
Le encontré una carta,
Para mí mas bella
« Que la flor de caña.»

No hay ficcion en ella,
Sino estas palabras :
« Yo te quiero tanto
Como tú me amas. »
En una reliquia
De rasete blanca,
Al cuello conmigo
La traigo colgada;
Y su tacto quema
Como el sol que abrasa

En julio y agosto
« La flor de la caña. »

Ya no me es posible
Dormir sin besarla,
Y mientras que viva
No pienso dejarla.
Veguera preciosa
De la tez tostada,
Ten piedad del triste
Que tanto te ama;
Mira que no puedo
Vivir de esperanzas,
Sufriendo vaivenes
« Como flor de caña. »

Juro que en mi pecho
Con toda eficacia,
Guardaré el secreto
De nuestras dos almas;
No diré á ninguno
Que es tu nombre Idalia,
Y si me preguntan
Los que saber ansian
Quién es mi veguera,
Diré que te llamas
Por dulce y honesta
« La flor de la caña. »

YA ME CASO.

—

Antes era yo enemigo
Terrible del casamiento,
Mas como dice el adagio
Que todo lo acaba el tiempo,

Con los años voy por grados
De mi oposicion cediendo,
Y estoy medio convertido
A ser un socio del gremio.

¡Qué diablo! suelo decirme,
Si me caso nada pierdo,
Cuando estoy rico, me faltan
Siete reales para un peso:

La pobre á quien Barrabás
Infunda tal pensamiento,
Como se me aguante un año
Que me corten el pescuezo.

En fin, si es tan arreglada
Que no le gusten paseos,
Que lave la ropa, cosa,
Y que cocine (en habiendo).

Que se nutra de quintillas,
Se vista de diarios viejos,
Y saboree las frutas
Que yo le miente en mis versos.

Entonces ya es otra cosa,
Vivirémos años ciento,
Y soy capaz de llevarla
Junto conmigo en muriendo.

No encontrará en mi baúl
Ni memorias de dinero,
Mas si se hace un inventario
Arreglado á mis sonetos,

No habrá tesoro en el mundo
Que iguale á lo que yo tengo,
No digo todos, con uno
Que realice, estoy contento.

Ahí es nada, á mas del sol,
Palacios de oro y luceros,
Coloco un brillante en él
De cien quintales, y eso

Que no lo puse mayor
Porque me faltó el resuello.
Si quiere mantas bordadas,
Y trajes de terciopelo,

Le daré cuantas me pida,
Y costosísimos ternos;
Pero dáreselo todo
En pintura, por supuesto:

Casarme con una rica
No lo haré, porque mas quiero
Ser pobre y libre, que echarme
Por toda la vida un dueño.

Quiérola pobre y sufrida,
Que ayune meses enteros,
Aunque tal cual vez me adorne
Con la corona del ciervo.

Niñas, sírvales de aviso,
A casarme estoy resuelto,
Advirtiendo que la novia
No traiga muchos inviernos.

Que no ha de tener parientes
Criticastros, ni usureros,
Y si es sola en su familia,
Tanto mejor, por aquello

De no casarme con una,
Y me cueste cargar luego
Con suegra, suegro, cuñados,
Primos y gatos y perros.

Si es hermosa y casquivana,
Ya está mi negocio hecho,
Porque me protejerán
Los galantes caballeros.

Entonces, aunque haga coplas,
Las llamarán cantos serios,
Y la Fama en su clarín
Llevará mi nombre al cielo.

Ultimamente, segun
Estoy de inspirado, creo
Que me caso á ojos cerrados,
Hasta con un esqueleto.

Conque, muchachas, al grano,
Acudan todas con tiempo
A hacerme proposiciones,
Porque si no... me arrepiento.

A SELMIRA.

Selmira, no descanses
En esa peregrina
Belleza seductora
Con que á todos los prendas y electrizas.

Mira que el tiempo vuela,
Y en su veloz corrida,
Le siguen presurosas
Las verdes horas de la edad florida.

Le siguen y no tornan,
Y esas horas perdidas
Solo dejan recuerdos
Que envenenan las fuentes de la vida.

Dejan canas y arrugas,
Las fuerzas estinguidas,
Los corazones vanos,
Los cuerpos lacios y las almas frias.

¿No adviertes en la cumbre
De la feraz colina,
Las piedras y techumbre
Por diferentes rumbos esparcidas?

Pues esos son los restos
De una preciosa quinta,
Donde todas las flores
Que ostenta el suelo tropical nacian.

Bajo sus enramadas
Danzaban bellas ninfas,
Coronadas las sienes
De claveles, jazmin y siempre-vivas.

Mas pasaron por ella
Unos tras otros dias,
Los rosales murieron,
Secáronse los nardos y las LINDAS.

Las paredes temblaron
Del temporal batidas,
Y entre sus anchas grietas
Se anidaron las aves de rapiña.

Un sepulcral silencio
Reemplazó la alegría,
El jagüey al naranjo,
Y el cardo y yedra, al lirio y ambarina.

¡Ay! Selmira, este ejemplo
Te enseña que no hay dicha
Segura, ni muralla
Que de los tiempos al poder resista.

Y que sin detenerse
Marcha la humana vida,
De la cuna al sepulcro,
Como los rios que á la mar caminan.

Quizá llorarás tarde;
Pero en vano, Selmira,
Porque el llànto no vuelve
Las verdes horas de la edad florida.

EL EGOISTA.

—

Contemplando un poderoso
Las fosas de un cementerio,
Vió una moneda mohosa
Y levantóla del suelo.

« Ven á mi bolsillo (dijo),
Dichosa mitad de medio,
Que con cadena y corona
Serás hija de mi nieto. »

— Señor, no pises ahí,
(Esclamó el sepulturero)
Mira que abajo reposan
Las cenizas de tu abuelo. »

Mas él sin cuidar de nada,
Prosiguió sobre el terreno
Por ver si hallaba cuartillas
Para adornar á sus nietos.

Nada hay para el egoista
Sagrado en el universo ;
En los templos donde á Dios
Quema el sacerdote incienso,

En los lugares que inspiran,
Un santo recojimiento,
Cuando la peste y el hambre
Diezman y aterran al pueblo,

Él, esteriormente imita
Los relijiosos acentos,
Finje un alma compasiva
A los dolores ajenos.

Hipócrita miserable,
Vive en un contínuo asedio :
Ayuna, vijila y guarda
Para que gocen sus deudos,

Y en su férreo corazon,
Solo cabe un pensamiento :
Tal pensamiento es su Dios
Y su Dios es el DINERO.

A MI AMIGO DORIS

—

SONETO.

Ya ves, Doris, los hados tan contrarios,
No minorar intentes mis martirios
Al suave aroma de fragantes lirios,
Ni al grato són de alondras y canarios.

Píntame oscuros bosques solitarios,
Lóbregas tumbas, funerales sirios,
Adaptables mas bien á mis delirios
Que aves y flores de colores varios:

Pues de amor anudaste el lazo fuerte
Ciñendo á FELA con el mirto de oro
En el próspero tiempo de mi suerte,

Vierte, amigo, tambien doliente lloro,
Y hondos lamentos sobre el polvo inerte
DE UNA MUJER QUE AUN EN LA TUMBA ADORO.

LA SOMBRA DE MINA DELANTE DE BILBAO.

SONETO.

Mientras la fiera horda de canallas,
Con algarada súbita fulmina
A la invencible jente bilbaina
Lluvia horrenda de bombas y metrallas,

Partió de sus Numánticas murallas
La heróica sombra del invicto Mina,
Pura cual rayo de la luz divina,
Tremenda como el Dios de las batallas.

« Añada en mi sepulcro el vate Ibero
» Un triunfo mas á mi brillante historia, »
Dijo la sombra del audaz guerrero :

Y fijando el laurel de la victoria
En las sienes del ínclito Espartero
Voló serena al templo de la gloria.

A MI AMIGO A. A. R.

EN LA MUERTE DE FELA,

EPÍSTOLA.

Desde los bordes del sepulcro helado
Donde descansa el dulce dueño mio,
Cubierta el alma de pesar y luto,
Y en mil vagas ideas sumerjido,
Salud, Antonio Abad, por luengos años
Con amistoso corazon te envío,
Rogando al cielo que jamás la pena
De tí se acuerde en su fugaz camino.
Salud, para que calmes los pesares
Que me agobian y asaltan de contínuo.
Querrásme preguntar: « Con qué derecho
Impetro, Abad, de tu amistad auxilio. »
¿No eres tú de mi patria? ¿No eres vate
A quien alienta de Latona el hijo?
Pues bástame saberlo, eres mi hermano,
Y téngome no ménos por tu amigo.
Mi historia escucha, y plácido responde
Si soy de compasion y amistad digno,

Yo quise á Lesbia en mis primeros años,
Pagó con esquiveces mi cariño,
Hasta que al fin de su desden cansado,

(Pues no sufre desprecios amor fino)
Dejéla intacta en el honor y fama,
Y abandoné sus gracias al olvido.

Luego quise á Filena, y confiado
En la constancia que me habia ofrecido,
Partí lloroso á la serena orilla
Del claro Yumurí : no quedó risco,
Ni verde palma, ni menuda arena
En las riberas del fecundo rio,
Que no me oyeran pronunciar su nombre
Mil veces por el eco repetido.
Torné por suerte de contento lleno
Con ánsias de abrazarla ¡ qué delirio !...
Ya era tarde la ingrata... fué perjura,
Otro era dueño ya de su albedrío.
Lloré, me entristecí, y arrebatado
Atentar contra mí quise yo mismo,
(Tanto puede una aleve, que al mas cuerdo
Hará que pierda la virtud y el juicio).

Aplacáronse al fin mis pesadumbres
Habiendo el rostro de las gracias visto :
Era el de Fela, la mas dulce y pura
Jóven que vieron de Colon los hijos.
La virtud, la modestia y la constancia
Eran sus mas preciados atractivos.
(Prendas bien raras en la edad presente,
Merecedoras de mejor destino).

Todo su afecto encantador gozaba,
Cuando el terrible y fiero torbellino

Del cólera horroroso, á desolarnos
Cruzando el mar del Canadá nos vino:
Aun me atreví á esperar que el cielo santo
En mí mostrara su bondad benigno;
Pero he nacido, Abad, muy desgraciado:
Perder mi único bien era preciso.
Fela no existe, amigo. ¡Ay!... cuánto tiempo
Tardo en ir á buscarla al campo Elíseo!

¿No viste nunca sobre el verde prado
Abrir un tallo rozagantes lirios,
Rivalizando en pompa y en fragancia
Con el rosal risueño, purpurino,
Atraer con su ámbar los amores
Que el néctar liban de su cáliz limpio,
Y que bramando un toro desbandado,
De famélicos canes perseguido
Bárbaro oprime con pesada planta
Las blancas flores que tocó Cupido,
Y torna á alzarse el mísero desnudo
Despojado de flor, aroma y brillo?

Tal es el duro y miserable estado
En que deja la muerte mis sentidos
Llevándose violenta y despiadada
La flor brillante cuyo tallo he sido.
Y espero, Abad, que tu laud sonoro
Entone luego de ciprés ceñido
Fúnebres cantos, que hagan memorables
Los llantos, los lamentos y suspiros,
Que exhalaré constante hasta la muerte

Sobre la tumba de mi bien perdido.
Así el Eterno cólmete de dones ;
Y de ciprés hermoso el bello niño
Orne tus sienes y dorado plectro
De olímpicas rosas y amorosos mirtos.

LA LUNA DE ENERO.

—

LETRILLA.

Resuene el pandero,
Al monte, á la loma,
Vegueros, que asoma
« La luna de enero. »

No la estéis buscando
Sobre el firmamento,
Que viene cual viento
Las flores hollando.
¡ Si al ver el salero
De mi guajirilla
Y el rostro hechicero,
Parece que brilla
« La luna de enero ! »

Abrense las flores
Aromas vertiendo

¡ Qué hermosa es riendo !
Miradla, cantores;
Y los ruiseñores
Con trino parlero,
La cercan volando,
Como saludando
« La luna de enero. »

¿ La veis entre galas
Como aves sencillas
Sobre sus rodillas
Sacuden las alas ?
Cantando el jilguero
Junto á su hermosura
Dice el lisonjero :
« No luce tan pura
La luna de enero. »

El céfiro blando
Y amorcitos bellos,
Rizan sus cabellos
Las hebras soltando :
Y con grato esmero
Salpican su sayo,
Porque es mi lucero
La rosa de mayo,
« La luna de enero. »

A AMIRA.

—

¿Por qué ya no me es dado
Amar como solia
En los primeros años
De mi ajitada vida?

¿Será que ya en mi pecho
No hay delicadas fibras,
Que sientan los efectos
De una pasion divina?

¿Será que ya en mis venas
La sangre corre fria,
Y del sagrado fuego
La llama esté estinguida?

No, vive Dios, mi pecho
Como un volcan se agita;
Mi sangre es un torrente
De lavas encendidas.

Cuando contemplo el rostro
De una gallarda ninfa,
Mi eternidad es ella,
Y el mundo se me olvida.

Entónces como un ánjel
De la rejion Empírea,
Preséntamela siempre
Mi ardiente fantasía :

Mas á tocar llegando
La realidad divina,
Encuentro un ser humano,
Que la ilusion me quita.

Tras este desengaño
Su nombre me fastidia
Y mi ficcion detesto :
Hé aquí la causa, Amira,

Porque ya no me es dado
Amar como solia
En los primeros años
De mi ajitada vida.

EL CANTARO DE JUANA.

Tantas veces le prestó
Juana el cántaro á Vicente,
Y él tantas veces sacó
Agua con él de la fuente,
Hasta que se lo quebró.

No pudiendo otro traer,
Quedó Vicente confuso,
Y Juana, astuta mujer,
Hizo cola y lo compuso
Como Dios lo dió á entender.

Luego prestóselo á Uberto,
El cual se lo trajo roto
(Por donde ya estaba abierto)
Y Juana armó un alboroto
Como si la hubiesen muerto.

El simple Uberto creyó
Ser suya á fé la avería,
Por lo que palabra dió
De abonarlo al otro dia,
Y exactamente cumplió.

En cántaros y en amores
No se gana para sustos,
Pues como dicen autores
Acontece que los justos
Paguen por los pecadores.

COMPAÑIA PELIGROSA.

—

FABULA.

Iban en compañía
Una tarde de invierno,
Corriendo gran borrasca

Un jóven habanero
De zapatito bajo
Sin medias : un « isleño »
De levita y cachucha,
Y un andaluz de aquellos
De ¡ sonci !... ¡ va... la otra !
¡ Po... jeche osté lo mesmo !...
A una taberna entraron
« Pita » larga pidieron,
Y como tres distintos
Sin medio verdadero,
Sobre cuál pagaria
Se armó e l contrapunteo.
Llegáronse á las manos
Y á botellazos luego,
Con que salió el mas sano
Con media cara menos,
Y alcanzaron las chispas
A los que estaban viendo.
En viendo estas compañas
Huye, Fabio, muy lejos,
Que de tal jente unta
No sale nada nuevo.

EL AÑO NUEVO.

—

Ansioso estaba
Juan esperando
El primer dia

Del nuevo año :
La noche antes
No durmió el sandio,
Sus pocos « medios »
Tal vez contando.
Ya, se decia
Consigo hablando,
« Seré dichoso. »
No hay que dudarlo.
Este me encuentra
Con medios varios :
Con dos sombreros,
Jesus, me hallo,
Uno de pelo
Y otro de « guano ; »
Y aunque son viejos,
Son dos ¡ qué diablos !
Dos corbatines,
Camisas cuatro,
Tres pantalones
Y tres zapatos :
Esto en su cama
Decia sentado.
Gritó el sereno :
« ¡ Las cuatro han dado ! »
Salió lijero,
Fuese al mercado,
Tomó una taza
De café amargo
Que le quemaba
La lengua y labios.

Lavarse el rostro
Se habia olvidado
Con agua fria
(Como usan varios),
No reflexiona
Los resultados ;
Toma de ella
Bien lleno un vaso,
Lavóse : luego
Murió de pasmo,
Y por la tarde
Ya era enterrado.

¡ Cuántos placeres
Como éste ansiados
Hay en el mundo
Que deseamos,
Y suelen sernos
Tan mal logrados
Que mas valiera
No disfrutarlos !

CUMPLEAÑOS

DE S. M.

LA REINA GOBERNADORA DE ESPAÑA

Dª MARIA CRISTINA DE BORBON

EL ANGEL DE LA GLORIA.

El arpa, el arpa de oro resonante,
Y el plectro de zafir que el ansia mia
Pulsarla intenta; y cuando el triunfo cante
Del «saber» contra infanda tiranía
Su voz robusta, ardiente y penetrante
Escuchareis, hispanos, aquel dia
Estremecer los antros del averno,
Retumbar ante el solio del Eterno.

Destello santo de la luz divina
Que al orbe pueblas de perennes galas,
Lléname el corazon, mi alma ilumina
Con las chispas eléctricas que exhalas:
Que yo por el oriente de Cristina,
Júrote ser, si en tus doradas alas
Al trono de Jehová mi acento elevas,
Homero en Ilïon, Píndaro en Tébas.

Atendiendo al mérito literario de ésta y otras composiciones, y no á los objetos que las motivaron, les damos cabida en el presente tomo.

Oid mi acento, adalides inmortales,
Modelos de valor y patriotismo,
Unos son nuestros timbres eternales
Humillando al horrendo despotismo :
Pues si el honor con signos celestiales
Del raudo tiempo sobre el hondo abismo
Por vuestros hechos sacros os levanta,
Tambien se inmortaliza quien los canta.

La voz sublime, es alma verdadera,
Del Ser Supremo emanacion notoria,
Que las nubes arrolla en su carrera
Y no puede parar sino en la Gloria :
Tal yo inspirado á la nacion Ibera
La paz predigo, anuncio la victoria,
Y suspendiendo el impetuoso vuelo,
No me es dado cantar sino en el cielo.

Con majestad la noche su funéreo
Velo tendia en el inmenso espacio,
Derramando en el fondo azul etéreo
Igneas flores de fúljido topacio :
Por el lácteo camino el carro aéreo
Guiaba Febo al empírico palacio,
Y recostaba el mar su onda serena
En suave alfombra de brillante arena.

Cuando yo con sublime atrevimiento
Clamé del cielo á la Deidad propicia,
Y en alas del heróico pensamiento
Los triunfos del SABER y la JUSTICIA,
Subí loando á la rejion del viento:

El coro de querubes con delicia
Mis ecos armoniosos consonaba,
Y Dios reia mientras yo cantaba.

Dejando entónces el escelso asiento
El mas bello querub que el coro admira,
Vestido del color del firmamento
Sobre mis hombros revolando jira,
Y hablóme así con inefable acento :
« Al Sumo-Ser que la verdad me inspira
Nadie puede engañar, y á nadie engaña ;
Placido, mira el porvenir de España. »

Dijo, y colmando al punto mi deseo
El misterioso velo se desgarra,
Correr la sombra de los héroes veo
Entre las huestes de Isabel bizarra,
Y á los piés del soberbio Pirineo
Los asolados campos de Navarra,
Donde va á coronar próspera suerte
Al mas justo, al mas libre y al mas fuerte.

¡Salve! salve! Olvidando los rencores
Que de almas nobles es pasion ajena,
Al clamor de los roncos tambores
Y al són lejano del cañon que truena,
Unidos van los bravos vencedores
De Oporto, Waterloo, Bailen y Jena ;
A la deidad de Nápoles admiran,
Por Isabel y libertad suspiran.

Ved el ánjel que Milton nos figura
Del Edem puesto á la dichosa entrada,

En concha de oro reluciente y pura
Revuelve por dó quier la vista airada:
Al descender de la estrellada altura
Los aires hiende su terrible espada,
Y acercándose á Cárlos infelice
Así con jesto amenazante dice:

« ¿Qué maléfica sed de sangre humana,
Ansia de ruinas y ambicion rastrera
Mueve tu corazon de tigre hircana,
A desolar, herir, matar dó quiera?
¿Cómo contra tu augusta Soberana
De cien reyes lejítima heredera,
Rayos tu diestra desleal fulmina?
¿Cómo insultas el nombre de Cristina?

Tanta inocente víctima inmolada
Por tu ambiciosa rabia seducida,
Tanta triste familia desgraciada,
Y tanta sangre sin razon vertida
Con que se vé tu frente salpicada:
¿No conmueven esa alma empedernida,
Cobarde, aleve, vil, traidora, impura,
Débil en lides, en crueldades dura?

¿Presumes subyugar á un enemigo
Que defiende sus fueros soberanos,
Y que se huelga derrocar contigo
El secreto poder de los tiranos?
Hipócrita feroz, teme el castigo
Que te prepara el Dios de los cristianos;
Ya toca el fin de tu carrera impía,
Cercano está de la venganza el día.

Cercano, sí, que á la feroz matanza
Van los alumnos cuya voz resuena,
De Pedro el Grande, el libre de Braganza,
De Ataulfo, de Essex y de Turena.
¿No ves, monstruo, no ves con qué pujanza
De la tumba á romper tu atroz cadena
Sale la réjia sombra de Pelayo,
Y vuelve á tí como á la palma el rayo?

Ya los pueblos á costa de esperiencia
Saben ganar por armas su decoro,
Y castigar la pérfida insolencia
Al marcial eco del clarin sonoro:
Ya cesó la feudálica influencia,
Y los hombres no dan diademas de oro
A quien por oprimir prende en la tierra
Llama infernal de fratricida guerra.

¿Y tú, insensato, á un pueblo ante-glorioso
Quieres cargar de bárbaras cadenas?
¿Turbar su paz, su dicha y su reposo?
¿Dejar de luto sus campiñas llenas?
Al contemplarte, criminal odioso,
Dudo que esté por tan malignas venas
Nobilísima sangre circulando
Del cuarto Enrique y del primer Fernando.

Y vosotros, navarros, que entre hielos
Seguís tan infelices cual valientes
A quien odian los hombres y los cielos,
¿Así hollais los blasones que eminentes
Ganaron vuestros ínclitos abuelos,

Cuyas altivas vencedoras frentes
Decoraron con palmas sobrehumanas,
Tesino, Trebia, Trasimeno y Canas?

¡Oh! nunca lo espereis, él os engaña;
Él os lleva á la tumba seducidos,
Desde el instante que con fiera saña
Por coronarse sublevó partidos;
Dejó de ser un príncipe de España,
Ya es un rebelde jefe de bandidos;
Abandonadle á su perversa suerte,
Y que pague su crímen con la muerte.

Mas si no me escuchais, si la querella
Injusta proseguís encarnizados,
Si el honor sacro de Cristina bella
Profanais por mas tiempo alucinados:
Volveré del Empíreo cual centella,
Os dejaré en el polvo sepultados,
Y haré se guarden vuestros nombres fieros
Para horror pe los siglos venideros.»

Dice, y se torna por la esfera clara
Hasta el templo inmortal donde ha salido.
Absorto Cárlos la vision repara
Silencioso, confuso y aturdido:
Pretende hablar, mas presto resonara
Del mortero el horrísono estampido,
Y de nuevo le asusta y amedrenta
La férrea bomba que á sus piés rebienta.

Mas ¿qué grupo de impávidos guerreros
Salva del monte la enriscada cumbre,

En veloces corceles caballeros
Con rojas teas de funesta lumbre?
¡Oh dolor! al batir de sus aceros,
La fanática y torpe muchedumbre
Yace sin vida, ó á la fuga apela,
Y entre barrancos á esconderse vuela.

Ya los ínclitos héroes han llegado
Ante el pendon flamante de Castilla,
Viriato ilustre, el fuerte Maldonado,
Bravo el tremendo, el inmortal Padilla,
El infeliz y ardiente Empecinado,
Los Leonidas de Mayo, en quienes brilla
El amor puro de la patria, y luego,
Lacy, Porlier, Bertran de Lis y Riego.

Pero, escuchad la voz que jenerosa
Suspende á los campeones peregrinos: —
« Tened, no derrameis sangre preciosa,
Templemos el rigor de los destinos,
Solo merecen muerte rigorosa
Esos dos, esos lobos asesinos. »
Dice con voz de fulminante trueno,
Y señala á Don Cárlos y á Moreno.

¿No ves, Moreno, cuál lijero avanza?
¿No conoces las armas relumbrantes
De ese guerrero ansioso de venganza
Que corre á tí con ecos detonantes,
Recta la aguda vengadora lanza
Y los airados ojos centellantes
En la siniestra de tu pecho fijos?
Tiembla perverso! tiembla!... él es!... TORRIJOS!

El triunfo se consuma, las matronas
Inciensos dan á la bondad divina;
Y el gran Rey de Israel llueve coronas
Sobre los fieles hijos de Cristina:
Las flores y los frutos de ámbas zonas,
Perlas y aromas del Oriente finas,
Y cuanto grande y bello el Sol inunda,
Ornan el trono de Isabel Segunda.

El campo desparece, noche umbría
Cubre mi vista con su denso velo,
Solo percibo el himno de alegría
Que suspenden las aves hasta el cielo:
¡Salve! á Cristina y á Isabel se oia
Del polo Sur á la rejion del hielo,
¡Salve! dijo el nevado Guadarrama,
Y ¡salve! ¡salve! repitió la Fama.

Marcha luego con bélica arrogancia
La sacra hueste que al placer incita,
Hasta la réjia encantadora estancia
« Donde Tajo á Jarama el nombre quita
A Iberia, Lusitania, Albion y Francia,
Allí unidas la patria felicita,
Y allí con entusiasmo sin segundo,
Juran los cuatro libertar al mundo.

Juran, y un astro de color de aurora
Parece en el cenit, y hermoso brilla
Claro y sereno como el sol que dora
Los verdes prados de la fiel Antilla:
Música aérea, divinal, sonora,

Regala al viento blanca nubecilla;
De su centro despréndese la Estrella,
Ráfagas de luz jiran por ella.

Dos ráfagas de luz... Mas ¡oh portento!
¡Dos Jénios son de forma peregrina!
El mas jóven es signo del contento;
Su diestra ofrece cándida y divina.
Las palmas del seguro vencimiento,
Y semeja el mayor una heroina,
Nueva Judith, risueña como el alba,
Que al déspota destruye, al pueblo salva.

Era España el cénit que dicha augura,
El Astro, emblema del SABER naciente,
La nube musical, lijera y pura
El aura libre de la EDAD presente,
ISABEL sacra, el Jénio de ventura
Que anunciaba con faz resplandeciente
La Justicia, la Paz y la Victoria,
Y era CRISTINA el «ANJEL DE LA GLORIA.»

ROMANCE.

—

DESPEDIDA.

Adios, Selmira amada,
Mi dúlce y cara amiga,
Pura, cándida y bella
Cual de un arroyo la serena linfa,

Adios, que triste dejo
La tierra peregrina
Donde están mis amores,
Las amistades, la existencia misma.

Parto, sin saber dónde
El hado me destina,
Mas nunca de mi mente
Se apartará tu imájen, prenda mia.

Cual tórtola medrosa
En noche oscura y fria,
Del arcabuz al eco
El árbol deja dó su amante habita.

Y luego que la aurora
Los cielos ilumina,
Torna al nido gozosa
Y arrullando salúdala festiva.

Así yo arrebatado
De la desgracia impía,
Voy á vagar incierto
Mientras pase la noche de mis cuitas.

Y cuando la fortuna
Mas plácida me ria,
Vendré para ser tuyo
Hasta el último instante de mi vida.

Mi corazon te queda
Y hasta ese feliz dia,
En que á vernos volvamos
No me olvides ; adios... adios Selmira.

LA FLOR DE LA CERA.

—

Una mañana de abril
Antes que el alba serena
Ornara el cielo de nácar
Y los pensiles de perlas,

Paseaba yo divertido
Del San Juan por la ribera,
En un jardin que á su orilla
Preciosas plantas ostenta:

Con un cestillo de mimbres
Y unas tijerillas nuevas,
Estaba una jóven linda
Cortando flores de cera.

Ocultéme entre unas ramas
De jazmin y madreselva,
Que abrazan á un rojo Adónis
Formando bóveda espesa.

Era su frente brillante
Como del amor la estrella,
Sus ojos vivos y hermosos,
Negras y largas sus trenzas,

De marfil su dentadura,
Su boca purpúrea y bella
Y su cútis fresco y blanco
Como la flor de la cera.

Llevaba una manta azul
Bordada de blanca seda,
Cadena y manillas de oro
Y aretes de finas piedras,

Hablando consigo misma
De que la oyesen ajena,
Tomando la mas lozana
Dijo la simple doncella:

« Dice bien Delio que eres
De los jardines la reina:
¡ Si yo fuese tan hermosa
Como el panal de la cera! »

De su voz el eco suave
Me hizo conocer á Lesbia,
Con la cual bailé mil veces
De Pueblo-Nuevo en las fiestas.

Y de Delio bajo el nombre
Le hice amorosas protestas.
¡ Con que aquí mi Lesbia mora,
Y de su Delio se acuerda!

¿ Podré dudar que me ama
Esta inocente belleza,
Tan sencilla, alegre y pura
Como la flor de la cera?

Escogió despues algunas,
Sentóse sobre la yerba,
Formó una hermosa guirnalda
Y se coronó con ella.

Fuése á orillas de un estanque
De agua clara, limpia y tersa;
Vióse el rostro en el cristal,
Y esclamó de gozo llena:

« Ya estará Celio en el puente,
Y cuando pasar me vea,
Dirá que soy tan preciosa
Como la flor de la cera. »

DECEPCION.

SONETO.

A querer con delirio una enemiga
Me condujo fatídica mi estrella,
Y el e quivo desden que encontré en ella
Acrisolaba mi mortal fatiga.
¡ Inhumana ! la dije : ¿ no te obliga
La llama de mi amor? Pues si eres bella
Indícame por Dios cuál es aquella
Senda que quieres que en amarte siga.
Así la dije; y ella desdeñosa
Volviendo el rostro en ademan severo
(Esquivez natural de toda hermosa),
Me dijo : no te canses, majadero :
¿ Quieres verme contigo cariñosa?
« Regálame un quitrin, dame dinero. »

A MI AMIGO

EN LA MUERTE DE FELA.

—

SONETO.

Ven, Elino, á llorar : ya murió FELA :
Ya acabó para siempre mi ventura,
Y yo espiro de pena y de amargura
Si tu fina amistad no me consuela.

¡Ay! cómo el tiempo de la dicha vuela;
Rayo parece que el pesar augura,
Hollando al paso de su planta dura
Cuanto se guarda con mayor cautela.

Yo no puedo vivir sin ser amado,
Ni espero mas amar, ni ser querido ·
Moriré triste de dolor postrado;

Pero antes quiero por tu fé traido
Un fúnebre ciprés dejar plantado
«Sobre la tumba de mi bien perdido.»

EN LOS DIAS DE FELA

DESPUES DE SU MUERTE.

—

SONETO.

Brilla la aurora, dulce Fela mia,
Y no me halla en tu natal cantando
Al grato són de tiplecillo blando,
Como en un tiempo «cuando Dios queria.»

Sobre los bordes de la losa fria,
Coronado de adelfas, suspirando,
Hállame triste y pálido, anhelando
De mi vida infeliz el postrer dia.

Tú, cariñosa y pura, me ofreciste
A despecho del hado y cruda suerte,
Amarme hasta morir... ¡Ay! lo cumpliste;

Y yo imitando tu constancia fuerte,
Si es demencia adorar lo que no existe,
«Juro amar tu memoria hasta la muerte.»

A D. EDUARDO TORRES,

EN EL ARIA DE ASUR.

SONETO.

Eres el mismo Asur, cuando se lanza
Donde las manos que terror te imprimen
Del réjio esposo envenenado, gimen
Deseosos de sangre y de matanza.

Espectro horrible tu cabello afianza,
Y en confuso tropel tu pecho oprimen,
La desesperacion, la rabia, el crímen,
Los celos, la ambicion y la venganza.

Tu mirar imponente y gesto adusto
Deja al espectador suspenso, helado
De admiracion, de pena, espanto y susto;

Aclamándote el pueblo entusiasmado,
Al concederte inmarcesible palma,
Rival de Prieto, imitador de Talma.

AL ANIVERSARIO

DE LA MUERTE DE NAPOLEON.

—

SONETO.

El águila caudal dejando el Sena
Bate sus alas al rayar el dia,
Y de los aires la region vacía
Mide veloz con majestad serena :

Baja y tiende la garra en Santa-Elena
Con que la Europa un tiempo estremecia;
Pugnando por alzar la losa fria
Que yerto cubre al vencedor de Jena.

Suspende al fin el mármol atrevida
Mirando absorta con turbada frente
¡ Tanta grandeza en polvo convertida ! ! !

Y aunque el estrago de sus triunfos siente,
De Bonaparte el nombre al sol levanta,
Su muerte llora, y sus victorias canta.

A DESVAL, EN SU DIA.

—

EL SUEÑO.

I

Las dulces horas célicas volvieron
Que leda remecieron
Tu cuna tropical,
Y murmurando la apacible fuente
Dá salves á tu oriente,
Carísimo Desval.
Esas que miras, nubes de colores
Como alzados vapores
Del insondable mar,
Votos son de salud que al cielo envia
En tu natalio dia
«Dorila de Almendar.»

II

La víspera de tu dia
Tan llena de gozo estaba,
Que discernir no podia,
Si es que despierta dormia,
O si dormida soñaba.

Soñaba ver de azahares
Tus gratas sienes ceñidas,
Y entre los verdes palmares,
Las vírjenes escondidas
Consonando mis cantares.

En el sereno horizonte
Brotar torrentes de lumbre
El padre de Faetonte,
Y yo sentada en la cumbre
Del mas elevado monte.

El campo, desde su falda
Hasta el opuesto confin,
Era un golfo de esmeralda,
Con sus isletas de gualda
Y sus olas de jazmin.

Entonaba mi cancion
Bajo un árbol de virtud;
Sus ramos de gracia son,
Su corteza de salud,
Sus frutos de bendicion.

Por brindarte el mar primores
Es campo de espumas bellas,
El sol, un mar de fulgores,
El cielo, un campo de estrellas,
Y el campo, un astro de flores.

Las aves trinando saltan
Y con sus trinos se asombran,
Porque tu dicha levantan,

Los bosques cuando te nombran,
Los valles cuando te cantan.

Los valles, bosques y flores,
Que ensalzaron otros dias
Con aromas y verdores
Tus nacientes poesías
Y tus primeros amores.

El monte á sus piés desata
Un rio con gracia suma,
Dó el Favonio se dilata,
Bordando rosas de espuma
Sobre alcatifas de plata.

« Goza á tu amante » del hondo
Cauce escucho murmurante,
Y hasta la arena sonante
Parece que desde el fondo
Repite « goza tu amante.»

Hay en la orilla espumosa
Un signo móvil de lamas
Que dice «Ninfa dichosa,»
Y de un yarey en las ramas
Grabado « Dorila hermosa.»

Mas allá, donde el raudal
Rara vez creciendo moja,
Hay un arbusto especial,
Que este lema en cada hoja
Contiene : «Gloria á Desval.»

III

Mas yo anhelante
Junté los versos
Que ví dispersos,
Y dicen tal.

Goza á tu amante,
Ninfa dichosa,
Dorila hermosa,
Gloria á Desval.

IV

Por tres veces dulcemente
Díjome una voz ¡Dorila!
Y sintióla mi alma ardiente,
Tan pura como el ambiente
Que el alba al nacer destila.

Clamé, deidad singular,
Driada de este bosque umbrío,
Ninfa de Cuba sin par,
Náyade del pátrio rio,
Sacra Nereyda del mar.

Con el mas fiel rendimiento,
Yo te suplico ¡oh vestal!
Que por tu divino acento
Oiga Cuba el nacimiento
De mi adorado Desval.

Naturaleza reía,
El ruiseñor gorjeaba,
Galas el Pindo vestia,
Ella tus dichas cantaba,
Y yo soñaba y dormia.

V

Desde el manso Almendar la bella ninfa
Tu ORIENTE ensalza entre su clara linfa,
De límpido cristal.
Su manto de záfir, su faz riente,
De oro sus rizos, de jazmin su frente,
Su carro de coral.
Su nevado cendal ciñen claveles,
Ornan su sien de auríferos laureles
Con ademan gentil.
Y en tu natal las almas enajena,
Pulsando así con dedos de azucena
Su plectro de marfil.

VI

Al nacer Agnicio, brillaba en su frente
Un rayo luciente del sol tropical;
Por eso, con plectro sensible, hechicero,
Ninguno primero cantó que Desval.

Erato su cuna cubriera amorosa
De olivo, de rosa, de mirto y laurel;
Algunas bellezas con plácida calma
Brindáronle el alma, penaron por él.

Empero, Dorila de todas triunfara;
Ninguna igualara su ardiente pasion,
Y un himno de gloria le ofrece mi lira,
Que todo lo inspira su fiel corazon.

En tanto que al cielo mi cántico suba
Será, vírjen Cuba, tu bardo inmortal:
Aves, fuentes, prados, placeres y amores,
Dad por mis loores, salud á Desval.

VII

Voló el sueño y la ilusion;
Pero la ninfa al marchar,
Grabó su diva cancion,
En el fino corazon
De —Dorila de Almendar. *

LETRILLA.

La luz del alba
A cuyos brillos
Loan trinando
Los pajarillos;
No es tan hermosa,
Ni tan serena,
« Como los ojos
De mi morena. »

---

* Esta composicion fué dedicada por el autor en nombre de «Dorila de Almendar.»

La aurora pura
Que en el oriente
Flores y perlas
Muestra en su frente,
Esparce rosas;
Mas no enajena
« Como los ojos
De mi morena. »

No luce Apolo
En su brillante
Fúljido carro
De oro y diamante:
Ni con sus rayos
El mundo llena,
« Como los ojos
De mi morena. »

A ella no igualan
Alba ni aurora,
Ni Apolo mira
Cuanto atesora:
Y si hay quien vierta
Luz tan amena
« Como los ojos
De mi morena. »

ESPECULACION MODERNA.

—

Lúcio entre los figurines
Es el jóven mas apuesto,
Tan medido en sus acciones
Como agradable de jenio:

Toca la flauta al primor
Y alguno que otro instrumento,
Y en fin con sus buenas dotes
De todos gana el aprecio;

Pero tiene una estrañeza,
Y es que nunca fuerza ha hecho
Por acercarse á una hermosa,
Para decirle un requiebro.

Cuando con viejas y feas
Que parecen esqueletos,
Enreda la pita, entónces
Está Lúcio en su elemento.

Preguntéle una ocasion
La causa de tal efecto,
Y él me contestó: — « El motivo
Es bien fácil conocerlo·

A mí, como á cada cual,
Me gusta tambien lo bueno;
Mas á la vez que una esposa
Busco mujer y dinero:

Despues que halle lo que he dicho,
Verás como me manejo.»
No es hoy el único Lúcio
Que especula en casamientos.

DÉCIMA.

Conchita, el grato dulzor
Que mi corazon inflama
Aviva la ardiente llama
De mi ya estinguido amor.
Tu donaire seductor,
Tu cara que solo al verla
Incita siempre á quererla
Hace que te ame cortés,
Pues tu talle, CONCHA, es
Y tu corazon, la PERLA.

A UN CRITICASTRO.

—

Salve, literato insigne,
Erudito á la violeta,
Escritor incomprensible
Y crítico de taberna;

Graduado en una cocina;
Universidad selecta,
Entre cuatro galopines
Dormidos á pierna suelta;

Donde á guisa de tribuna
Subísteis sobre una mesa,
Y el auditorio de gatos
Aplaudió vuestras sentencias.

Era un fogon derrumbado
El trono de presidencia,
Hincado ante el cual, la borla
Recibísteis de una vieja.

Que si no era la herejía,
Segun nos dicen las señas,
Seria la necedad
Su terrible compañera.

¡Salve! y no temais, doctor,
Acometed sin clemencia
Sobre cuanto hablar podais
Las mas terribles empresas:

Y si inspiracion sublime
Os negó naturaleza,
No solo en la poesía
El poder brillar se encierra.

Si nada nuevo sacar
Podeis de vuestra mollera,
Yo os diré un camino fácil
Que os viene como de perlas;

Y estraño que ignoreis vos
Esa venturosa senda,
Pues no hay bruto que la ignore
Ni tonto que no la sepa.

Si á gritos y puñetazos
Los sabios se convencieran,
¡Como hay Dios! que ni Platon
Igualara vuestra ciencia;

Porque teneis, segun creo,
A imitacion de las bestias,
La elocuencia en los rebuznos
Y la razon en la fuerza.

Criticad, pues, á destajo,
Y si algun bobo os contesta,
Dejad el asunto aparte
Y embestidle á desvergüenzas.

¡Salve! Doctor, y pues ya
Os dije el rumbo cuál era,
Seguid por él, y tendreis
Mucha fama y mas pesetas:

Mas líbreos Dios de encontraros
Con uno de vuestra cuerda,
Porque un argumento en bruto
Suele ser convence muelas.

NUEVA JENERACION.

—

FABULA.

Hizo testamento un rico,
Mandólo al punto cerrar;
Despues de muerto le abrieron,
Y poco menos ó mas

Decia : « Dejo por heredero,
Por mi última voluntad,
Con tal que á ninguno pague,
A don Fulano de tal. »

El heredero al oirlo
Juró el mandato guardar,
Y no saldar una cuenta
Ni aquí, ni en la eternidad.

Ciertamente el testador,
Cuando no fuese el Adan,
Era al ménos el Noé
De esta venturosa edad ;

Pues que los hijos de Eva
Están de tal temple ya,
Que han jurado por sus vidas
Antes morir que pagar.

A NICOLAS AYALA,

EN LA MUERTE DE FELA.

—

SONETO.

Brilla el sol en oriente, reina el dia,
Marchando llega al fin de su carrera,
Húndese en occidente, y la ancha esfera
Cubre la noche con tiniebla fria :

Sigue al invierno rica de alegría
La risueña y felice primavera,
Y estío aguarda que el otoño muera
Para estender su dura monarquía.

Todo tiene su fin ; la risa, el llanto,
Y el placer, Nicolás; pero mi suerte,
Mi crecido dolor y mi quebranto,

Mi terrible afliccion y pena fuerte
Por el perdido bien que adoré tanto,
Solo puede aliviarse con la muerte.

EN LA PROCLAMACION DE ISABEL II,

REINA DE ESPAÑA.

—

ODA.

Venga á mis manos por la vez primera
Del júbilo feliz la grata lira,
Aunque sus dones esquivarme quiera
Del Pindo el Soberano.

Sobrado aliento al corazon le inspira
Desde el hispano trono el sol hermoso
Puro y brillante de Isabel Segunda,
Cuya luz, con las ráfagas que envia,
De Iberia hëróica la rejion inunda
El claro cielo de la patria mia.

Que cuando á nombre tan sagrado brindo
Pulsando el plectro de oro,
Para loarlo en cántico sonoro
No necesito inspiracion del Pindo.

De la noche las sombras disipaba
Venus luciente, númen de alegría,
Y las parleras aves y las flores
Saludaban con cánticos y olores
Al astro hermoso precursor del dia.

Del céfiro halagado en mis oidos
Resonaba el rabel de los pastores,
Que al alba festejaban divertidos
Cantando por la selva sus amores.

Mientras yo desvelado,
Abandonando mi campestre asilo,
Me alejaba tranquilo
Las pintadas conchuelas recojiendo
En la tumba del límpido Almendares.

De gozo enagenados mis sentidos,
Fijé la vista en las serenas ondas,
Y ví las ninfas revolver gallardas
Las rubias hebras de sus trenzas blondas.

Y levantando afables y risueñas
Sus bellísimos talles,
Aproximarse á la arenosa orilla,
Donde las llama con acentos graves
Una deidad que entre las otras brilla
Como el águila en medio de las aves.

Depuesto á un lado el fúnebre vestido, *
Marcha al frente con paso majestuoso
De sus náyades bellas,
Revueltas en el azul celeste manto
Tachonado de auríferas estrellas.

---

* Alude al luto de Fernando VII, que se suspendió para la proclamacion.

La Fama en torno gira
De aquel lucido y esplendente coro ;
Sus acentos admira,
Y empuña luego su clarin de oro.

La diamantina cítara pulsando
Con grato acento la ilustrada Cuba,
Al entonar sus ecos
Descoje el rico manto,
Hiere las cuerdas y principia el canto.

HIMNO.

CORO.

Salve! salve! Isabel adorada,
Nuevo sol que la Iberia ilumina,
Salve! salve! adorada Cristina,
Nombres dignos de lauro inmortal.

I

Deja ¡ oh Reina! que cante mi lira
De tu trono el oriente dichoso,
Y que vierta con eco armonioso
Dulce y plácido acento leal.

Por dó quiera la dicha respira,
Y el festivo placer, y el reposo;
No hay cubano infelice ó dichoso
Que no adore tu frente real.

II

La ambicion y maléfica envidia
Cual borrasca voraz quiso fiera
Tremolando su inícua bandera
La áurea faz de tu sólio empañar.

Mas ¿ qué importa si fué su perfidia
Como nube veloz pasagera,
Que impelida del noto en la esfera,
Torna el sol mas luciente á brillar?

III

Si algun dia la paz española
Turba el gérmen de intrigas malvadas,
No carecen mis hijos de espadas
Que conjuren el genio del mal.

Ni esta fuera quizá la vez sola
Que cruzando las ondas saladas,
Con la sangre enemiga empapadas
Se cubrieron de gloria inmortal.

IV

No falaz ilusion te parezca
Este himno que entono á tu gloria;
Cuba soy, y me nombra la historia
Siempre fiel y la Antilla sin par.

Y con tal que mi acento merezca
Siendo ya de nobleza notoria,
Que no olvides jamás mi memoria
Cuba hará á los traidores temblar.

CORO.

Salve! salve! Isabel adorada,
Nuevo sol que la Iberia ilumina,
Salve! salve! adorada Cristina,
Nombres dignos de gloria inmortal.

Así la noble Cuba acompañada
Del lírico instrumento,
La voz soltaba á la merced del viento:
Miéntras yo en una hoja
De la espesa caleta verde y roja,
Y una punzante concha que tenia,
Fijando en ella mis sentidos todos,
Sus ecos celestiales inscribia.

Llevóselos la Fama hácia el oriente:
No, reina bella, porque son mis versos
De que la Fama los encumbre dignos.

Mas la ardorosa é inestinguible llama
De heroicidad que inflama
El feraz suelo de mi patria hermosa,
Reforzando con vínculos sagrados
Los fraternales lazos nunca rotos,
Y los fervientes votos
Que sus hijos al santo cielo elevan
En tu real solemnísima proclama,
Son dignos de tu Trono y de la Fama.

DIADEMA RÉGIA.

A LA JURA DE LA PRINCESA HEREDERA.

—

Nunca tan bella la rosada aurora
Al descorrer la nocturnal cortina,
Con las perlas bordó que el alba llora
Y flores mil su frente purpurina:
Cual hoy, que apenas cándida colora
La trasparente esfera zafirina,
Cuando ya la saludan los pastores,
Los cielos, y las plantas, y las flores.

Mas ¿qué arrebato y general contento
Hiere mi oido? ¿regocijo tanto
Esparce de la aurora el nacimiento?
¿No rasga siempre de la noche el manto
Con el propio fulgor y lucimiento?
¿Las aves no la dan el propio canto?
¿Cuál es el móvil que la misma siendo,
Hoy produce placer tan estupendo?

Absorto así mi corazon, decia:
Cuando asomando Febo reluciente,
Rayos de oro y púrpura tendia
Y de diamantes en el rojo oriente,
El céfiro las flores remecia
Perfumando de aromas el ambiente,
Y al sol daban con ánsia peregrina,
Salva en la tierra, y salva en la marina.

Grupo gentil de náyades hermosas
Nacidas en la culta patria mia,
Coronadas de amelias y de rosas
Hácia mi choza en direccion corria.
Salúdanme con voces amorosas,
Y dijéronme : « PLACIDO, este dia
» Celebra en fiestas la ilustrada Habana
» A Isabel, su futura Soberana. »

Entónces de entusiasmo poseido
Y de gozo y placer arrebatado,
Tomé el blando rabel que en triste olvido
Yacia largo tiempo abandonado.
Y entre el gentío inmenso confundido,
Danzando corro al floreciente prado :
¡ Viva Isabel ! resuena en mi cabaña,
Viva ! viva Isabel ! y viva España !

En pos de la ciudad las ninfas bellas
Van con cestillos de olorosas flores,
Y Delio, y Velez, y Desval entre ellas
Al cielo suspendiendo mil loores,
Marchan vertiendo plácidas centellas
Dando envidia á los dulces ruiseñores,
Y alejando los hórridos pesares
Al grato son de líricos cantares.

Delino llega, y á su voz divina
Redóblase el placer, la dicha crece.
« Salud, esclama, á la inmortal Cristina,
» Y al nuevo sol que Iberia nos ofrece.
» Viva Isabel ! estrella matutina

» Que tras la negra tempestad parece. »
Y el pueblo le contesta vivas dando
A Isabel, á Cristina y á Fernando.

Gozaos de mi patria en la alegría,
Y á mi acento reid, nobles guerreros,
Los que en Bailen y San Marcial un dia
Temblar hicisteis á los galos fieros:
Ved cual se lanzan de la tumba fria
Ruiz-Diaz, Lara, Córdova y Cisneros,
Y rie el panteon donde descansa
El vencedor de Lúsara y Almansa.

Sagrados génios que la gloria hispâna
Ensalzais junto al régio Manzanares,
Venid á visitar la culta Habana,
Que en su playa el clarísimo Almendares
Os mostrará la frente soberana
Coronada de piñas y palmares,
Y os dará de sus hijos el acento
Fraternal y benigno acogimiento.

Y luego á vuestros lares retornando
Regalareis la nueva venturosa
A la Esposa del Séptimo Fernando,
Come celebra Cuba deliciosa
Su real Princesa, impávida jurando
Laurear de Isabel la sien gloriosa,
Y á falta de varon, darla la silla
Y el cetro de Leon y de Castilla.

Mas ¿qué pretendes, rústico instrumento?
Deja atrevido el desusado canto;

Pues esplicar no puedes mi contento,
Torna al olvido en que por tiempo tanto
Sepultado estuviste : Vates ciento
Coronados de rosas y amaranto,
Loarán por la Habana peregrina
A la Hija Augusta de la gran Cristina.

LA AMBARINA.

A LOS DIAS

DE LA REINA GOBERNADORA DE ESPAÑA

Doña María Cristina de Borbon.

Céfiro blando, que en la arboleda
Bullendo esparces fragante olor,
Cruza los mares y da á Cristina
Ésta de Cuba célica flor.

Ésta, que el campo de ámbares llena
Cuando amanece fúlgido el sol,
Como ella vierte sus beneficios
Desde el escelso trono español.

Cual tigre hircana voraz destroza
Tiernas ovejas sin compasion;
Así sedienta de sangre humana
Reinó tres siglos la Inquisicion.

El hombre ilustre tales escenas
Viera de ruina y desolacion,
Sin mas arbitrio que era aplaudirlas,
Ô ser quemado por fracmason.

Mas ¡ oh ventura ! Cristina llega
Velado el rostro de majestad,
Cual aparece radiante estrella
Tras noche horrenda de tempestad.

Cúbrese el campo de alegres flores
Al divo aspecto de su deidad,
Y desde Gades hasta Pirene
Resuena el grito de libertad.

Traspasa el eco los anchos mares,
La régia Antilla lo oye sonar,
Y le repiten alborozados
San Juan, y Güines, y el Almendar.

La Fama empuña su trompa de oro
Y por los aires se ve volar,
Cual aura mansa que se desliza
Sobre las olas del hondo mar.

Quien lleva santos y esgrime espada
Acrecentando la rebelion,
Y cruel seduce los infelices
Bajo pretesto de religion :

Es una fiera voraz, inícua,
Maligno miembro de la nacion,
Mónstruo execrable, que con mil vidas
No paga el colmo de su traicion.

¡Sangre y venganza! ¡Sangre y venganza!
Se alzó gritando la usurpacion,
Como el espectro que hablaba á Oreste
Sobre la tumba de Agamenon.

«¿No quereis sangre? pues, tomad sangre»
Dicen los héroes de la nacion,
Y huye aterrada cual torva sombra
Del negro Tártaro á la mansion.

Hijos de Cuba, cuando yo muera
Con AMBARINAS me coronad;
Y si aun existe nuestra gran Reina
Hacedme el gusto de no llorar.

¡Isabel viva! ¡Viva Cristina!
Decid al punto de me enterrad,
Y yo os ofrezco de responderos
¡Vivan! y viva la libertad.

AL CUMPLEAÑOS

DE S. M. LA REINA GOBERNADORA.

¡Gloria eterna á la sábia Cristina!
Aclamaron las aves y flores,
Y las ninfas y dulces amores
Saludaron su réjio natal:

Al Empíreo mi voz se levanta
De tu vida impetrando el aumento ;
Solo es tuyo mi plácido acento,
Tuyo es, Reina, mi aliento vital.

Ya el Cintio carro de la blanca luna,
Con tardo paso del cenit declina ;
Brilla la aurora que en la réjia cuna
Rosas vertió de la inmortal Cristina.

Sagrado nuncio de feliz fortuna
Que á Iberia salva de futura ruina,
Y con la noche oculta el despotismo
Su torvo ceño en el profundo abismo.

Ceñid, habaneras,
Las sienes hermosas
De nítidas rosas
Con grato arrebol :
Cantad placenteras,
Que ya en el oriente
Reluce la frente
Del cándido sol.

Así por la ribera floreciente
Del límpido Almendar alborozado
Cantaba yo : las aves despertando,
Gratas responden, y el melífluo acento
Los prados y las selvas alegrando,
Volaba en alas del Favonio blando :
Cuando lejano resonó en mi oido
El dorado clarin con que la Fama
Los altos hechos del honor proclama,

Librándolos del tiempo y del olvido.
El delicado tímpano al sonido
Dulce trasporte comunica al alma,
Y en apacible calma
Su canto escuchó de placer dormido.

¡ Salve ! ¡ salve Cristina !
Mentor de Isabel bella,
De Parténope estrella,
Númen anjelical.
¡ Salve, deidad divina !
¡ Salve, jénio fecundo !
Mientras exista el mundo
Tu gloria es inmortal.

Mas ¿qué escelsa deidad la sien ceñida
De albo jazmin, en ademan bizarro,
Por las sagradas artes conducida
Baja á la tierra en diamantino carro
Rodeada de blandos cefirillos,
Que el amoroso aliento
Hurtan del campo á las fragantes flores,
Y alada banda de amorcitos bellos,
Cuyas manos graciosas
De balsámicas rosas
Decoran sus auríferos cabellos
De frescos lirios con sencillo adorno
Gratos revuelan de su frente en torno ?

Salud ¡ oh libertad ! salud mil veces,
Pues derramas propicia
Dó quier que vas, con plácida influencia,

El benéfico jérmen de la ciencia,
La abundancia, la paz y la justicia.

La sien ceñida
De verdes palmas,
Ostenta Cuba
Con majestad.
Llegó ya tiempo
Que adore el mundo
Las sábias leyes
De la verdad.

Nació Cristina
Cuando la Iberia
Jimió en cadenas,
Y su deidad
Fijó en la tumba
Del despotismo,
Fúljida antorcha de libertad.

Rasga el sol con sus rayos de diamante
De oro sutil la tropical cortina,
Y el estampido del cañon sonante
Salvas tributa á la inmortal Cristina :
Tambien del bronce al eco penetrante
Responde estrepitosa la marina,
Y de banderas mil empavesada
Su gozo esplica la española armada.

Loor y gloria, el Pirene respira,
Alegrando su voz sonora
De Canímar la frente espumosa
Y las ondas del claro Almendar ;

A tus plantas la negra perfidia
Verá rotos sus planes impuros,
Cual de Gades potente en los muros
Se disuelven las olas del mar.

A LOS DIAS

DE LA REINA DE ESPAÑA DOÑA ISABEL II.

—

LA SOMBRA DE PELAYO.

ODA.

Cuando los altos montes se estremecen
De los airados vientos al silbido,
Y las aves y fieras se guarecen
En cóncavas cavernas, ó perecen
De la centella al súbito estampido :

Mientras ni el ruiseñor ni el cisne canta
Y todo es susto, y confusion, y duelo,
Altiva entónces la condor levanta
Ceñida de relámpagos el vuelo ;

A su brillante lumbre
Desdeña de los Alpes la alta cumbre
Impávida y tremenda como Palas,
Y con mirar sereno
Por la rejion horrísona del trueno
Bate atrevida sus potentes alas.

Tal yo en mitad del general espanto
Que incertidumbre por dó quier respira,
Pulso risueño la sonante lira,
Vuelo á la cumbre del Olimpo, y canto.

En el cántabro mar, cabe una roca
Que del Bóreas los ímpetus contiene,
Y en ondas de cristal Tétis sagrada
Cuando no ruje airada,
De verde viste como al campo mayo,
La sombra ví del inmortal Pelayo.

En su noble ademan la accion se mira
Que al hombre imprime potestad suprema,
Su magnánima faz aleja el llanto,
Cubre su noble cuerpo rojo manto,
Sus sienes ciñen inmortal diadema.

Al lucir en oriente la áurea llama
Del astro universal que luz derrama,
Desnuda osado la fatal cuchilla
Y el pendon tremolando de Castilla
Torna ledo la vista á Guadarrama.

« Nieta de San Fernando, (el héroe dice)
Salud y bendicion. Aunque ajitada
Por el fiero huracan de las pasiones
Está tu régia cuna, siempre amada
Serás de los iberos corazones.

Los que sostienen tu gloriosa silla,
Los que combaten al feroz tirano
Que usurpar quiere el sólio de Castilla,

Los que defienden el dosel hispano,
Tus hijos son y nietos de Padilla.

El cielo hará que de terror se llenen
Los pérfidos que ultrajan tu persona,
Y que los males calmen y serenen,
Cuando Isabel y libertad resuenen
« Del mar de hielo á la abrasada zona. »

Ha dicho el padre de la patria, y luego
Por la rejion etérea se ha marchado
Con plácido sosiego,
Cual si el Sumo-Hacedor le hubiese dado
Alma de rayo, inspiracion de fuego.

De noble ardor se inflaman
A su voz los alumnos de la gloria,
Y « ¡ oh sacrosanta libertad ! esclaman,
« Salves por tí, por Isabel victoria. »

AL CUMPLEAÑOS

DE S. M. LA REINA GOBERNADORA.

Alba esplendente del abril lucido,
Que á Iberia colmas de contentos mil,
Yo te saludo de placer henchido,
Alba serena del floroso abril.

Yo te saludo, estrella matutina,
Porque tu faz la cuna iluminó
En que risueña, cándida y divina,
La régia madre de Isabel nació.

Yo te saludo, refuljente aurora,
Pues por tu luz el despotismo, ya
En antro oscuro para siempre mora,
De donde nunca á destruir saldrá.

Salves á tí tambien mi lira canta,
Feliz mil veces y radiante sol,
Al ver que libre como tú levanta
Su erguida frente el ínclito español.

II

El español, sí, que un dia
Cuando libre respiraba,
El mundo le obedecia,
Europa á su vez temblaba
Y hasta Dios le protejia.

Pero su frente humilló
Al despotismo cruel,
Y el mundo no le acató:
Burlóse Europa de él,
Y Dios le desamparó.

Dios le dejó de sus manos,
Y tiempos lloró azarosos,
Siendo del Cid los hermanos
Presa de horribles facciosos
Y de sangrientos tiranos.

Hasta que el Sumo-Hacedor,
Alzando la voz divina,
Dijo : « El astro salvador
Luzca lleno de fulgor, »
Y entónces nació Cristina.

Y era flor de inspiracion
Como las rosas de mayo,
Querubin de bendicion,
Que vino á la redencion
De los nietos de Pelayo.

Brotan sus ojos fulgores,
Ambar sus mejillas bellas,
Su seno nido de amores,
Su rostro campo de estrellas,
Su cuna un nido de flores.

Y el ibero le adoró,
Porque en su triste horfandad
Habia, mientras durmió,
Perdido la libertad,
Pero el heroismo no.

Seguros de la victoria,
Vuelan por ella á la lid,
Fijan su nombre en la historia,
Y le dan himnos de gloria
Los descendientes del Cid.

Y un cisne del Yumuri
Que tambien del Cid desciende,
Abre el pico de rubí

Sus alas al aire tiende
Y canta su oriente así.

III

Estaba el cielo de azul vestido,
El alba apenas al despuntar,
El campo alegre, verde y florido,
Céfiro dulce rizaba el mar.

La primavera mil atractivos
Daba á los séres en su estacion;
Pero los hombres eran cautivos,
Y érase un siglo de maldicion.

Cuando en su trono de Dios el Hijo
Alzó la diestra con majestad,
Miró á la tierra, dolióse, y dijo:
« Luzca la estrella de libertad. »

Al eco santo brilló la estrella,
Y el éter claro de la rejion
Quedó encendido, como la huella
Que tras sí deja la exalacion.

Oculta, pura brilló en su infancia,
Despues luciente se vió jirar,
Dejó el Vesubio, cruzó la Francia,
Y Francia en Julio supo triunfar.

Brilló en España... Deten el vuelo,
Cisne de Cuba, no cantes, no.
Toda la Europa, y el sol, y el cielo,
Y el mundo digan lo que pasó.

¿Callaré, España, de tu tormento
El negro tiempo ?... Debo callar ;
Pero que calle su nacimiento
¿Quién atrevido puede mandar?

Nadie en la tierra, ni el cielo mismo
Querrá en olvido se pierda, no.
De aquella el lauro, que el despotismo
En el averno por siempre hundió.

Y aunque á los malos el himno asombre
Que al gozo entono de tu natal,
Cristina réjia, tu sacro nombre
Para los buenos será inmortal.

A LA MUERTE DE MI AMIGO C. DE G.

—

DÉCIMAS.

Jénio de la amistad pura,
Que en el alto Empíreo estás,
Cuyo sacro fuego, mas
Que el oro y la vida dura :
La copa de la amargura
Con tu proteccion y abrigo
Veré si apurar consigo,
Para verter con ardor
Llanto de pena y dolor
En la tumba de un amigo.

¡Oh! si fuera tal mi suerte
Que con lúgubres gemidos
Ablandara los oidos
De la inexorable muerte:
Pero en vano el polvo inerte
Quiere el llanto resarcir,
No retornará á vivir,
Pues sé con harto pesar,
Que no vuelve á respirar
Lo que dejó de existir.

Ví un niño por diversion
Formar un globillo astuto,
Introduciendo un canuto
En misto de agua y jabon:
Del Iris la variacion
En sus colores denota,
Y cuando de su derrota
Tocaba al mayor aumento,
Sutil ráfaga de viento
Le convirtió en leve gota.

Este globillo lucido,
Tan bello cual desgraciado,
Como fué de agua formado,
Quedó en ella convertido:
Así el hombre divertido
Sigue la senda dorada
De bien ó de mal sembrada
Que le prepara la suerte
Y en nada al fin se convierte
Porque nació de la nada.

¿Veis cuando la primavera
Engalanando el abril,
De ámbares y flores mil
Enriquece la pradera;
Y hórrida borrasca fiera
Viene de opuestos confines,
Destrozando los jazmines
Y rosas que en horizontes
Fueron pompa de los montes,
Y adorno de los jardines?

Así su frente amistosa
Mostró Jerino, cabal,
Integro, franco y social,
Cual la Primavera hermosa:
Cuando la parca alevosa,
Como horrenda tempestad,
Sepultó en la eternidad
Al que fué por su virtud
Jazmin de la juventud,
Y rosa de la amistad.

No ya las ninfas decoran
Su rostro con azucenas,
Porque sumidas en penas
Tu ocaso infelice lloran:
De pesares se devoran,
Quéjanse á la adversa suerte,
Y la tristeza mas fuerte
Las tiene en fiera agonía,
Desde aquel tremendo dia
Que te arrebató la muerte.

Ni ya las flores porfian
Vertiendo ámbares suaves,
Ni al alba cantan las aves
Parleras como solian.
Los cielos que ántes reian
Esparciendo perlas bellas,
Vierten nubladas querellas
Con que el claro sol engañan,
Y densas nubes empañan
El brillo de las estrellas.

Los arroyuelos y fuentes
Como sintiendo mis males,
Llevan mudos los raudales
De sus límpidas corrientes:
Y por cauces diferentes
De los antiguos jirando,
Van corriendo y murmurando,
Porque en amargos despojos
Ven como rios mis ojos
Eternamente llorando.

¿Y por qué el hombre se afana?
Solo contemplando estoy,
¿Sabe aun cuando duerma hoy
Si despertará mañana?
Fantasma engañosa y vana,
Rayo veloz pasajero,
Meteoro de luz lijero,
Informe copo de espuma,
Y polvo y nada es en suma
Cuanto encierra el mundo entero.

Solo la pura amistad
Elevando sus acentos,
Hace llegar sus lamentos
Hasta la posteridad:
Ella, de inmortalidad
Es acreedora en la historia,
Por lo que con fé notoria
Yo tu nombre á inscribir llego,
Con caractéres dè fuego
En el templo de Memoria.

Quizá de mi muerte el dia
Habrá una alma jenerosa
Que riegue llanto en mi losa
Como yo en tu sombra fria:
En tanto que el alma mia
Con toda sinceridad
A impulsos de la amistad
Que nos uniera á los dos,
Te envia el postrer adios
Por toda la eternidad.

A D. ANTONIO HERMOSILLA.

SONETO.

Ayes de pena la vivaz Talía,
Velado el rostro en funerario manto,
Daba á los aires con fatal quebranto
De Talma y Maiquez en la tumba fria.

« ¡ Quién honrará mi templo ! » repetia
La triste ninfa con doliente canto,
Y regaba las flores con el llanto,
Y los bosques su acento estremecía.

Un jénio entonces del Olimpo, que alado
Bajó, trayendo dulce y complaciente
Aurea diadema de laurel sagrado.

« El que ciña este emblema refuljente »
Dijo, y cruzó por la cubana Antilla
Y coronó la frente de Hermosilla.

A DOÑA ISABEL II, EN SU DIA.

—

SONETO.

«Tú reinarás en paz; con pena estraña
Pondré del Orco en la mansion profunda,
Al traidor que con alma furibunda
Mi ley ofende y á su patria engaña:

Libre por tí respirará la España
En talentos y en héroes tan fecunda,
Y el vivá solo de Isabel segunda,
Valdrá por un ejército en campaña.»

Dijo el Eterno; el templo de Memoria
Resonó con mil ecos de alegría:
Brillante sol de libertad y gloria

La parte iluminó del Mediodia,
Réjia gala ostentó la hispana córte,
Y temblaron los déspotas del Norte.

EN LOS DIAS

DE

LA REINA GOBERNADORA DE ESPAÑA.

—

SONETO.

¿Veis aquella Matrona peregrina
Que á un númen celestial sus brazos tiende,
De diamantes en muro se suspende,
Y un bizarro adalid por él camina?

Esa es la Patria, el ánjel es Cristina,
La gran muralla que el poder comprende
Es el pueblo español que la defiende,
Y aquel guerrero jeneroso es Mina.

Salve ¡ oh Reina ! á tu natal entona
Un vate libre de la zona ardiente,
Mientras la Fama tu virtud pregona.

Viva Cristina resonar se siente ;
El laurel de la gloria te corona,
Y el sol de libertal brilla en tu frente

A LOS DIAS

DE

S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

SONETO.

Nace ufano peñasco, el Ponto suena,
Las ondas riza el Bóreas irritado,
Cúbrese el cielo de hórrido nublado,
El relámpago cruza, el rayo truena.

Crece en tanto mostrando faz serena,
Y cuando el mar y el viento han sosegado,
Aparece mas bello, coronado
De azules conchas y brillante arena.

Naciste, Isabel, cercada de aflicciones,
Como entre sombras la esplendente luna,
Roca altiva en el mar de las pasiones.

Y cuando luzca el signo de fortuna,
Vendráte á coronar de bendiciones
El astro réjio que brilló en tu cuna.

EN LOS DIAS

DE

LA REINA GOBERNADORA DE ESPAÑA.

SONETO.

¿Ois, ois el cántico sonoro
Que alzan los jénios en acorde acento,
Y acompaña en el sacro firmamento
La heróica fama con su trompa de oro?

¿De las aves ois el són canoro
El belicoso obús que agita el viento,
Y esparcir por dó quier vida y contento
Las bellas ninfas del castalio coro?

Pues cuadro tal con célicos pinceles
Trazó el Eterno, cuya voz divina
Manda inmutable en sus decretos fieles,

Paz á la Iberia, á la discordia ruina,
Dicha á los buenos, á Isabel laureles,
Y honor y gloria á la inmortal Cristina.

A D. FRANCISCO CHACON

POR LA PROTECCION QUE DISPENSÓ Á UN AMIGO DURANTE SU PRISION.

—

EPISTOLA.

Salve tres veces, noble americano,
Por sangre y por acciones caballero,
Y oye ledo y benigno el débil canto
Que entona en tu loor mi humilde plectro.

Mil veces sin razon canté á los grandes
Llevado mas por juvenil deseo
A lucir en el coro de los cisnes
Que inspirado de un justo sentimiento.

Mas hoy que el númen de amistad me inspira,
Hoy que á Felino libre por tí veo,
Tomo estasiado la sonante lira,
Alzo á las nubes atrevido el vuelo,
Y encumbrando tu gloria hasta el Olimpo
Bajo recinto me parece el cielo.

No es grande el hombre que á los grandes sirve
Por la cuenta y razon que le va en ello,
Y si quien como tú vuelve la vista
Al infelice de miseria lleno.

Fué mi amigo infeliz y halló tu amparo;
De estrecha cárcel entre duros hierros
Le fuiste á visitar : sus enemigos
Seguro el triunfo ¡ pérfidos ! creyeron;
Pero un ángel velaba por su causa
Para mengua y baldon de los perversos
Un ánjel, sí, que el Dios de la justicia
Hizo bajar desde su trono escelso
En figura de hombre y revestido
Con alma noble de celeste Jénio;
Y ese Jénio eres tú.

Si Aquiles pudo
Por los sagrados cánticos de Homero
Ser conocido de futuros siglos
Y á las injurias resistir del tiempo :
Yo, aunque tan léjos de su son heróico
Como el Artico mar del polo opuesto,
Y tan mínimo al lado de aquel vate,
Como el grano de arena mas pequeño
Que guarda el Oceáno, comparado
A los que ostenta Libia en los desiertos,
Con grata voz del corazon nacida
Salvarte osado del olvido espero.

Aquiles incendiaba : tú conservas,
Tú salvas hombres : él deshizo pueblos.
Cuanto á él faltó para igualarte,
Cubrir logró de su cantor el estro;
Mas aquí suple tu virtud sublime
Lo que á Placido falta para Homero.

Yo de la Grecia pisaré las playas,
Veré sus campos, oraré en sus templos,
Y en todas partes mentaré tu nombre,
Entre signos de amor y de respeto.

Tú morirás porque mortal naciste,
Y yo, y Felino, y morirán mis ecos,
Pero antes de espirar, diré á mis hijos,
Y haré que ellos lo manden á sus nietos,
Grabar tu nombre en las erguidas palmas
O de las ceibas en los troncos nuevos,
Para que así merezcan tus acciones
Bendicion y alabanza de los buenos.
Sobre sus ramas trinarán las aves,
Dormirán á su sombra los monteros,
Conocerán al hombre generoso
Las colinas, los montes y los pueblos :
Ya habrán pasado mil jeneraciones,
Y Francisco Chacon aun no habrá muerto.

A LAS SEÑORAS PANTANELLI Y ROSSI.

—

SONETO.

« ¿ Qué deidades, qué acento melodioso
Alumnas de la sacra Mnemosina,
Suspenden mi corriente cristalina
Y al orbe suena de mi cauce undoso ?

Ya dulce, ya apacible, ya impetuoso
Es vuestro canto ; y á su accion divina,
El Etna esencias de azahar fulmina,
Para su marcha el Niágara espumoso. »

Dijo el sereno Yumurí ; las flores
Perfumaron de aromas sus riberas,
Vuelan á coronaros los amores

Seguidos de sus ninfas hechiceras :
Y llevó vuestros nombres la memoria
Al Olímpico templo de la Gloria.

LA CONCHA MARINA.

—

AL ARTISTA DON EDUARDO DE TORRES.

No siempre á la opulencia y hermosura
Ha de ensalzar la pobre musa mia:
Hoy libre el plectro de lisonja, quiere
En prez sonar de un español artista.
Perdona, pues, si tu modestia ofendo,
En premio del objeto que me anima.

Jamás músico fuí por regla ó arte,
Ni yo la estimo condicion precisa,
Que en las artes de gusto lo que agrada
Bueno ha de ser por consecuencia fija.

De la réjia Semíramis al lado
En vano un español buscó mi vista,
Ora soberbio despreciando á Idreno
Belicoso Monarca de las Indias,
Rival sangriento del guerrero Arsaces
Desconociendo al encubierto Ninias,
O ya de insana rabia arrebatado
Vas á insultar de Nino las cenizas.
¡ Su imájen horrorosa te suspende !...
¡ Acero aterrador su diestra vibra !
¡ Y te cerca !.. ¡ y te aterra !.. ¡y te estremece !..
¡ Y haces estremecer á quien te mira !

Empero vuelves cual leon furioso
De la fiebre voraz que te intimida,
Jurándote vengar, triunfar del hado,
Y de las sombras, y la muerte.

Iras
Solo exhalan tus ojos centellantes,
Solo venganza y destruccion respiras.
Allí no eres un hombre, eres un rayo,
Azur furioso semi-dios de Asiria.

Vuelvo á buscarte Montalvan en Clara,
Y un grande veo que al engaño aspira :
Pero un grande instruido y de talento,
Aunque perverso de intencion maligna,

El ayuda de cámara de un príncipe
Te hallo en la Cenicienta, á la vez misma
De éste el noble carácter sosteniendo,
Y mostrando su clase y jerarquía.

Fígaro interesado y complaciente
Te encuentro en el Barbero de Sevilla :
Finalmente, en la escena no eres Torres,
Sino el sugeto que la pieza indica.

Conozco que mi aplauso no es de moda
Por no ser de Parténope á las ninfas ;
Pero el mérito es digno de alabanza,
Y do quiera que esté suena mi lira.

Una banda tejer puedo de rosas
Con que tu blanca frente ceñiría,
Mas son flores de amor, y como tales

Se deshojan en breve ó se marchitan.
Bríndote solo esta graciosa CONCHA
En que del Iris los colores brillan,
Criada donde entra al mar sonante
La espumosa corriente de Canímar,
Que en su espalda, sus bordes y su centro,
Presenta como tú formas distintas,
Sin desmentir por ello la belleza
Con que la ornó naturaleza misma.

Tómala, pues, y mi amistad con ella;
CONCHA es emblema de la patria mia,
Por ser vírjen que vive entre las ondas
Cual la reina feliz de las Antillas.

A DON MANUEL F. DE JAUREGUI,

EM SU DIA.

—

LA GUIRNALDA.

El rojo sol miéntras mi voz te canta,
Claro, sereno, reluciente y puro
Entre celajes de oro se levanta
Rasgando de la noche el manto oscuro.

Indica ninfa con lijera planta
Del placer desterrado el ceño duro,
El campo mide y oyen sus cantares
Los altos montes y espumosos mares.

Tambien suspenso de placer mi oido,
Su dulce acento divinal oyendo,
Y contemplando el ademan lucido
Con que iba flores del jardin cojiendo.

«Jénio del sacro Olimpo descendido!
Esclamé arrebatado: ver pretendo
Antes que al cielo por mi mal te alejes,
Con qué designio esa GUIRNALDA tejes.

«No soy Olimpo, Jénio, soy MATANZAS:
Formo este ramo de tempranas flores
Para aquel hombre digno de alabanzas,
De admiracion, de lauros y de honores;

«Y pues sé ya que á distinguir alcanzas
De cada cual los méritos mayores,
Tu franca mano tal presente ofrezca
Al que mas por sus hechos lo merezca.»

Dijo, y la diestra célica alargando
Con mas candor que Cintia entre azucenas,
El don me entrega, y deja circulando
De divina inspiracion fuego en mis venas.

El coro de sus náyades pisando
Va del San Juan las límpidas arenas,
Y el manto y rostro de la sacra Ninfa
Leda retrata la bullente linfa.

Cuando cual áura susurrante vuelo,
«¿quién merece esta ofrenda?» al cielo esclamo.
«JAUREGUI EL JUSTO,» me responde el cielo,
Y estremecióse de contento el ramo:

Inclinaron las palmas hasta el suelo
Sus flechadas melenas al reclamo,
Detuvo su correr la mansa fuente,
Paró su jiro el sol resplandeciente.

¡ Salve, ilustre varon ! ¡ Salve ! y acojo
Mi GUIRNALDA de flores inmortales ;
No te ofenda mi acento ni te enoje
El himno de las ninfas tropicales.

Así nunca la Parca á tí se arroje,
Así cuentes por siglos tus natales,
Y así te premie con bondad divina
La réjia alumna de la gran Cristina.

DUELO DE AMISTAD,

EN LA MUERTE DEL CAPITAN DE CABALLERÍA D. C. O.

—

EL CIPRÉS.

¡ Imponente silencio de las tumbas !
Tu tétrica espresion presta á mi lira,
Calme tu aspecto mi pesar vehemente,
Y el viudo sauz que el dolor inspira
Ciña tu impulso mi aflijida frente,
Que no sin causa el corazon suspira

Al ronco son de cítara doliente,
Cuando el hado enemigo,
Acompañado de la horrible Parca,
Con nuevo golpe mis desdichas marca
En la existencia del mejor amigo.
Aun no he pasado de mi edad florida
Y ya mis años cuento por mis penas;
¿Qué, pues, queda para amar la vída?
Lúgubres horas de tormento llenas.
Pasó ya el tiempo juvenil dichoso
En que entregado á los pueriles juegos
Nunca lloráre de pesar quejoso:
Si algun deudo espiraba
Sin pensar mas en él me consolaba;
Pero ¡ay de mí! que entónces no sabia
Sentir el bien que por mi mal perdia.

Llegó por fin la época infelice
En que no solo lloro mi tormento,
Mis crecidas desgracias y amarguras
Presentes miro, empero las futuras
Pesadumbres lamento
Y aun las ajenas, como propias siento.

Cual suele de los Alpes desprendida
Porcion sutil de trasparente yelo
Ensanchar su tamaño en la caida,
Y en forma colosal, bajar al suelo;
Tal el jérmen del mal es en la vida
Del hombre desgraciado;
Persíguele el pesar desde la cuna,
Crece su cuerpo, crece su cuidado,

Donde por suerte algun alivio alcanza,
Se disuelven sus planes infelices,
Parece el talisman de su esperanza,
Y aun aquellos que mas le favorecen
Por colmo de su mal tambien perecen.

Mas no perece la virtud divina
Sublime y santa emanacion del cielo,
Luz que al mortal impávido encamina,
Y hace que suba con serena frente,
Y llegue en ráudo vuelo
Hasta el trono del Dios Omnipotente ;
Así ¡ oh Gabriel ! tu alma
Volando á la mansion del Ser Eterno
Goza en el cielo la divina palma
Negada á los perversos,
Que el almo Dios con gusto
Solamente regala al que fué justo.

Fué tu muerte y tu vida
En quietud y reposo parecida,
Viviste como el sol luciente y puro
De tu bondad y tu virtud seguro,
Y tornaste á la nada felizmente
Cual despues de su curso el réjio astro
Se sepulta en los mares de occidente
Tras sí dejando esplendoroso rastro.

De fúnebres 'adelfas coronada
Cabe tu losa fria,
Con mudo acento llora destemplada
La lira de oro que pulsaste un dia,
Cercados de suspiros y dolores

Llegan á tu sepulcro tus amigos
Y en él derraman aromosas flores:
Yo, solo un ramo de CIPRES sombrío
Puedo sembrar en tanto
Y regar con las gotas de mi llanto
Su rudo tronco y tu cadáver frio.

Queda, verde ciprés, queda plantado
Sobre la fosa de Gabriel querido,
Y este epitafio dejaré grabado
Para memoria de mi bien perdido :

« Aquí yace un mortal que fué estimado
« Por piadoso dó quiera que ha existido :
« Ya la tierra sus restos ha cubierto,
« Mas sn honradez y su virtud no han muerto. »

AL SEÑOR DON FRANCISCO CHACON,

EN SU DIA.

—

Sus inmortales pájinas la Historia
Abiertas tiene, y sus doradas puertas
Por las sagradas hijas de Memoria
A las virtudes y al honor abiertas
Tiene tambien el templo de la Gloria.

En su cúpula célica estrellada
Con flores relumbrantes

De zafir en columna levantada
Para darla mas fúlgido decoro,
Brilla un sol de carbunclos y diamantes
Que derrama en su luz torrentes de oro
La verdad reina en el escelso templo,
Y la virtud divina,
Y la santa amistad, sublimes nombres
A cuya voz la frente Jove inclina,
Y que solo encomiar saben los hombres.

Estas deidades puras
De quienes ánsian obtener laureles
Las edades presentes y futuras;
Son dos jénios de aspecto soberano,
Que ser triunfantes cada cual blasona,
Ambos llevando en la siniestra mano
Un plectro de marfil y una corona.

« Hijos del tiempo (la VERDAD les dice),
« Dadme un trasunto del mortal dichoso
« Que ensalzar quiere vuestra voz felice. »
Entónces por la esfera
En áurea nube de esplendor radiante,
Rayo bajó á la tierra portentoso
De luz divina, pura y centellante
Y subió al cielo serafin hermoso.

« Este es ¡ oh diosa ! su feliz retrato, »
Dijo el sacro querube
Con rostro ledo y con acento grato:
Por ser FRANCISCO refulgente nube,
Empíreo rayo que á la tierra baja,
Y alado jénio que al Olimpo sube.

¡ Salud ! juez incorrupto y bondadoso,
Ciudadano pacífico y honrado,
Caballero estimado,
Amigo noble, fiel y jeneroso,
Hijo tierno y buen padre, cual Eneas
Nunca apartado de su anciano Anchises,
Y en el fulgor de las nupciales teas
Esposo casto y docto como Ulises.

¡ Salve ! esclamó la diosa. Hoy es su oriente,
Y pues el canto de amistad ferviente
A Francisco Chacon alegre entonas,
Yo le acepto inmortal, y esas coronas
De Olímpico arrayán ciñan su frente.

Dad á su esposa vivas y loores,
Y honra á su prole que virtud respira.»
Al esparcir inciensos los amores
En la marmórea sacrosanta pira,
Subieron llamas y bajaron flores.

Y el eco dulce de la escelsa lira
A Francisco Chacon víctores dando,
Cual meteoro lumínico se admira
Por la etérea rejion correr sonando.

Vuelan los gozos por dó quier, y luego
Anunciándose el padre de Faetonte,
Lució de grana y oro el horizonte,
Cual la zarza de Oreb, bañado en fuego.

Grabó tu nombre la veraz Historia,
Brilló de tu natal la aurora diva,
Y al tercer eco de «Francisco viva ! »
Tornó á cerrarse el templo de la Gloria.

A LA ESCMA. SEÑORA

DOÑA MARIA FRANCISCA DEL CASTILLO,

CONDESA DE O-REILLY, EN SU DIA.

—

Ria el Olimpo, y apacible el viento
Los ecos lleve que mi voz entona,
Estése quedo el mar, vierta contento
El astro réjio de la rubia zona;
Temple mi plectro inspiracion suprema,
Luzca en el cielo divinal corona,
Brille en mi frente tropical diadema ;

Que cuando á la virtud y la hermosura
De Cuba el cisne canta,
Y dichas mil á su natal augura
En los himnos de gozo que levanta ;

Cuando con faz serena
Justos loores por dó quier derrama,
Ni se oscurece el sol, ni el Ponto brama,
Ni el Euro ruje, ni el Olimpo truena.
Antes velado de esplendor divino
Los aires y la tierra iluminando
Aparece el lucero vespertino,
Y el cefirillo blando
Riega suaves aromas, ajitando
La enhiesta copa del jigante pino.
¿ Acaso olvidará naturaleza

Que eres timbre y honor de tus mayores?
Y yo que tanto debo á tu grandeza
¿No haré trinar los dulces ruiseñores
Al nacer de tu célica belleza?

¿Olvidar puedo que tu noble esposo,
Condesa idolatrada,
Partió de mi destino rigoroso
Con mano fuerte la terrible espada?
Jamás olvidaré que su alma tierna,
Cual moderno Pompilio,
Por la virtud sagrada se gobierna,
Y su memoria en Cuba será eterna
Como en Roma los cantos de Virgilio.

A par tu nombre de su nombre mira
Que de la Gloria al templo se levanta,
Oye en tu prez sonar mi humilde lira,
Ve los siglos correr bajo tu planta.

Meció tu cuna Amor, y peregrina
Naciste ornada de guirnaldas bellas,
Y entre las hijas de Colon descuellas
Mostrando gracias en tu faz divina
Cual la luna en mitad de las estrellas,
Como palma que nace en la colina.

Cual la Reina de Chipre entre las olas
Sobre el nivel de los tendidos mares,
La sien ceñida de albas amapolas,
Te aplaudieron los ínclitos palmares
Al volver de las playas españolas.

Apareciste entónces candorosa,
Anjelical emblema de ventura,
Como los campos de tu patria hermosa,
Mas que la nieve de los Alpes pura.

Amores por el éter esparcias
Que con tu suave aliento embalsamabas,
Y jazmines brotar la tierra hacias
Donde la planta celestial fijabas.
La culta Habana que tu estirpe aprecia,
¡ Salve ! dijo, y sus ninfas colocaron
En tu frente los lauros que ganaron
En Italia, Corina, Aspacia en Grecia.

Gloria, paz y salud, condesa ilustre,
En tu natalio dia
El sacro Jove por mi voz te envia.
Gózalas, pues, de tu preclaro esposo
En feliz y amorosa compañía,
Mientras yo en ráudo vuelo,
Tu oriente encumbro á la rejion del cielo.

Tales los ecos de mi musa fueron,
Gloria, paz y salud, luego clamaron
Las montañas y valles que la oyeron,
los montes y mares que escucharon,
Salud, y paz, y gloria, repitieron.

LA UTILIDAD DEL TRABAJO,

DEDICADA

AL DOCTOR DON MANUEL GONZALEZ DEL VALLE.

—

Por tí solo el trabajo ensalzo tanto,
« Tuya es la inspiracion, tuyo es el canto. »

OCTAVAS.

Hijos felices del virjíneo suelo
Que Flora cubre con su blondo manto,
Y en que derrama jeneroso el cielo
Copiosa lluvia de fecundo llanto:
Si gratos me escuchais, con ráudo vuelo
Plegue al Eterno que mi humilde canto
Al alto Empíreo resonante suba
Y en perlas torne convertido á Cuba.

No es por cierto al guerrero belicoso
Destructor de su propia semejanza
Que en medio de las huestes sanguinoso
Con plomo horrendo y homicida lanza,
Turbando fiero del pastor bondoso
La envidiable quietud, venee y avanza,
Y con muertes y ruinas se engrandece,
Quien ser loado por mi voz merece.

Sino el santo trabajo, don sublime,
Emanacion del Dios Omnipotente
Cuya alta mano celestial imprime
Sello de gloria en la industriosa jente:
Jamás el hombre laborioso jime
Acosado de hambre ó sed ardiente,
Pues aunque duerma sobre humilde lecho
Está en cambio tranquilo y satisfecho.

Paréceme que hendiendo la ancha esfera
Al disco de la luna me remonto,
Y desde allí como águila altanera
Miro á mis piés las márjenes del Ponto:
Del Tíber sacro la feliz ribera,
A Eufrates, Nilo, Vístula y Oronto,
Y llorar de las guerras el estrago
Troya, Palmira, Ménfis y Cartago.

Cuando aquellos antiguos moradores
Los campos afanosos trabajaban,
Eran cubiertos de risueñas flores
Que en dulcísimos frutos se tornaban:
Las gracias, los placeres, los amores,
En sus templos y quintas habitaban,
Mas todo lo ha tornado en hondo abismo
La guerra, la ambicion y el despotismo.

Torno la vista al Támesis undoso,
Y á las orillas fríjidas del Sena;
Todo imponente, todo majestuoso
En ambas partes de placer me llena;

Ora advierto un camino prodijioso
En el fondo del mar sobre la arena,
Y los hombres cruzar el centro frio
Bajo la inmensa mole de un navío.

No son los rayos de doradas teas
Que los grandes palacios ilumina,
Ni las ofrendas ricas de preseas,
Ni ámbar quemado sobre plata fina,
Ni la aparente pompa de libreas
Los que honra dan á la bondad divina,
Que solo deslumbrar pueden la vana,
Humilde y débil condicion humana.

Las llamas en la fragua del herrero,
El compás de la sierra y el martillo
Con que gana su vida el carpintero,
Los escritos de un sabio, el tiplecillo
Que al alba tañe el cándido veguero
Loando las gracias de su amor sencillo,
Estas son del eterno las canciones,
El culto, los inciensos y oraciones.

Trabaja el grande que en la córte vive,
El artesano ajeno de pesares,
El buen jurista que derecho escribe,
El navegante en repasar los mares,
El mercader que utilidad recibe,
El poeta que entona sus cantares;
Y así en la sociedad por varios modos
Todos trabajan, y consumen todos.

Si cada hombre por distinta vía
Lejos de sociedad buscara suerte,
Los bienes que adquiriese otro vendria
Y con dura ambicion diérale muerte:
El mas débil por fuerza cedería
Al bárbaro designio del mas fuerte,
Al fin con otros débiles se uniera
Y de esta suerte á sociedad volviera.

Insensato el que envidia al hombre culto,
Porque el oro le cerca en los palacios
Dando precio á las cosas por el bulto,
Y ánsia por respirar en sus espacios;
¡ Ay ! que allí cada paso es un insulto,
Funerales antorchas los topacios,
Y la santa verdad de ellos se aleja,
Como del lobo la infeliz obeja.

Nos hizo á todos Dios; todos hermanos
Al nacer somos y al morir lo mismo:
Aquellos que se muestran mas humanos
Rebeldes á la voz del despotismo,
Ya sean reyes, pastores ó artesanos
Contrarios del estólido egoismo,
Y solo formen de virtud proyectos,
Estos serán sus hijos predilectos.

Cuando los hombres por Jehová despiertos,
« Esto es tuyo, » dijeron, y « Esto es mio, »
Surcaron mares, descubrieron puertos
Desde la zona ardiente al polo frio,

Hicieron por los páramos desiertos
Correr las aguas del lejano rio,
Y poblóse la tierra de canales,
Templos, jardines, plantas y animales.

Creció la poblacion, alzóse el lujo,
La ambicion abortó conquistadores
Y el AMOR AL TRABAJO tuvo influjo
Para cortar el vuelo á sus furores.
La política luego se introdujo
Haciéndote señora de señores,
Y ya, ser el talento se colije
Quien la balanza de los pueblos rije.

Es justo que haya séres ilustrados
Cuyo cuidado es la mayor fatiga,
Que ejerzan la funcion de majistrados
Y hagan cumplir lo que la ley les diga:
Ministros que preserven los Estados
De una agresion estraña y enemiga;
Y éstos trabajan en un campo lleno
De puñales intrigas y veneno.

Y si es razon, pastores y artesanos,
Que pague un Rey quien es su centinela,
¿Por qué no han de pagarse aquellas manos
Que siempre están por vuestra hacienda en vela?
Mas tranquilos, alegres y lozanos
Vivis vosotros libres de cautela,
Que él entregado va desde la cuna
Al capricho fugaz de la fortuna.

Trabajad y vivid en paz serena,
Disfrutad de los campos la alegría
Donde se pasa sin temor ni pena
En regazo de cándida armonía:
Mas si por armas de potencia ajena
Veis la patria amagada en algun dia,
Tomad presto la lanza en vez de azada,
Soltad la reja y empuñad la espada.

Ya veis que en todo cuanto dable ha sido,
Y aunque falto de gala, he coordinado
Lejano del saber y harto atrevido
« Del trabajo las dichas he cantado. »
Ahora, vegueros, lo que solo os pido
Por esto (que tambien he trabajado)
Es que sigais, si voluntad inspira,
Los preceptos que os da mi tosca lira.

Y si por colmo de placer me es dada
La dicha de mirar alegre un dia
A una cubana recitar sentada
Mi acento al márjen de una fuente fria,
Y al són de su guitarra bien templada
Cantar un verso á la ocurrencia mía,
Escucharé su tono delicioso,
Y diré con verdad que soy dichoso.

Y si obtienen por suerte mis consejos
Lugar feliz en vuestros corazones,
Pudiendo al ser de la virtud ejemplos
Dar ejemplo y envidia á las naciones,

Cuando la luna pálidos reflejos
Vierta en mi tumba, fúnebres canciones
Entonad con el tiple : esa es mi gloria,
Y erijid una ceiba á mi memoria.

A D. ANTONIO BUITRAGO Y BLAKE.

En su nombramiento de Mariscal de Campo.

—

LA SOMBRA DEL CID.

I

Murmullo incomprensible, misterioso
Ajitaba el palacio de los Reyes
Nietos de San Fernando. Artificioso
Recurso antiguo de infrinjir las leyes.

Dó quier se divisaran corifeos
Removiendo mil pérfidos resortes,
De aquellos que alimentan en las córtes
Sed insaciable de obtener empleos.

Por ellos, todo el aspirante apura,
Y el mayor concedérsele acontece
No á aquel que por sus hechos le merece,
Sino á quien por intrigas le procura.

¡ A una faja en Madrid faltaba dueño !
Apartada del grupo pretendiente
Pensando á quien legarla dignamente
Cristina estaba y sorprendióla el sueño.

Delicado cambray su faz cubria,
Y áurea corona de laurel flamante
Decoraba la cúpula brillante
Del tálamo real en que dormia.

Cuando en el centro de la estancia réjia
Con lento paso al tálamo llegando,
La acerina visera levantando
Mostró noble varon su frente egrejia.

Ciñe el acèro que aterrara al moro,
Blancas plumas ostenta por divisa,
Y las bóvedas doblan cuando pisa
El són que forman sus espuelas de oro,

Quedo acercóse á la oriental cortina
Y sin osar mover el rico velo,
La nervuda rodilla inclinó al suelo,
Y tres veces aclamó— « ¡ Salve Cristina ! »

II

« Hurtaros al sueño, y oidme, Señora :
Si os turbo el reposo, debeis perdonar,
Los Reyes que duermen con harta demora
En tiempos revueltos, los suele pesar.

Cubierta de luto la patria llorosa,
Sin norte ni amparo se ve perecer ;
Mandar quieren todos con voz imperiosa.
¿Seráles afrenta quizá obedecer ?

La intriga, mil veces mas negra que antaño,
Dispone de vidas, hacienda y honor;
Por ello en Castilla los tiempos de ogaño
Caminan las cosas de mal en peor.

Agora se sabe que vaca un empleo,
Y ¡ oh Reina ! vos misma dudais la eleccion;
Mas yo que hasta muerto serviros deseo,
Os marco el que es digno de tal galardon.

Un bueno: que buenos no faltan á España,
Si es rara fortuna con ellos hallar,
Por altos dictados no intrigan con saña,
Ni quiérense á tanta bajeza humillar.

En Cuba reside, la Antilla mas bella
Que cuanto ilumina de trópico el sol,
La perla mas rica, la mas clara estrella
Que adorna un estremo del cetro español.

Adios, Reina sacra, cuitado me alejo
Mirándoos do quiera cercada de mal,
Y en tanto que marcho, su nombre os lo dejo
Escrito en un pliegue del manto real.

Aquel, sabrá daros de honor en las aras
Primero cien vidas que seros traidor,
Y en fin os abona sus virtudes raras
« La sombra gloriosa del Cid Campeador. »

Ha dicho. — Al marcharse con noble sosiego
¡Salve! ¡ salve! ¡ salve! Cristina, clamó,
Y Antonio Buitrago con signos de fuego
En el real manto grabado dejó.

III

Ver la deidad imajina
Despertando, al lidiador.
Solo el eco en la vecina
Estancia, suena, ¡Cristina!
¡Buitrago!... ¡Cid Campeador!...

¿Será fantasma ideal?
Dice. — Con admiracion
Mira en su manto real
De tu nombre la inscripcion,
Y esclama: «Ya es Mariscal.»

Tornó al sueño con quietud,
Cierta de dar á su grey
Contento, paz y salud.
¡Cuál duerme tranquilo un Rey
Cuando premia la virtud!

Al naciente albor del dia
Aun la deidad reposaba,
Y ya Cuba lo sabia;
Porque la fama volaba
En tanto que ella dormia.

Los cisnes al despertar
Con sus picos de rubí,
Salves te dan sin cesar,
A orillas del Yumurí,
Y en las riberas del mar.

Y este ignoto trovador,
Que se goza en tu ventura
Pide al eterno Hacedor,
Que el soplo de la impostura
Jamás empañe tu honor.

Que brille tu virtud fiel
Sobre los astros alzada,
Y el Santo Dios de Israel
Cubra de gloria tu espada,
Y tu frente de laurel.

A LOS NATALES DE DÉLIO.

ROMANCE.

La náyade mas hermosa
Que orna del Pindo la falda,
Descojido el manto azul,
Suelta la trenza dorada
De que prendado Favonio
Ajita en torno sus alas,
De Helicon voló á la orilla
Pulsando cítara blanda.
¡Salve! dijo, y nació Délio
Coronado de guirnaldas.
Oro le brinda fortuna,
Flores amor le regala:

Él, apénas ve la luz,
Las rosas de Chipre gratas
Toma, despreciando el oro
Con que fortuna le halaga.
Corren los años veloces,
Mas la deidad enojada
Del desaire que al nacer
La hiciera, pide venganza.
Persíguele hasta lograr
Verle ausente de su patria,
Y en los estranjeros rios
Beber las aguas amargas;
Hasta que piadoso el cielo
Salvo á Cuba le tornára,
Donde complaciente vive
Colmado de honor, y es fama
Que cuando anuncia el octubre
La cuarta vuelta del alba,
De Helicon los dulces cisnes
Y las vegueras cubanas,
Aquellos con áureas liras,
Y éstas con índicas arpas,
Cantan la « Luna del Cuzco
Y las ruinas de la Alhambra. »

EN LA MUERTE

DE LA

SEÑORITA DOÑA JUANA RUIZ DE LA PLAZA.

—

I

¿Es el mundo un jardin de alegres flores,
En que velan los justos como amores
Para sus bellos cálices libar?
¿Será nuestro existir dulce beleño?
¿De fantasmas y sombras será sueño?
¿Será tal vez de lágrimas un mar,
En que surca la nave de la vida,
Temiendo por borrascas combatida
Al puerto de las tumbas arribar?

II

La tumba es el puerto, la nave es la vida,
Que al templo nos lleva de la eternidad.
¡Ay de la que llega con presta corrida
Cual ésta! ¡infelice!... mortales mirad.

En fúnebre lecho de llanto y tristura
Como en seco polvo marchito alelí,
Mirad sin aliento la vírgen mas pura
De cuantas ha visto brillar Yumurí.

III

Al verla se desconsuelan
Los que adoran su virtud,
Aun sus gracias se revelan,
Y castos amores vuelan
En torno de su ataud.
Llora el bardo, y tristemente
Cántico de muerte entona
Cándida palma fulgente
Orna su mano, y su frente
Ciñe divinal corona.

IV

Duerme en la tumba,
Duerme feliz,
Vírgen sagrada
Del Yumurí.

Desde la gloria
Que habitas, sí,
Baja tu frente
De albo jazmin,

Y tu mirada
De serafin,
Mas que el sol clara
Sobre el cenit,
Fíjala, bella,
Fíjala en mí;
En este amigo
Triste, infeliz.

Que fiel derrama
Lágrimas mil,
Y sin consuelo
Llora por tí.

Cual puro lirio
Nacer te ví,
Y cual temprana
Rosa, morir.

¡ Ay ! para siempre
Ya te perdí ;
Mas no te inquietes
Por mi sentir.

Duerme en la tumba,
Duerme feliz,
Vírgen sagrada
Del Yumurí.

V

Y en tanto que cubre la fúnebre losa
Tan tierna belleza, tan rara virtud,
Escucha, doncella, mi voz querellosa,
Y el eco que vierte mi triste laud.

VI

Y sonríe á la voz de un amigo,
Que quisiérate al mundo tornar.
O bajar al sepulcro contigo,
O contigo en la gloria morar.

CONSEJOS A FABIO.

—

SONETO.

Quéjate, Fabio, de la cruel Belinda :
Idolatrar sintiendo á quien te enoja,
Y de consejos darte en breve hoja,
No será bien que mi amistad prescinda.

Tu amor, ni inciensos ni holocaustos rinda
A la que todo en el olvido arroja :
La que siembra desden, desprecios coja,
Tósigos beba, quien venenos brinda.

Sé con la amante fiel, blando, apacible ;
Mas no te venza el lloro de la ingrata,
Ni te aflija el pesar de la insensible :

Y maltratando á quien tu fé maltrata,
Cumple del Talion la ley terrible —
« Que á hierro muera quien á hierro mata. »

MUERTE DE CÉSAR.

SONETO.

« En cadenas mis palmas se han trocado,
En pesares mis dichas y en afrenta,
Y nadie osado restaurarme intenta
De Emilio y Numa el esplendor pasado. »

Así esclamaba Roma, cuando armado
Ante mónstruo feroz que la atormenta,
El vencedor del Ponto se presenta
Con torvo ceño y ademan airado.

» Depon ¡ oh patria ! el ominoso luto,
Un hijo tienes que el acero vibre ;
Hoy muere César ó perece Bruto:

Mientras exista yo, tú serás libre. »
Dijo, y alzando la potente mano,
Descargó el golpe y espiró el tirano.

AL NACIMIENTO DE N. CHACON.

SONETO.

» ¿Qué sacro paraninfo en ráudo vuelo
Mil torrentes de gloria derramando,
Baja á la tierra plácido, dejando
Al Empírico círculo del cielo ? »

Así esclamaba con ardiente anhelo
Mi arrebatado pensamiento, cuando
Iban las ninfas de Almendar regando
Fragantes flores que brotaba el suelo.

« Varon serás en la virtud completo ;
» Penas jamás tu vida participe. »
Y salve, salve, repitió en secreto,

La sagrada corriente de Aganipe,
Hijo adorado de Chacon, y nieto
Del ilustre Marqués de San Felipe.

A UN AMIGO

EN LA MUERTE DE SU NIÑA.

—

SONETO.

Cual fresca rosa que embalsama al viento
Al plácido lucir de la alborada,
Y hállala el sol marchita y deshojada
Al fiero soplo de Aquilon violento:

Así tu niña, de beldad portento,
Al duro golpe de la Parca airada,
Cayó en el fondo de la tumba helada,
Y te llenó de luto y sentimiento.

Pero baste de llanto y de amargura,
Consuele su inocencia tu memoria;
Para el justo en la tierra no hay ventura.

Ella esquivando la mundana historia
Mora en el cielo, y como el alba pura
Te aguarda en los umbrales de la Gloria.

LA ROSA INGLESA.

—

FABULA.

Hay una especie de rosa
Que acá llamamos inglesa,
Tan fértil, que todo el año
Está de verdor cubierta.

Infinidad de botones
En cada renuevo echa ;
Pero no llegan á flores,
Porque en botones se quedan.

Cierto señor que tenia
Una, mirándose en ella,
Estaba desconsolado
Por no ver ninguna abierta.

Contaba á sus conocidos
Este caso con tristeza,
Oyólo un guajiro un dia,
Y díjole: « ¡ qué simpleza !

Tómese un CUERO y con
Dele una pasada buena
Hasta quitarle las hojas,
Y verá flores abiertas. »

Hízolo el dueño y de entonces
Aparece tan risueña;
Que no hay en todo el contorno
Quien tenga rosas mas bellas.

Personas hay en el mundo
Que solo á palos son buenas,
Como el rosal antedicho;
¡ Pero Dios nos libre de ellas !

DÉCIMA.

Persigue el gato al raton
No por servir á su dueño,
Mas por natural empeño
De maligna oposicion.
¡ Cuántos hay que tales son
Viéndose en alta privanza,
Pues con rastrera asechanza
Y depravada malicia,
Finjen amar la justicia
Por ejercer la venganza.

AL SEÑOR MARQUÉS DE CASA CALVO,

EN EL RESTABLECIMIENTO DE SU SALUD.

EPÍSTOLA.

Salud y paz, y próspera fortuna
Os dé, señor, el cielo sacrosanto;
Mientras mi corazon de gozo lleno,
Os felicita con acento grato.
No la humillante adulacion me inspira
Ni el sórdido interés: jamás mi canto
Se postró del poder ante las aras,
Ni su voz imperiosa oyó temblando.
Mi alma sensible solamente aprecia
Los hechos jenerosos y bizarros.
¿Y pudiera mirar con menosprecio
Vuestro aliento vital amenazado
Por el súbito mal que ya en la tumba
Tantas víctimas cruel ha sepultado?

Sobre marmórea piedra, confundido
Con la memoria de mi bien pasado
Estaba yo, sin que las bellas flores
Que abril fecunda en los risueños campos,
Bastantes fuesen á calmar las penas
Del corazon adolorido; cuando

La noticia fatal de vuestros males
Sonó en mi oido, y me cubrió de pasmo.
« Esto faltaba á mi desgracia,» dije,
Y á vuestro albergue presuroso parto.

Era la tarde, y el planeta réjio
Su faz velaba en purpurino manto.
Yo, semejante á los antiguos griegos,
Tan bella perspectiva contemplando,
Vuestro destino adivinar pretendo
Por lo fúljido ó turbio de sus rayos.
¡ Hundióse tan brillante en occidente !...
Que lleno de placer y de entusiasmo
Esclamé alborozado : « ¡ El marqués vive ! »
Y un jénio contestó : « Por luengos años. »
Entonces vuelo en pos de vuestro asilo
Con mas ardor y prontitud que el rayo :
Allí os encuentro de la muerte libre,
Y dejándoos de nobles rodeado,
Contento y listo á mi morada torno
Vuestra felice reaccion cantando.

Creedme, señor, tres veces en mi vida
Solo me he visto de placer colmado :
Una fué el beso que la vez primera
De Fela recibí, y está grabado
Entre mi corazon, para memoria
De aquellos tiempos por mi mal pasados.
Fué la segunda, cuando jeneroso
Por siempre me ofrecísteis ser mi amparo
Y aquesta es la postrera, en que os saludo

Al veros ya de vuestros males salvo,
Contándome dichoso, mientras viva
El ilustre marqués de Casa-Calvo.

—

DÉCIMA.

Quiere cierto caballero
Ver lozano su jardin
Sin dar jamás un florin
Ni pagar al jardinero.
¿Se dirá que engañar quiero
Con ejemplos mal urdidos?
Pues yo conozco maridos
Como el dueño de estas flores,
De la honra celadores,
Del gasto desentendidos.

LA AUSENCIA.

—

Como vuela arrollando entre las flores
La solitaria tórtola aflijida,
Desoyendo á los dulces ruiseñores
Que al son entonan cánticos de vida:
Y solo busca al bien de sus amores
Llorando por las selvas escondida.

Lejos yo así de la que fino adoro,
Las amarguras de la ausencia lloro.

Cual cándida azucena separada
Del verde tallo que á brillar la incita,
Sin fuerza y sin fragancia deshojada,
Triste, deshecha, pálida y marchita,
Sobre la seca yerba abandonada
Llora el destino que su bien le quita,
Así yo que merced del cielo imploro,
Las amarguras de la ausencia lloro.

Como aparece en el rosado oriente
Velado el rostro de purpúreo manto
La blanca aurora que á Favonio siente,
De ella apartado, y en fatal quebranto
De perlas orna el campo floreciente
Con las líquidas gotas de su llanto,
Así yo entre los velos del decoro,
Las amarguras de la ausencia lloro.

Oye, iman de mi amor : oye mi acento,
Ven, presto, ven si quieres que yo exista ;
Mira que soy sin vida y sin aliento
Tórtola amante lejos de tu vista,
Blanca azucena que destroza el viento,
Y nueva aurora que su bien conquista,
Pues como estrella en el celeste coro
Las amarguras de la ausencia lloro.

A MI AMIGO DORIS,

EN LA PRISION.

EPÍSTOLA.

No viertas, Dóris, por mi pena llanto,
Ni tristes ecos con doliente lira,
Que el fuerte corazon no siente espanto
Aun cuando el ceño de la Parca mira.
Vuelve de nuevo á tu festivo canto
Y suaves metros que el placer inspira,
Y ciña al dar canciones amorosas,
Tu cítara feliz de alegres rosas.

No es bien que el vate que las aguas bebe
De Castalia, Hipocrene y Helicona,
Y al alto Pindo remontar se atreve,
De quien la Fama glorias mil pregona,
Tan crecido dolor á mal tan breve
Muestre en los cantos que su voz entona,
Que no del sol, cuando en verano brilla,
Cubre la faz lijera nubecilla.
No siempre despejado el horizonte
Está, ni el mar del céfiro mecido,
Ni siempre trina plácido el sinsonte,
Ni canta el ruiseñor, ni está vestido
De flor el prado y de verdura el monte :

Suelen del Noto ó Bóreas al silbido,
Callar las aves, deslucirse el suelo,
Bramar el mar y encapotarse el cielo.

Suele tambien tras la borrasca fiera
Mostrar su ceño la tormenta cruda,
Mas su furia es veloz y pasajera,
Y aunque en desiertos los poblados muda,
Vuelve á vestir la grata primavera
Cuanto su rabia con furor desnuda;
Alzan cancion las aves mas sonora,
Brilla mas bella la rosada aurora.

Así la Eterna voluntad cumplida
Muéstrase, amigo, en todo lo creado,
De bienes y de males compartida
Es la existencia que nos ha prestado;
Quien los gustos y penas de la vida
Lleva, ni envanecido, ni turbado,
Y con firme igualdad todo recibe,
A aquel le es dado asegurar que vive.

Verás mi pena como no es tan recia
Cual tú presumes, pues estoy tan pronto
En Roma, en Asia, en Flandes ó Venecia,
Como escuchando resonar el Ponto,
O admirando á Cenobia y á Lucrecia,
O en las planas riberas del Oronto,
Viendo á Volney, de ejipcio disfrazado,
Contemplar lo presente y lo pasado.

Ahora puedes decir si estension tanta
Es un estrecho y lóbrego recinto,

Si á quien el pensamiento así levanta
Le abate el verse en este laberinto.
Canta, Dóris, por mí no llores, canta
Al son sereno que mis penas pinto,
Y antes libre estaré, que el sol luciente
Ilumine tres veces el Oriente.

A DON IGNACIO VALDÉS MACHUCA.

—

DEDICATORIA.

Desde la verde, callada
Y melancólica orilla,
Donde Dorila de Délio
Saludaba á tu Dorila :

Quien á tí debe nociones
De la dulce poesía,
Y mas que un favor te debe,
Ménos que un verso te envia.

Él es un cuadro incompleto
De tradiciones antiguas
En prosa disimulada
Con el velo de la rima.

Acójelo tal cual es
Y no lo hayas en estima
Porque algun mérito tenga,
Ni por la diccion castiza :

Puesto que agora esas dotes,
Ni se atienden ni se miran :
Sino por la voluntad
De éste que te los dedica.

AL YUMURI.

—

I

Manso arroyuelo que un dia,
De Sur á Norte corrieras,
Antes que te diese el paso
Esa montaña soberbia
Que hoy lleva tu mismo nombre,
Merced á un temblor de tierra :
De entónces acá variaste,
Y en vez de campiña amena,
Poblada de gayas flores,
Y verdes enredederas ;
Cambiaste por cieno inmundo
Tu fina y brillante arena :
Hoy llevas cardos por lirios,

Y manglares por palmeras,
Tú, semejante á los hombres,
Ambiciosos de grandezas,
Cuanto mas tu cauce ensanchas,
Tienes la tumba mas cerca.

II

¿Quién sabe, si ántes que ese monte altivo
Senda te abriese al borrascoso mar,
Ya tú minabas su cimiento vivo
Para mas breve sepultura hallar?

Así los séres que Jehová creára
Como revelacion de su existir,
Derriban la virtud que les ampara
Y anhelando gozar, van á morir.

¡Quién sabe si en tu fondo cenagoso
Algun tesoro oculto se hallará,
O en subterráneo oscuro, misterioso,
De Hatuey entero el esqueleto está!

¡Quizá en él mismo se hallará clavada
Morisca lanza que Almanzor blandió,
Y en «Santa Fé» delante de Granada
Familias mil en la horfandad sumió!...

Y esa, que vió turbantes con rubíes,
Y gallardos pendones ondear,
Y sobre capellares carmesíes
Cifras de oro de Ofir reverberar,

Esa que en los torneos y saraos
Lucir apuestos caballeros vió,
Y vió de Palos al partir las naos
Llorar el pueblo que Colon dejó:

¡Hoy despreciada, ignota, enmohecida
Aciértanla tal vez solo á tocar
Piedra por las crecientes impelida,
O el remo de una lancha en baja-mar!

III

¿Dónde fueron, rio manso,
Aquellas góndolas listas,
Con sus caprichosas velas
De verde guano tejidas?

¿Dónde aquellas banderolas
De nítido algodon, fijas
Sobre derechos bambúes
Con rojos soles de BIJA?

¿Dónde aquellas prestas balsas
Finjiendo flotantes islas
Con sus guirnaldas de hojas
Por gallardetes de cintas?

¿Dónde los hombres tostados,
Cuyas zumbadoras viras,
Alcanzaban en las nubes
Las garzas que el aire hendian?

¿Y dónde, por fin, aquellas
Modestas vírgenes indias,
Sutiles como tus olas,
Y puras como ellas mismas;

Que en la noche con antorchas
De sasafrás encendidas,
Formando un bosque de fuego
Te iluminaban festivas?

¡Aun me parece escuchar
Sus selváticas cantigas,
Y que redobla sus ecos
La inmensa gruta vecina!...

Aun las contempla mi mente
Al soplo de blanda brisa,
Que sus cimeras de plumas
Y sus cendales ajita!

Sus negras madejas veo
Por la áurea espalda tendidas,
Sus ledas frentes, sus ojos
Centellantes de alegría.

¿Qué fué de esa pompa agreste?
¿De esa perdurable vida?
¿De esos amores sin celos?
¿De esos goces sin malicia?

¡Todo se acabó!... ¡Desierto,
Solitario al mar caminas,
Al triste son de las ranas
Que nacen en tus orillas!...

Eres recuerdo profundo,
Como osamenta marina
Hallada por un viajero
En los desiertos de Libia.

Cuando la noche te cubre
De opacas sombras ceñida,
Te es dado ver solamente
En tu ribera sombría,

Algun amante que espera,
Algun vate que medita,
O desventurados siervos
Que sus tormentas disipan.

IV

Perdiste tus festines y tus flores,
Tersura, arenas, palmas y nacion ;
Eres como un poeta sin amores,
Como la ancianidad sin sucesion.

V

¡ Quién sabe si en algun coso
De magnitud prodijiosa,
Con jeroglíficos signos
Estará escrita una historia ;

Y al encontrarlo en tu márjen
Tosco pescador lo arroja
Por parecerle las cifras
Arañazos de la concha !

¡ Quién sabe si un jóven indio
Del conticinio en la hora,
Te atravesó recitando
Amantes y dulces trovas,

Y al cabo de cuatro siglos,
Aun viene á llorar su sombra
Sobre tí, que eres la tumba
De sus hijos y su esposa !...

Hoy tienes vírgenes bellas,
Mas aristócratas todas,
Que á par que se llaman tuyas,
Miran con desden tus olas.

Ni á tus orillas se acercan
Porque rehusan ó ignoran
Los inocentes placeres
Que en tu soledad se gozan.

¡ Tanto es verdad que los pueblos
Henchidos de fausto y gloria
Pierden en puras delicias
Cuanto aventajan en pompa !

VI

Adios, callado y memorable rio,
Cual mística sirena entra en el mar,
Recitando el humilde canto mio,
De tus hondas al dulce murmurar.

El almo Dios consérvelas serenas,
Y de los siglos vuélvate hasta el fin,
Tus góndolas, tus palmas, tus arenas,
Y tus conchas de nácar y carmin.

CORA.

Hondos suspiros lanzando
Del Sol las sacerdotisas,
Fijos los ojos en tierra
Con tardo paso caminan.

Cien guerreros las rodean,
Que al són de roncas bocinas,
Cantando marchan, armados
De mazas, arcos y picas.

¿Cuál es criminal entre ellas?
¿De cuál yerro la castigan?
¿Porqué no va como debe
Junto al soberano Inca?

¡Ay! que son sus tristes padres
Los dos ancianos que miras,
Quienes tragará la hoguera
Por la vestal fujitiva.

¿Veis con palmas de alcanfor
Sus canas frentes ceñidas,
Y los codos que á la espalda
Atados sangre destilan?

¿Veis en el centro de aquella
Arboleda semi-círcula,
De plátanos y bambúes
Que el viento apenas ajita,

La fosa profunda y cóncava
Sedienta de humanas víctimas,
Al éter lanzando rápidas
Centellas súbitas ígneas ?

Pues allí van inocentes
Por Cora á perder la vida,
Por Cora, que tanto amaron,
Y que adoran todavía.

Ya llegan, ya les desnudan
Las blancas túnicas limpias ;
Ya los cánticos de muerte
Suenan, y eterna partida.

Hablar el anciano quiere:
« Habla, » le contesta el Inca,
Y acude á enjugar el llanto
Que corre por sus mejillas.

Cruza en el pecho los brazos,
La vista en el cielo fija,
El corazon en la Gloria,
Y en tierra las dos rodillas.

« ¡ Manco Omnipotente (esclama)
Sagrado Dios de las Indias !
Nuestras almas con placer
Ante tí se sacrifican ;

Empero, permite ¡ oh Sol !
Que humildemente te pida
Una merced que hacer puedes
Por tu potencia infinita:

Y es, que cual tú quede claro
El honor de mi familia,
El lustre de tus altares,
Y la virtud de mi hija.

Mi hija Cora es inocente,
El corazon me lo dicta,
Que no es malo nunca, quien
Con buen ejemplo se cria. »

Ha dicho, y con firme planta
Lleno el rostro de alegría,
Abraza á su esposa y vuela
Hácia la funesta pira.

¿ Por dónde, ignota fantasma,
Fué tu invisible venida ?
¿ De dó sacaste ese manto
Bordado de plata fina

Que te cubre, y esa espada
Nunca de estos pueblos vista,
Relevado el guarda-monte
Con las armas de Castilla ?

¿ Por qué entre los dos y el fuego
Defiendes el paso, á guisa
De una sombra que separa
La eternidad de la vida ?

« ¡ Teneos !... » dice, y el manto
Cae, retrocede el Inca,
Y absorto y convulso esclama :
« ¡ Cora !!... ¡ Alonso de Molina !... »

¡ Cora !!... ¡ Alonso !!... el campo suena,
Y amante, padres, é hija
Abrazáronse, y ¡ perdon !...
El pueblo y guerreros gritan.

Postróse Alonso á los piés
Del gran príncipe Ataliba,
Y alcanzó de su bondad
Abolir la ley inícua,

Por lá que, á la menor falta
Que en el templo cometian
Eran aquellas vestales
Llevadas á quemar vivas.

Así de amor fuéles dado
Gozar la inefable dicha,
Pasando á esposas y madres
Del Sol las sacerdotisas.

EN LOS DIAS

DEL SR. DON M. DE A.

—

SONETO.

A tu natal las hijas de Memoria
Te ofrecen ledas en cancion lucida
Luengas edades de salud cumplida
Que te tributa mi lealtad notoria.

Sí, porque el hombre amante de la gloria,
De virtud y honradez esclarecida,
Debiera ser feliz en esta vida
É inmortal en los fastos de la historia.

Vive luciente como el sol radiante
En el partido que tu bien desea,
Del desvalido protector constante.

Tu nombre el mundo como estrella vea,
Tu dicha al cielo mi cancion levante
Y eterno tu recuerdo siempre sea.

AL SEÑOR DON MARTIN ARREDONDO.

—

SONETO IMPROVISADO.

M arcial, feliz, benéfico y human
A pareces sublime y generos
R ápido como el rayo estrepitos
T olerante en juzgar como Trajan
I lustre, fuerte, ardiente american
N aciste á inmediacion del Yaque* undos
A migo dulce, militar, glorios
R asgastes las enseñas del tiran
E n calma sin igual goza adormid
D el lauro inmarcesible que has ganad
O rgulloso de haberle merecid
N unca el dolor te aqueje, y estasiad
D ijo querub del cielo descendid
O rne tu frente de arrayan sagrad

} O

---

* Rio caudaloso en la isla de Santo Domingo.

A DON FERNANDO DE ROJAS,

Residente en S. Juan de los Remedios.

EPISTOLA.

Brillante sol de mi fecunda patria,
Presta á mi sien tus fúljidos ardores,
Para cumplir con el deber divino
Que la sagrada gratitud me impone.
Un amigo feliz de bondad lleno,
Mi alto protector, constante y noble;
De aquellos que enviados del Eterno
Rara vez en la tierra ven los hombres,
Que cante me suplica las bellezas
De un pueblo magno con humildes voces.
Pero ¿qué he de cantar? ¿cuáles acentos
Serán bastantes á esplicar los dones
Con que colmó naturaleza el suelo
Que es un breve compendio de primores?
En vano pulso la dorada lira
Que estasiara las almas con sus sones
En otros tiempos cuando el alma mia
Empapada en placer manaba amores.
En vano templo sus doradas cuerdas:
Solo puedo sacar tonos discordes;

Há mucho que en polvo sumerjida
No se ciñe de mirtos con festones:
Y si en las sombras de la noche oscura
La he tomado tal vez, tristes clamores,
Dolientes ayes solamente han sido
De su dueño infelice las canciones.
¿Y será que la plácida alegría
Disipe de repente mis dolores,
Llene mi corazon de gozo puro,
Y el fuego santo á mis acentos torne,
Como el Iris que calma la tormenta
Y orna el cielo de vivos tornasoles?
Oh! Sí será: por fuego ardiente henchido
El pecho siento, y al escelso nombre
De empírica amistad, el plectro pulso
Cercado el corazon de inspiraciones.

Figuraos, señor, un querub bello
Que levanta su faz del mar salobre,
Sustentando un escudo rodeado
De alegres playas y soberbios montes,
El cual es construido á semejanza
De los héroes de Milton y de Pope:
Tiene en su centro, plazas, puentes, rios
Coronados de palmas y de flores,
Templos, teatros, hospitales, quintas,
Ricas moradas y altos miradores;
Vénse tambien algunos animales,
Cosa que nunca falta entre los hombres:
Pero lo mas hermoso, lo mas grato,
Lo mas digno de aplauso y atenciones,

Es una red de cintas y diamantes
Estendida del centro hasta sus bordes,
En que sin remision quedan cautivos
Los mas frios y duros corazones.
Bajo esta red, por cualesquier almena
Que una beldad su casto rostro asome,
Donde muestre una ninfa Matancera
Su esbelto talle, su presencia noble,
Sus cabellos de seda y su cintura
Breve, ceñida de plateados broches,
No hay alma que resista á sus encantos,
No hay humana potencia que no robe.
Si en « quitrines » flamantes como estátuas
De ambos rios acércanse á los bordes,
Iguálanse á la diosa de Citeres,
Cuando en concha de nácar levantóse
Sobre la mar azul lloviendo perlas
Cercada de nereydas y tritones,
Y si adornadas de nacientes plumas
Mueven la frente celestial, entónces
Los cielos, las estrellas y las plantas,
Todos á darlas holocáustos corren,
Y vuelan al sarao donde gustan
Mas galas ostentar y mas primores.
Allí al compás de música estasiante
Cual hace presta la « cadena doble , »
Mas sutil que Favonio cuando vuela
Jugando con la palma de los bosques ;
Cual sostiénese firme en el « balance »
Remarcando sus pasos vencedores,
Como su copa al aire enseñorea

Con verde majestad jigante roble
Cual bulliciosa rie en la « alemanda »
Revolviendo sus ojos brilladores
Como las olas de arroyuelo claro
Cuando heridas del sol fugan veloces;
Y cuál... pero ya baste de pintura :
El querub á los cielos escapóse,
Y lo mas importante del escudo
Han cubierto las sombras de la noche.
Voy, señor, á gozar un sueño dulce
Cabe un lecho mullido de ilusiones :
Sueño sin corazon, ya lo he perdido,
Está preso en la red de los amores;
Mas bendigo á la hermosa robadora
Porque es digna de eternas bendiciones :
Pero os juro, señor, por lo que os amo,
Que siendo dados á mi númen pobre
El cincel inmortal y eterna pluma
De Fidias el divino y Jenofonte,
Yo á Matanzas, á vos, y á la que amo
Os esculpiera en mármoles y bronces.

A LA SEÑORITA DOÑA VIRGINIA PARDI,

POR SU INIMITABLE EJECUCION

DE LOS CAPRICHOS EN EL ARPA.

—

No con aquella degradada lira
De ingratas cuerdas y oropel cubierta,
Con que tan sin razon y sin justicia,
Aplausos suelo prodigar, malgrado
De mi fiel corazon en voz ficticia,
Celebraré tu mérito elevado;

Sino con aquel plectro
Libre de la lisonja y la impostura,
De cuerdas áureas y metal electro,
Emblema de ventura
Que el sentido arrebata y enajena,
Tan incorrupto como tu alma es pura,
Tan estasiante como tu arpa suena.

Sombras de los antiguos trovadores
Que con doradas arpas hechiceras,
A imitacion de alados querubines,
Del Adda y el Adije en las praderas
Cantais gratos amores,
Y danzando en sus plácidos jardines,
Hollais las plantas sin ajar las flores:

A los fecundos y risueños campos
De mi patria volad ; almo el concento
Escucharéis de la índica Virjinia,
Sus «caprichos» divinos
Que inspiraron las hijas de Memoria
Os llenarán de insólito contento,

Y unida mi cancion á vuestro acento,
La entonarémos himnos de victoria
Que sonando en el trono de la Gloria
Pueblen de « vivas » la rejion del viento.

¿Será que diestro á los remotos siglos,
Del antártico mar al boreal polo
Trasmitirá el pincel tu jentileza?
Venus pudiera solo
Tus gracias hermanar con su belleza,
Si pulsára la cítara de Apolo.

Púdica vírjen, á los pueblos parte
Que el sacro Tíber riega,
Y á dar placer con tu celeste arte
A los mortales que te adoran, llega.

Pulsa allí tu laud, nueva Malvina,
Y tu sien ceñirá la culta Roma
Con los lauros del Tasso y de Corina.

Feliz la estrella que marcó el instante
De tu sagrado oriente,
Y con rayos de fúljido diamante
Cubrió tu cuna y decoró tu frente.

Dichoso tu talento peregrino,
Mortal dichoso el que consiga amarte
Y ser amado de tu sol divino,
Y mas dichoso yo, porque el destino
Me reservó la gloria de cantarte.

A DOÑA INOCENCIA MARTINEZ,

DAMA JOVEN.

Por su inimitable desempeño del papel de MARIA, en la comedia

LA NIÑA ABANDONADA.

—

EL SUSPIRO.

Si faltare cadencia en el concento
Dedicado á tu prez, bella María,
Proviénete mi fé con grato acento,
Que en un sencillo y nuevo pensamiento,
Mas que en el verso, está la poesía.

Un don quiero ofrecerte sin segundo,
Mas durable y sublime, aunque sin arte,
Que cuantos puede el mundo regalarte,
Porque será, cual hoy, claro y fecundo,
Aun despues que perezca el sol y el mundo.

Desde mi creacion, cuando el Eterno,
Alma inmortal uniera

A la humana porcion perecedera,
Formó del fluido mismo
Un soplo celestial, sonoro y tierno,
El que, ya que exhalarse no pudiera,
Con su mayor hermana unido fuera
De la tumba al Empíreo, ó al Infierno.

Tal, solo ser debia
Libremente exhalado
Por natural y estrema simpatía
A la presencia del mortal sensible
Que lamentar supiese mi desgracia ;
¡ Desgracia cruel que el hado turbulento
Me prohibe esplicar ! Sé que el acento
« Llegad, que aquí os aguardo, madre mia. »

. . . .

Lancé un profundo ¡ Ay ! triunfó María.
Triunfaste, sí : no empero satisfecha
De la fácil victoria conseguida,
Víbrasme en cada sílaba una flecha
Que al corazon derecha
Parte, saliendo roja y detenida
Arrancándome el alma por la herida.

¿ Dónde, májica, dí, dónde aprendiste
Esos jestos de pena y de disgusto,
Que al semblante revela un pecho triste ?
— Es verdad, que naciste
En el opaco siglo diez y nueve,
Que de luz suelen titular : en tanto
De dolores le nombra el plectro mio,

Por ser tan melancólico y sombrío,
Que hasta su mismo sol inspira llanto.

¿A dónde, dí, te llevan los pesares?
¿A quién le ruegas, mísera María?
« TE MALD... » No sigas... desgraciada, tente!
¿Eres tú por acaso,
Fanática, soberbia ó delincuente?
Ellos solos maldicen;
La divina virtud no es maldiciente.

Al recorrer la clásica Elejía,
Y acabado el desmayo delirante,
En brazos de una madre, y un amante
Que perdon de sus yerros te pedia,
¿No miraste al través del tierno lloro
Que tu cándido rostro hermoseaba,
Línea de fuego que por él serpeaba,
Cual mínimo relámpago de oro?
¡Ay! Estática entónces creerías
Reflejadas las luces en la nieve
De tu líquido llanto.
Tal yerro en tí no admiro:
Sabe, pues, que el fulgor que te bañaba,
Era el áura sutil de mi SUSPIRO.

Ella fué, yo la ví:
Del oprimido
Pecho, rápida alzóse á la garganta
Revuelta en hondo ¡AY! mal contenido,
Y acompañando al eco sonoroso
Rosa ígnea de fúlgido topacio,
Convirtiéndose en círculo cumplido

Midió veloz el ajitado espacio
Por vivas y loores,
Y en el aire dos palmos suspendido,
Como disco de luz resplandeciente,
Derramaba sus rayos en tu frente.

Salud, jóven sensible y peregrina,
Dulce y cándida Hebé, Flora lozana,
Que á la modesta sencillez de Diana,
Juntas leda las gracias de Ciprina;
Y pues ya del saber á la alta cumbre
Osas subir por tu constancia fuerte,
Toma este rayo de la Eterna lumbre,
Que solo consagrado á la INOCENCIA
Triunfará de la muerte.
Él es tan puro cual su diva esencia,
Él inmortal como el alma que lo vierte.

Por mi SUSPIRO de eternal memoria
Que altas virtudes místicas encierra,
Te adorarán los hombres en la tierra,
Y yo por él te abrazaré en la Gloria.

A LA SEÑORA TERESINA ROSSI,

EN LA OPERA

LA LOCA POR AMOR.

—

¿Cuál, célica alba Rosa,
Cuál de los dos apurará el postrero
En pugna deliciosa
Los armónicos ecos de su arte?
¿Quién de los dos se cansará el primero?
¿Tú de estasiarme, ó yo de celebrarte?

El que infelice con las penas luche,
A oirte vuele con lijeras plantas;
Nadie puede penar donde tú cantas,
Nadie puede morir mientras te escuche.

Tu acento al de los ánjeles igualo
Que grato al alma dulcemente toca,
Porque el poder de tu divina boca
Es del cielo, es de Dios, nada haces malo.

¡Ay! cuando dices á tu caro Enrique:
«No ADMITO ESCUSA,» de placer me inflamo;
Que antes ya en tu locura manifiesta
Le cantaste en el bosque, y por respuesta
Repitieron los bosques «YO TE AMO.»

Niña, si el brazo alguna vez levanta
La Parca aleve, al descargar, la herida
Muéstrale, en vez de intimidarte, erguida
Tu divina garganta,
Y si no quieras que te hiera, canta.

CONSEJOS A UN AMIGO.

—

¿Qué quieres, Castro, recibir consejos
De quien carece del maduro juicio,
Y está del trato mundanal tan lejos,
Que jamás el desden y el artificio
Le hicieron con maléficos reflejos?
Mas para darte de mi afecto indicio
Lo haré gustoso: pues la fé me ordena
Sentir el mal de quien lloró mi pena.

Si á Lola bella desdeñosa miras
Burlarse ingrata de tu amor sincero,
Gasta en pensar el tiempo que suspiras
El modo de lograr tu fin certero;
Él solo puede adormecer sus iras
Y darte el verde mirto placentero,
Por ser claro que enjendran las ternezas,
Tiempo, dinero, astucias y finezas.

No es la constancia cuando se halla sola
Quien vence á fuerza; necesita liga;
Entonces sí, su pabellon tremola,
Por ser su aliada la que mas obliga.
Registra, Castro, de la hermosa Lola
Su mas cercana y predilecta amiga:
Indícala tu amor, regala, adula,
Oye, calla, inspecciona y disimula.

Hay en amor, guerrillas, descubiertas,
Largos rastrillos, fuertes estacadas,

Soberbios muros, misteriosas puertas,
Sordos obuses, grandes emboscadas,
Campos volantes, órdenes inciertas,
Asaltos, marchas, falsas retiradas,
Bravos infantes, diestros artilleros,
Emeriles, cañones y morteros.

Adopta, Castro, el arte de guerrilla
Por ser contra desdenes mas seguro:
Que es el desden finjida trincherilla
Con forma y pinta de elevado muro.
Una que otra amante palabrita,
Una flor, un regalo, un yo te juro...
Valen mas con el tiempo estas acciones,
Que cien cartas y mil declaraciones.

Si Lola tiene el humillarte á gala;
Humíllate á la vez que amor la pides,
Que entre las damas de la reina Onfada
A hilar se puso el semi-dios Alcides;
Así su gusto por tu bien regala:
Que así se vencen amorosas lides,
Y te dará risueña la victoria
En su seno los mirtos y la gloria.

Ya ves, amigo, con qué llano estilo
Te da consejos quien los tuyos toma,
Y sin perder de la cuestion el hilo
Recursos varios á tu pena asoma;
Mas no puedo decirte aunque cabilo,
Mi pobre musa el desaliento doma,
Y quiera el cielo que un dichoso dia,
Quien tu mal llora, á tu contento ria.

LAS FLORES DEL SEPULCRO.

A la sentida y prematura muerte

de mi mas cara amiga

MARIA DE LAS MERCEDES SOCARRAZ.

—

...... Encuentra uno el amigo con quien quisiera pasar su vida, y al momento la suerte les aleja. Descubre uno el corazon que buscaba, la víspera del dia en que dejarà de latir.

CHATEAUBRIAND.

I

Ven, clavel amarillo de los muertos,
Ven á ceñir mi funeral laud,
Para cantar á los despojos yertos
De amistad, de inocencia y de virtud.

No ya mis ecos plácidos ¡ oh brisa !
Del San-Juan por las ondas regarás :
Puede tal vez bañar fugaz sonrisa
Mi rostro sí, mi corazon jamás.

II

Jamás ! ¿ Para qué buscar
Distraccion en el placer ?
¿ Para nuevamente amar ?
¿ Para tornar á perder ?
¿ Para volver á llorar ?

Será mi festin mayor
Un campo de soledad,
Un recuerdo de dolor,
Un suspiro de amistad,
Y una lágrima de amor.

Si hay un divino placer
Que del penar nos escuda
Con infalible poder
Sobre la tierra, es sin duda
La amistad de una mujer.

Este afecto puro y fiel
Coloca el cielo entre dos,
Y hay con exacto nivel,
Tanto espacio de él á Dios,
Como desde el hombre á él.

III

Cuál me burlaste ¡ oh amistad querida !
Pues logro apenas tu candor gustar,
Vaste á la Gloria, y déjasme en la vida
La triste herencia de un sin fin llorar.

IV

¡Llorar!.. ¡siempre llorar!.. ¿que á eterno llanto
Habré nacido condenado yo ?
¿Cual humo, el tiempo del gozoso encanto
Ya para mí voló ?

¿ Será mi pecho de escarpado risco ?
¿ Nunca espirar de pena lograré ?

¿Tengo yo corazon de basilisco
Que mata cuanto vé?

V

Probé un amor, del alma por fortuna
Partió presta á los campos del Eden:
Brindo amistad de corazon á una,
Y en la flor muere de su edad tambien.

Ya ¿qué es el mundo para mí? un vacío
Sin terso azúl, sin astro brillador;
Páramo yermo en la mitad de estío,
Sin verde planta, ni aromosa flor.

Perdí mi amor, y en la amistad consuelo
Solo hallar pudo tan fatal dolor;
Pierdo amistad, y en este triste suelo
¿Qué es un mortal sin amistad ni amor?

De dos vivientes que el Eterno inspira
A volar juntos de la dicha en pos,
El que primero por su bien espira,
Es el mas venturoso de los dos.

Aquel, en cambio de su estrella dura,
Mirando muere lo que siempre amó,
Aquel tendrá quien la noche oscura
Llore èn su losa; pero el otro, no.

Ya para siempre al cielo en raudo jiro
Voló la amiga que aprecié mejor.
¿Quién á mi muerte exhalará un suspiro?
¡Nadie en mi tumba soltará una flor!!!

Tengo presente, amiga encantadora,
La vez postrera que el «adios» te dí,
Grabado en mi alma cual si fuese ahora...
¡Qué adios!!!... Jamás se apartará de mí.

Era noche; tu albergue esclarecia
Débil fulgor de lumbre artificial:
Cual suele iluminar gruta sombría
Pálida luz de antorcha funeral.

Gruesa lluvia la atmósfera lanzaba,
Sentíase el Austro con furor mujir,
Y aun tu tétrica vista me anunciaba
Siniestro augurio al tiempo de partir.

Adios...—Adios ..—Dijimos, y corriendo
En alas de la horrenda tempestad,
Cruzó el eco los aires, repitiendo
¡Adios!... ¡Adios!..: hasta la eternidad!

Trance es amargo, cuando á mundo ignoto
Aquel que amamos para siempre va;
Quédanos un consuelo harto remoto,
Y es—¡La esperanza de encontrarle allá!!!...

VI

¡Allá!!! Por fuerza: inspiracion divina
Con eco mudo al corazon me advierte,
Que mi alma es como Dios, eterna y fuerte,
Que á su morada celestial camina,
Y que mi cuerpo es solo peregrina
Arca de barro que se dá á la muerte

En retributo á la lealtad notoria,
Con que abriéndonos paso por la tumba
Nos presenta la senda de la Gloria.

¡ Ay de vosotros, míseros impíos,
Si de vuestros placeres la esperanza
Es tan pobre y mezquina, que no alcanza
Nada al través de los sepulcros frios !

¡ Relijion de mis padres sacrosanta !
Yo te bendigo, cada vez que á Oriente
El luminar inmenso se levanta,
Y siempre que se oculta en Occidente
Mi humilde voz tu omnipotencia canta.
¿ Y cómo no cantar ? Por tí en el cielo
Espero ver tan pura como el alba
La clara luz que me brilló en el suelo.
Por tí confio, Relijion sagrada,
Verla bajar en grupo de querubes
De cándidos jazmines coronada,
Alzarme leda entre brillantes nubes
Del alto Empíreo á la eternal morada,
Ráuda salvar las diamantinas puertas
De par en par á la virtud abiertas,
Y postrada ante sol de la justicia,
Cuya bondad propicia
Nunca el oido al inocente cierra,
Grata esclamar uniéndose conmigo :
« Hé aquí, Rey de Israel, mi único amigo,
El solo ser que me sintió en la tierra,
El que me idolatró sin el quebranto
De profanos amores,

El que á mi ocaso alzó fúnebre canto,
Mi oscura tumba eternizó con llanto,
Y mi sepulcro matizó con flores.

Dignaos, Señor, por vuestro trono inmenso
Concedernos el don que os demandamos,
Que os alabemos juntos, y ofrezcamos
A vuestra augusta Majestad incienso. »

Tal paréceme oirla. El infinito,
Grato concede á sus plegarias puras,
Ella, lanzando penetrante grito,
Dice por celebrar nuestras venturas :
« Gloria al Rey de Israel en las alturas. »

Y contestan los ánjeles : « ¡ Victoria ;
Vuestra suma bondad males destierra,
Por eso están los cielos y la tierra
Rebosando, Señor, en vuestra gloria !»

VII

Pero en tanto que ese dia
Se acerca de mi ventura,
Que duermo en la huesa fria
Amaneciendo á su pura
Lumbre de paz y alegría.

Deja que en flores ¡ oh amiga !
Tu triste tumba decore,
Porque quien verla consiga,
Tu temprana muerte llore
Y mi inspiracion bendiga.

No temas que al fin estén
En ningun tiempo marchitas;
Produjolas el Eden,
Y si tú en el cielo habitas,
De allá son ellas tambien.

Del jardin divino son,
Sitio encantador y ameno,
Donde no hay murmuracion,
Ni ven ojos de veneno,
Ni hablan lenguas de escorpion.

Entre cielo y tierra un dia
Jehová un ánjel colocó:
De allí, jamás se desvia,
Nunca el tiempo le tocó,
Llámase la Poesía.

De un vate á los cantos bellos
Los siglos no le hacen mal
Porque son de Dios destellos,
Y el tiempo cruza por ellos
Como el sol por un cristal.

VIII

Padrones gloriosos de eternas verdades,
De Hermon ¡oh colina! puertas de Salen,
Del Líbano bosques, cipreses de Cades,
Pozo del desierto, gruta de Belen:

Haced que con flores de grata verdura,
La «estrecha morada» cubrir pueda yo,

Dó yace marchita la rosa mas pura
De cuantas ha visto nacer Jericó.

Muertos, si en la noche sentís un poeta
Que vaga en las tumbas, atentos oid;
Veréisle los salmos cantar del Profeta,
Y el arpa sus manos pulsar de David;

Su frente las palmas ceñir de Idumea,
Jirar en su torno Saul y Abrahan,
Laureles en Cuba plantar de Judea,
Y el agua en sus ojos correr del Jordan.

Veneranda tierra, sepultura santa
Que estás á la diestra del limpio San-Juan,
Por cuyo occidente su testa levanta
De cañas vestida la cumbre del Pan:

No altere tu calma mi triste querella,
Mis ayes no ajiten tu eterna quietud,
Tus sacras reliquias no oprima mi huella,
Ni sones profanos te dé mi laud.

No quiero, sepulcro, que estes solitario,
Deja que en ti plante mi fiel corazon,
Los neldos y lirios del Santo Calvario
La oliva sagrada del Monte Sion.

Este árbol frondoso, precoz y sombrío,
Por mí te defienda del aire boreal,
Y su almo ramaje te pare en estío
Los rayos ardientes del sol tropical.

Cubiertas las formas de místico velo,
Con voces mas dulces que un bardo de Erin,
En urna de nácar me trajo del cielo
Divinas simientes, veloz querubin.

« Si quieres al mundo legar mi memoria,
Con estéril llanto no me cubras, no;
Adorna mi tumba con flores de gloria »
Dijo, y al Empíreo volando tornó.

Y es ella ¡ oh sepulcro ! sus voces sencillas
Me ordenan hacerte funéreo jardin,
Iréte sembrando celestes semillas,
De aquí, de mi pecho, saldrá la del fin.

Aquestas primeras que vierto preciosas
Son tristes jacintos de negro color,
Albas siemprevivas, y nítidas rosas,
Emblemas de luto, firmeza y candor.

Nevados jazmines del Santo Carmelo,
Imájenes puras del bien que perdí ;
Cubridla, ¡ quién sabe si este mismo suelo
Será en breve lecho mortal para mí !

¡ Quién sabe si ántes que venga la aurora
A lloveros perlas, frescor y salud,
Darán las campanas mi póstuma hora,
Y ni habrá quien cargue mi pobre ataud!

IX

Pero vosotras ¡ oh flores !
Cuando me veais llegar

Revuelto en sábana inmunda
Como muerto de hospital,
Perfumaréis el cadáver
De éste que os supo sembrar,
De éste que os ha dado vida
Donde murió su amistad ;
Y con el fresco rocío
Que el alba serena os dá ;
Al sacudiros la brisa
Bañaréis ledas mi faz ;
No permitais que en mi tumba
Llegue un profano á pisar,
Porque de este corazon,
Un árbol veréis brotar
Con tronco celeste y hojas
De color de verde-mar ;
Seis flores dará por año
Moradas, y en cada cual
De los siguientes un verso
Con letras de oro dirá : —
« Aquí, vecino á su amiga,
« Descansa Placido en paz ;
« Tres cosas (despues de Dios)
« Mentó al punto de espirar ;
« La memoria de su Fela,
« Merced y la Eternidad. »

A T..., EN SU DIA.

—

SONETO.

Igneos rayos de púrpura brillante
Derrama el sol en el rosado oriente,
Mientras yo pulso por mi dueño ausente
Las dulcísonas cuerdas de diamante.

De gloria el himno al cielo se levante,
De rosas orne Amor tu leda frente,
Tuyo es en vida mi cariño ardiente,
Tuyo será mi corazon constante.

Y cuando de la Parca rigorosa
Al fiero golpe mi existir sucumba,
Alzando entónces mi marmórea losa

El blando Alisio que entre palmas zumba,
Salve, tres veces, Teresitá hermosa,
Dirá mi sombra y volverá á la tumba.

EL CANARIO.

EN LOS DIAS DE SELMORA.

SONETO.

El éter surca, pajarillo raro,
Y de Selmora ante la faz desciende,
Miéntras por cielo, tierra y mar se estiende
La eterna lumbre del inmenso faro.

Díla que en su natal al mundo caro,
Mi fé su llama sacrosanta enciende,
Entre cáliz de nácar, que suspende
Corintio pedestal de mármol Paro.

Cubre aquel seno con tus alas de oro
Donde oculto el amor placer respira;
Abre tu pico de coral sonoro;

Cuéntala el gozo que su edad me inspira
Y entrega para siempre á la que adoro,
Mi corazon, mis versos y mi lira.

A MI AMIGO

DON BUENAVENTURA ROMERO,

EN LA MUERTE DE SU HIJO.

—

...¿Ves? tu desgracia
Ha vuelto à abrir mi dolorosa herida.

MARTINEZ DE LA ROSA.

Vástago tierno de mi caro amigo,
De su madura edad dulce esperanza,
Goza en el cielo bienaventuranza
Y la paz del sepulcro sea contigo.

¡Dichoso aquel que súbita dolencia
Arrebata en la cuna,
Y sin escarnio ser de la fortuna,
Cediendo de la Parca á la violencia,
Vuela su alma á la eternal morada,
Torna su cuerpo al seno de la nada,
Y se lleva á la tumba su inocencia!.

¿Que es la inocencia? Un ánjel que se mece
Cabe un ramo pendiente al precipicio,
Y cuando airado el Noto se enfurece,
Rueda á los antros hórridos del vicio
O volando á la Gloria desparece.

¿Y no mas vale, padre cariñoso,
Ver al fruto feliz de tus entrañas,

Antes muerto mil veces que vicioso?
Dirásme que sin duda virtuoso
Iba á ser con tu ejemplo, ¡cuál te engañas!...
Te ciega la pasion. Hermosa fruta
Suele al centro esconder de su semilla
Venenosa cicuta;
Y en una vírgen que hoy modesta brilla
Se vé mañana que su honor mancilla
Meretriz degradada y disoluta.

¿Sabes tú si ese hijo que adorado
Viste finar, ansioso de tu herencia,
Andando el tiempo hubiera deseado
El término abreviar de tu existencia,
Y con mano sacrílega é impía,
Sangriento acero hubiera levantado
Contra la vida de su padre un dia?

Cuadro horrible en verdad; mas por desgracia
Verosímil tambien: ya lo hemos visto
Con asombro profundo
Mas de una vez representado al mundo.
¿Legar virtud presumes á tus hijos?
El oro les darás, si la fortuna
Traértelo gusta en su voluble rueda
Y no torna por él: mas hombre, advierte,
Que á los tétricos campos de la muerte,
Ni el oro va, ni la virtud se hereda.

Esto no es indicarte que no llores
Un bien perdido que estimaste tanto,
Fuera obligarte entonces á insensible,

Y serlo yo á la vez: hasta las flores
Cuando mústias las miro, en su quebranto
El corazon me oprimen; pero es justo
Que si pára en sus términos el gusto,
Luego tenga sus límites el llanto.

Yo he perdido tambien: tambien mi alma
Hasta el opuesto estremo de la punta
Sintió clavada honda y crudamente
La espada del dolor. Yo ví difunta
A mi adoptiva madre, el mismo dia
En que la tumba de una prenda amada
Con llanto y flores de regar volvia.

Y ella espiró cuando mi pecho ardiente
Ornaba con fantástico deseo
El tálamo nupcial. ¡Ay, fué ilusoria
Mi ventura, y la antorcha de Himeneo
Fué blandon funeral!...
Triste memoria,
Ten compasion de mí; no con tiranas
Sombras pasadas mi afliccion se aumente;
Seis breves lustros, ¡penas inhumanas!
Aun no cuento de edad, y ya mi frente
Habeis cubierto de amargura y canas.
¿Lo VES, amigo? tu dolor estremo
«Ha vuelto á ensangrentar la cruda herida»
De mi ulcerado corazon; empero,
¿Amas á Dios y su poder adoras?
¿Conoces su bondad? ¿Temes su ira,
Y no moderas tu pesar? Pues mira
Que su inefable Majestad desdoras

Con tu sentir crüento
Y eres rebelde á él, si el cumplimiento
De sus decretos inmutables lloras.

Déjale reposar en paz, cantando
A los piés del Eterno
El himno de victoria,
Que hace temblar las furias del infierno
Desde el escelso trono de la Gloria.

A LA SEÑORA C. E., EN SU DIA.

SONETO.

Salve las aves al nacer el dia
Clamaron ledas en la selva umbrosa,
Y el sol su cabellera luminosa
En el dorado Oriente sacudia.

Salud y salve al descender decia
La deidad del Olimpo mas hermosa,
Y en el espacio de la mar undosa,
Salud y salve el himno repetia.

Tú, venturosa, los placeres sella
De aquel que es tu diamantino escudo,
Y al ver mi corazon honras tan bellas

Lleno de gratitud con eco mudo
Rápido el vuelo alzando á las estrellas
Tus gracias canto y tu natal saludo.

A LA SEÑORA DOÑA C. E.

CON MOTIVO DE HABER CANTADO CIERTA CANCION.

—

SONETO.

Cuando tu dulce y peregrino acento
Hiere y hechiza mi anhelante oido,
Contemplando tus gracias embebido
Me juzgo trasportado á otro elemento.

No sé qué especie de enajenamiento
Me deja el corazon de gozo henchido
Con tal estremo que mi pena olvido
Y dudo á veces de mi propio aliento.

Es tan grata tu voz, que cuando cantas
El mar sus olas procelosas calma,
Endulzas mi existir, mi pecho encantas.

Y de contento arrebatada el alma
Y admirando, Conchita, gracias tantas
De tu tierna aficion te da la palma.

A MI AMADA, EN SU DIA.

—

SONETO.

Adorada y hermosa prenda mia,
Fin de mis penas, dueño á quien amantes
Holocaustos ofrezco por instantes,
¿Qué sacrificio haré por tí en tu dia?

Como estilo de toda poesía,
Pudiera coronarte de diamantes
Y ofrecerte zafiros y brillantes,
Y en copas de oro el néctar de ambrosía;

Pero no quiero hallarme confundido
Entre la multitud que con orgullo
Brindaron todo lo que no han cumplido,

Porque nunca ofrecieron nada suyo:
Y tan solo consagro á tí rendido
« Mi corazon que siempre será tuyo. »

A LA SEÑORA DOÑA C. E.

EN MOMENTOS DE CANTAR LA HERMOSA CANCION HABANERA

LA BELLA IMAJEN.

—

Tierna vírjen, modesta y candorosa,
Rica de gracias, de atractivos llena,
¿Quién á tus labios de purpúrea rosa
Prestó esa risa celestial, graciosa
Que á las almas sensibles enajena;
Y esa voz suave, dulce y armoniosa
A tu garganta, tropical sirena?

Si al hombre de los hombres olvidado,
Si al mortal que se mira combatido,
Por doquier de pesares asaltado,
Como bajel perdido
En borrascoso mar le fuese dado
Que un ángel diese á su cancion oido,
Yo mi cítara entónces templaría
De tu guitarra al tono embelesante,
Y tu nombre feliz resonaría.
Al ajitar el plectro de diamante,
Como el himno del místico monarca,
Cuando al Rey de los Reyes ofreciera
El sacrosanto templo en que debiera
Loar su gloria y conservar el arca.

Sí, Concha del mar, y del cielo
Concha divina y humana,
Emblema de la hermosura
Y compendio de las gracias.

A tí sola dió el Eterno
Esa incomprensible májia
Que acomete, lidia y vence
Con una sola mirada.

Tú pulsas el instrumento
Creyendo que él te acompaña
Y en tu entusiasmo no adviertes
Que le dan tus ecos alma.

Tú cantas la «Bella Imájen,»
Al compás de la guitarra
Sin saber que eres tú misma
La «imájen bella» que cantas.

Y en verdad, tú sola puedes
Con tan estrema abundancia
De celestiales virtudes
Pintar tu deidad sagrada.

Eres parecida al sol
Que no hallando semejanza
En toda la creacion
Cuando en el cenit se halla,

Al ver que su imájen juega
En las cristalinas aguas
Fúljidos rayos le envía
Como signos de alabanza.

Y reverbera en las ondas
Figurando ígneas escamas
Por complacerlos sin ver
Que él mismo se rinde párias.

Goza, inocente deidad,
Tu primavera dorada;
Jamás su mano de hierro
Imprima en tí la desgracia:

Y en tanto que tu ventura
Mi acento al Olimpo alza
Templa, toca, rie y vence,
Mira, triunfa, vive, y canta.

ATALA.

—

CANCION.

I.

Cese el sol de brillar, cese el prado
De volar cefirillos lijeros,
Y la luna y fuljentes luceros
No mas vuelvan su luz á esparcir.
Ronco silbo de Bóreas airado
Suene en vez de trinar los jilgueros,
Y en lugar de sus cantos parleros
Fieros mónstruos se sientan rujir.

II.

Pues ha muerto mi Atala, ¿qué importa
Que los astros despidan fulgores,
Y se sequen las plantas y flores,
O el mar quiera la tierra invadir?

Mal los llantos mi pecho reporta:
Gocé un tiempo... ¡infelices amores!
Y hoy desdichas, tormentos, rigores,
« Sin mi Atala no puedo vivir. »

III.

Nunca ¡oh Dios! de mi alma se aparta
La dichosa y fatal noche fuerte
Que mis lazos cortó ¡ingrata suerte!
Causa eterna de eterno jemir.

¿Porqué tanta ¡ay de mí! pena harta
Le costara mi mísera suerte?
Pues segun el dolor me lo advierte,
« Sin mi Atala no puedo vivir. »

IV.

Fué la hija de Lope mi cielo,
Cara amiga, dulcísima hermana,
Bella flor que una sola mañana
Vió la aurora nacer y morir.

Nada, nada me ofrece consuelo,
En la tarde, en la noche tirana
Crece mas mi desdicha inhumana,
« Sin mi Atala no puedo vivir. »

V.

Sigaman, mas quisiera haber muerto
En el fuego voraz devorado,
Que no ser por Atala librado
Para tantos tormentos sufrir :

Pero ya que en mitad del desierto
Lloro un bien que perdí no gozado,
Mi momento postrero es llegado,
« Sin mi Atala no puedo vivir. »

VI.

Adios, padre, mi cuerpo te queda,
Haz que siga de Atala el sendero,
Y este breve epitafio lijero
Manda sobre mi tumba inscribir:

« Dios á Chactas descanso conceda,
« Aquí yace un amor verdadero,
« Murió Atala su hechizo primero,
« Y él sin ella no pudo vivir. »

EL ECO DE LA GRUTA. (1)

« Hijo de Hatuey, salud ! » dijeron ledas
Las altas cumbres y areniscas playas
Que ornan los campos de la vírgen Cuba ;
Cuando el bajel lijero divisaran
Conductor de su bardo, el dulce Heredia
A quien cubriera de laurel la Fama.

Las bellas sienes de jazmin ceñidas
Sus ninfas muestran y azucenas blancas,
Y al son del plectro que los vates pulsan,
En sacros himnos sus loores cantan.

No de otra suerte de Fingal las hijas
De Morven por las selvas solitarias,

(1) Con este título dedicó el autor una bellísima composicion poética á D. José María Heredia, cuando en 1834 visitó la ciudad de Matanzas. Placido le entregó, en un pliego cerrado, al inmortal cantor del «Niágara,» con la condicion de que no rompiese el sello sino en alta mar, y cuando dejára la Isla de regreso á Méjico. Las circunstancias en que se hallaba Cuba bajo el gobierno despótico de D. Miguel Tacon, contribuyeron á que Placido rompiese los borradores de su poema, conservando solamente el de esta dedicatoria, que insertamos en el presente tomo, ya por su mérito literario, ya por el plausible acontecimiento que la motivó.

Cánticos gratos de placer vertian,
Y al palacio de Selma se acercaban,
A victorear la deseada vuelta
« De Osiam famoso por la voz y el arpa. »

Yo, el mas humilde y débil de los hijos
Que del índico mar la reina halaga,
En tu prez canto de lisonja ajeno ;
Y cual la gota líquida que el alba
Destila sobre el cáliz de una rosa,
Así mi voz será, pura y sin mancha.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Admite, pues, de quien tu injenio admira,
El Eco DE LA GRUTA, que en las aguas
Del sesgo Yumurí cantan Nereidas
De aguinaldos y güines coronadas,
Y en la serena noche lo repiten
« La voz de sus arroyos y sus palmas. »

A DORILA DEL ALMENDAR,

EN SU DIA.

SONETO.

Indicos vates, cuyas liras de oro
En torno suenan del escelso Pindo,
Bajo un verde y copado tamarindo
Te saludan con cántico sonoro.

Yo que al hechizo de Desval adoro,
En llanos versos mi homenaje rindo,
Y con plácida voz salud te brindo
Fúljida estrella del celeste coro.

¡ Viva ! dicen las aves en sus trinos,
Cual la de abril recien abierta rosa ;
¡ Viva ! repiten gratos los destinos :

Y alzando el almo sol su faz gloriosa,
Coronó con sus rayos diamantinos
La erguida frente de Dorila hermosa.

A LOS OJOS DE MI AMADA.

—

Como en mitad de noche pavorosa
Que no alcanza la vista estrella alguna
Por entre torbas nubes, majestuosa
Serena asoma la brillante luna,
Y aclarando su luz la selva hojosa
Ofrece al hombre célica fortuna;
Tal lucen en mi alma acongojada
« Los negros ojos de mi prenda amada. »

Como la aurora de frescor vestida,
Perlas regando en el pensil de Flora,
Con alba frente de jazmin ceñida
Los verdes campos apacibles dora,
Y las aves con música lucida
Saludan á su cándida señora;
Así mi voz celebra entusiasmada
« Los negros ojos de mi prenda amada. »

Como á principios del diciembre helado
Luce en el prado solitaria rosa,
Siendo envidia del bosque deshojado,
Empírea gala de la amante diosa,
Y en su cáliz Favonio enamorado
Plácido besa y cantando posa;
Asi tienen mi alma electrizada
« Los negros ojos de mi prenda amada. »

Cual descubre en sus alas negra pluma
La blanca garza al suspender el vuelo,
Y finje alzada con belleza suma
Sutil lunar en la mitad del cielo;
O de un arroyo en la nevada espuma
Pinta una mancha si se abate al suelo:
Tal brillan en su frente delicada
« Los negros ojos de mi prenda amada. »

Como aspira balsámico tesoro
De flor en flor la mariposa linda,
Que sobre rasgos de zafir y oro,
Púrpura y plata á los claveles brinda,
Y entre azucenas para mas decoro
No halla color que su hermosura rinda:
Así admiran las bellas, y me agrada,
« Los negros ojos de mi prenda amada. »

Ellos son mi placer, ellos mi gloria,
Mi único bieu, mi Dios, mı luz, mi guia;
Si risueños me miran ¡ qué victoria!
Si me ven con desden ¡ desgracia impía!
Ellos solos ocupan mi memoria;
Pues lucen para jérmen de alegría
Como azabache en concha nacarada
« Los negros ojos de mi prenda amada. »

AL PERJURIO DE CELIA.

—

EPÍSTOLA.

Escucha, ingrata, á quien un tiempo quise,
La voz de la verdad, que el pecho mio
Y el amargo pesar que siente el alma,
No pueden consultarse con el juicio.

Cuando yo rodeado de pobreza,
A espensas de costosos sacrificios,
Sostuve entre infinitas privaciones
De mi leal palabra el compromiso ;
Cuando cubriendo tus necesidades
Te consagré mi amor constante y fino,
Entonces nos juramos mútuamente
Sernos fieles y bien te lo he cumplido.
No así tú, que perjura y alevosa
Pagas traidoramente mi cariño:
Dasme un rival y con doblada astucia
Para colmo final del homicidio,
El triste fruto que en tu seno alientas
Quieres le reconozca por mi hijo.
Asi lo hiciera, cuando pruebas claras
No tuviera, infeliz, de tus designios ;
Pero ya cerciorado de tu infamia,
Ya que conozco tu finjir inícuo,

Y el arte veo con que eludir quieres
Las palpables verdades que yo he visto,
No es fácil persuadirme, es harto tarde,
Y harto patentes tus dobleces miro.
Yo no puedo en conciencia ser su padre
Tu otro amante por fuerza hará lo mismo,
Y hé aquí un inocente, que con tantos
Padres viene á ser huérfano nacido.
Tales son los efectos degradantes
Y funestos del bárbaro suicidio :
Tú lo has hecho en tu honor, á nadie culpes
Sino á tu propio corazon, indigno
De ser amado por persona alguna,
Que como yo le adore con delirio.

Adios, hasta la muerte, aleve amante :
Ingrata, adios... ; mas por favor te pido ,
Si algun tanto agradeces mis finezas,
Que me aborrezcas como yo te olvido.

A LA INGRATITUD DE ZELMIRA.

CANCION.

I

Dulce tirana de mi existencia
A quien el alma toda rendí,
Oye los ayes que por tí vierto,
Y los suspiros que doy por tí :

Mas no insensible mi triste acento
Escuchar quieras por mas rigor,
No seas ingrata con quien te adora,
« Paga, Zelmira, paga mi amor. »

II

Yo ví tus ojos mas relucientes
Que el esplendente sol tropical,
Y son tus labios y breves dientes
Nítida nácar, fino coral.

Quedé cautivo de tus virtudes,
Y de tus gracias y tu candor,
No seas ingrata con quien te ama,
« Paga, Zelmira, paga mi amor. »

III

¿Cómo pudiera dejar de amarte
Si por tí el fuego de amor sentí?
¿Si no me canso de contemplarte?
¿Si me es gustoso morir por tí?

¿Y á tantos ruegos te muestras dura?
¿No te condueles de mi dolor?
No seas ingrata con quien te adora,
« Paga, Zelmira, paga mi amor.

IV

Ni el soplo fiero de muerte airada
Estingue el Etna de mi pasion;
Estos acentos que oyes, Zelmira,
Nacen del fondo del corazon:

Cuanto mas tardes en ser mi amada
Mas se acrecienta mi fino ardor,
No seas ingrata con quien te ama,
« Paga, Zelmira, paga mi amor. »

V

El Ser Supremo que el orbe rije
La llama inflama que yo encendí ;
Luego Dios mismo mi afecto aprueba
Cuando me inspira pasion por tí.

Virtud, dulzura, gracia y belleza
¿ Quién las resiste ? ¿ dónde hay valor ?
Ten de mis males piedad, bien mio,
Paga, Zelmira, paga mi amor.

VI

Si un rosal miro, tú eres la rosa
Mas elegante que encuentro allí :
Si bailo y canto, si rio y lloro,
Todo, tirana, lo hago por tí.

¿ Y tanto anhelo no tiene premio ?
¿ Cuándo se calma tanto rigor ?
¿ Quieres mi muerte ? no seas ingrata,
« Paga, Zelmira, paga mi amor. »

A MI CUMPLEAÑOS.

SONETO.

No quiero que de púrpura y de nieve
Vista el oriente en mi natal la aurora,
Ni que Erato en su cítara sonora
Mi nombre al Pindo generosa lleve ;

Ni que el Eterno mi cancion eleve
Al sacro Empíreo donde reina y mora,
Ni que me brinde mi adorada Flora
Que el dulce beso de sus labios pruebe.

Ni que mueva mi voz los troncos rudos,
Ni que alaben mis obras los discretos,
Ni en la guerra ganar bandas ni escudos.

Todos mis gozos quedarán completos,
Con que se vuelvan ciegos, mancos, mudos
Cuantos piensen mandarme hacer sonetos.

LAS FALTAS.

—

SONETO.

Fáltale, Silvio, paz al bandolero,
Talento al tonto, suerte al desgraciado,
Ropa al poeta, gloria al condenado,
Sanidad de conciencia al usurero,

Bonanza en la borrasca al marinero,
Vida al difunto, gusto al mal casado,
Quietud al inesperto enamorado,
Y amigos al hinchado caballero;

Razon al pobre, pesadumbre al rico,
Caridad, compasion al escribano,
Velocidad al mísero borrico,

Al enfermo salud, males al sano,
Novia al soltero, á la pelada trenza,
A tu esposa virtud, y á tí vergüenza.

EL LOCO CUERDO.

SONETO.

«¡Nada, hombre, nada!» en la sonante orilla
Del mar; gritaba un loco; y los curiosos
A él se llegan de saber ansiosos;
Los vé, sonrie, y mas demente chilla.

Era de ver absorta la cuadrilla;
Mujeres, niños, viejos perezosos,
Y tontos, y pedantes fastidiosos
(Que en todas partes hay esta polilla).

Todos buscan al fin de aquella fiesta
Algun viviente entre la mar salada;
Y no viendo asomar humana testa,

«¿Qué diablos es?» la turba dice airada:
Mas él en tono grave les contesta:
«Nada, señores, ya lo he dicho, nada.»

SOBRE LA SEPULTURA DE ROCINANTE.

—

SONETO.

No sacudas la crin, no te alborotes,
¿ Piensas resucitar, ver escuderos,
Hallar las Dulcineas, los guerreros,
Los escudos, las armas y los motes?...

¡ Cuántos verás follones en tus trotes,
Y cuántos malandrines embusteros,
Que mas rocines son que caballeros,
Y ménos caballeros que Quijotes !...

Es verdad que tus nietos son temidos ;
Van con hermosos dijes de diamante
En riquísimos carros conducidos ;

Mas como ya, « por cuanto vos mediante, »
Son del bestial linaje esclarecidos,
Te niegan, ¡ ay ! descansa, Rocinante.

EL USURERO.

—

SONETO.

Cuando encontreis á un hombre distraido
Que no le place el ámbar de las flores,
Sin parientes ni amigos, sin amores,
Pobre de gusto, y falto de sentido;

Siempre en demandas, siempre compunjido.
Protestando á los jueces y asesores,
Que dió su plaza por hacer favores,
« Sin interés » á cuanto vió afflijido :

Y si le oís hablar bajo y confuso,
De LETRAS, premios, pérdida y dinero,
Medrando á espensas de fatal abuso;

Temedle como al mismo Cancerbero,
Porque si no es procurador intruso,
Será su equivalente... « un usurero. »

ANACREONTICA.

—

Son Amor y la abeja
Juzgados por sus hechos,
Al parecer iguales,
Y en realidad opuestos.
La abeja cuando hiere,
Sin matar al sujeto,
Queda en sí castigada
De su crímen muriendo.
Y Amor, dobla matando
Su existir y su imperio.
Ella de amargas yerbas
Saca néctar hibleo,
Y él las fragantes flores
Torna en letal veneno:
La abeja es laboriosa,
Su rey tiene y su pueblo;
Son sus obras hermosas
Aunque no lo es su cuerpo,
Y es afanosa y útil
Por natural afecto.
Amor es inconstante,
Insocial sin respeto;
Es holgazan chiquillo
Y alado bandolero,
Que solo causa daños

En los sensibles pechos:
Mirad, pues si son ambos
Juzgados por sus hechos,
Al parecer iguales,
Y en realidad opuestos.

CADA UNO ARRIMA LA BRASA A SU SARDINA.

—

«¿A que no aciertas, chica,
(Dijo Belisa á Carlota)
Porqué de las maravillas
Que raras cuenta la historia,
Fué la primera en caer
El gran coloso de Rodas?»
— «Porque estaba sobre el mar,»
Contestó presto la otra.
— «La erraste, añadió Belisa,
Porque ningun hombre, tonta,
Puede ser firme, aunque tenga
Fijos los piés en dos rocas.»
Inarco las escuchaba,
Y esclamó: «Callad, cotorras,
Antes cayó destruida
La torre de Babilonia,
Y aquella mujer salada
Que volvió el rostro á Sodoma.»
«Cada cual la brasa arrima
Para su sardina, y sopla.»

LA INOCENCIA.

—

Cuando por el sol de julio
Agostadas las « sabanas ,»
La menor chispa de fuego
Forma horribles llamaradas,

Sin oposicion alguna,
El incendio se dilata,
Y aniquila cuanto encuentra
Llevado del viento en alas ;

Mas en medio de un arroyo
Pequeño islote se alza,
Vestido de enredaderas
Y coronado de palmas.

Allí tranquilo contempla,
El elemento que tala
Los campos que le circulan,
Y en la puesta orilla pára.

Así ¡brilla la inocencia
De la vida en las borrascas;
Ni el fuego de las pasiones,
Ni la ambicion la anonadan :

Porque duerme en su conciencia
Y siempre que la amenazan
Cual manantial cristalino
La cerca la virtud santa.

EL ZORRO ORADOR.

FABULA.

Siempre los zorros han sido
Los doctores de las bestias,
Aunque se ignora si tienen
Universidades ellas.

Pues, señor, un viejo zorro,
Animal de alta influencia,
Que entre los otros salvajes
El mas respetable era,

En las bodas del leon,
Como hubiese reales fiestas,
Para que hiciese un discurso
Fué llamado por su alteza.

Entre otras cosas bien dignas
De citarse por « lindezas, »
Dijo : « aquí teneis un padre, »
Volviéndose á las ovejas.

Miráronse unas á otras
Las infelices, suspensas :
Mas callaron (qué recurso?)
Y bajaron las cabezas.

Al acabarse el festin
Libres ya, dijeron ellas :

» No es mal padre el que nos brinda...
¡ Un leon !... Estamos frescas.

Tómelo el falso orador
Por abuelo ó lo que quiera,
Que nosotras ni por chanza
Entramos mas en la cueva. »

¡ Cuántos hay que el mundo aplaude
Por su saber y elocuencia,
Y dicen cada mentira
Mas grande que su cabeza !

LOS BOBOS,

FABULA.

Tenia un sitiero un perro
A quien el Bobo llamaba,
Sin embargo que era vivo
Y de una famosa casta.

Los otros del propio dueño,
Parecian unas arpas ;
Y él estaba siempre gordo
Y alegre como unas páscuas,

Apesar que de comida
Igual racion les llevaban ;
De suerte que era un prodijio
Sin poder saber la causa.

Cierta ocasion un curioso
Fué de visita á la casa,
Y como hasta las calderas,
Segun dice Esopo, hablan,

Díjole : « Dime tú, Bobo,
¿ Porqué tan grueso te hallas
Y los demás en los huesos
Si el mismo alimento os mandan ?

Alzó la cabeza el Bobo
Y le dijo : Mira, anda
Y pregúntale á los hombres
Que iguales salarios ganan.

A unos ni para el sostén
De su vida les alcanza,
Y otros visten, enamoran,
Comen, y juegan y bailan :

Y cuando sepas cuál es
De estos estremos la causa,
Verás que como yo, son
Un sin fin que Bobos llaman.

Verdad es, dijo el curioso,
Volviendo al perro la espalda,
Que hay muchos cual tú en el mundo,
Bobos por antonomásia.

EL PASTOR Y EL MICO.

—

FABULA.

Sentado sobre un árbol
Estaba un pastorcillo,
Mirando un mico jóven
Loar á un cocodrilo.

Pasó luego un leopardo,
Hízole su cumplido,
Al elefante, al tigre,
Y al jabalí lo mismo.

No contempló al jumento
De sus elojios digno,
Y el zagal malicioso,
«¡ Hola, mono ! le dijo,

¿ Con que elojias los grandes
Y olvidas los chicos ?
¿ A los que temes, solo
Te humillas prostituido ? »

— ¿ Que yo haga tal te asombra
(Contestó el docto mico)
Pues acaso los hombres
No acostumbrais lo mismo ? »

EL GRUMETE RETORICO.

—

FABULA.

Preguntándole á un grumete
Por qué razon habia dicho
Que él era como Noé,
Del sumo Dios protejido:

Contestó dando vaivenes:
«Dije tal, señores mios,
Porque mas de treinta veces
Bien apurado me he visto.

En botes, en bergantines,
En fragatas y navíos,
Naufragué, mas por milagro
Escapé de los peligros;

Y aunque al revés de Noé
Fuese el milagro conmigo,
Porque aquella iba á caer
Y esta agua ya habia caido:

Sin embargo, el caso es
Que el resultado fué el mismo,
Esto es, salvarme del agua
Para que muera en el vino.

LA ESCUELA DEL DIABLO.

FABULA.

Desde que prendió en el mundo
El malhadado deseo
De parecer todos sábios
Y dar dictámenes nuevos
Vió el diablo que ya los hombres
Le usurpaban sus derechos,
Y convocó de un ahullido
A todos sus subalternos.
Dejó al bravo Radamanto
Encargado del infierno,
Y examinando la tierra
Anduvo por largo tiempo :
Pensando de qué diablura
Pondria establecimiento,
Ocurrióle una que le hizo
Dar un brinco de contento :
Puso una escuela primaria,
É hicieron tales progresos
Los niños, que fué tenido
Por el rey de los maestros.
Fingió morir, lo enterraron,
Y sus discípulos luego,
¿Presumireis que en las artes
U oficios sobresalieron?

¿Creereis que entraron acaso
A escritores ó guerreros?
No, señor, se dedicaron
A esbirros y picapleitos.

LA FLOR DE CAFÉ.

—

Prendado estoy de una hermosa
Por quien la vida daré
Si me acoje cariñosa;
Porque es cándida y hermosa
« Como la flor del café. »

Son sus ojos refulgentes,
Grana en sus labios se vé,
Y con sus menudos dientes,
Blancos, parejos, lucientes,
« Como la flor del café. »

Una sola vez la hablé
Y la dije: ¿Me amas, Flora,
Y mas cantares te haré,
Que perlas llueve la aurora
Sobre la flor del café? »

« Ser fino y constante juro,
De cumplirlo estoy seguro,
Hasta morir te amaré;

Porque mi pecho es tan puro
« Como la flor del café. »

Ella contestó al momento :
— « De un poeta el juramento
En mi vida creeré,
Porque se va con el viento,
« Como la flor del café. »

« Cuando sus almas fogosas
Ofrecen eterna fé,
Nos llaman ninfas y diosas,
Mas fragantes que las rosas
« Y las flores del café. »

« Mas cuando ya han conseguido,
Cual céfiro que embebido
En el valle de Tempé,
Plega sus alas dormido
« Sobre la flor del café. »

« Entónces, abandonada
En soledad desgraciada
Dejan la que amante fué,
Como en el polvo agostada
« Yace la flor del café. »

Yo repuse : « Tanta queja
Suspende, Flora, porque
Tambien la mujer se deja
Picar de cualquier abeja
« Como la flor del café. »

«Quiéreme, trigueña mia,
Y hasta el postrimero dia
No dudes que fiel seré;
Tú serás mi poesía
«Y yo tu flor de café.»

«A tu vista cantaré,
Y lucirá el arrebol
Que á mis dulces trovas dé,
Como á los rayos del sol
«Brilla la flor del café.»

Suspiró con emocion,
Miróme, calló y se fué;
Y desde tal ocasion
Siempre sobre el corazon
«Traigo la flor del café.»

EL PERRO.

Habia dado á un perro
La manía estravagante
De probar que el ser valiente
Lo heredaba por su sangre.

Cierta vez se hallaba en medio
De otros cachorros muy grave,
Relatando como suyas
Hazañas que oyó á su padre.

« Yo no he menester carlanca,
Decia en tono arrogante,
Para cuerpo á cuerpo y solo
Rendir al lobo mas grande.

Al jabalí que diviso
No haya miedo que se escape,
Y me holgara mucho el dia
Que con un tigre me hallase. »

Un perro viejo que oculto
Escuchaba al zaragate,
Quiso con astuto ardid
Probar el valor del jaque :

Finjiendo un pánico miedo
Salió de los matorrales
Y dijo : « Un lobo me sigue,
¿ No hay un jóven que me ampare ? »

— « ¡ Lobo !... esclamó el valenton,
A su abuela que le aguarde. »
Y desapareció mas breve
Que relámpago en el aire.

A cuántos he visto yo
De este perro semejantes,
Buenos y guapos, de dicho,
De hechos, malos y cobardes !

EL JAQUETON.

—

Erase el « guajiro » Alberto
El mozo mas arrogante
Que ha recorrido los montes
Desde la Mocha á Tapaste :

Su machete (segun él)
Era el mas fino y cortante
Que ha entrado en vaina de cuero,
O haya manejado un jaque.

Era el coco de los mozos,
El factotum de los bailes,
El temido de los jueces,
De las bellas el amante.

Todos contaban de Alberto
Mil hazañas singulares ;
Mas nunca se vió que hubiese
Reñido solo con nadie.

Cierta ocasion que Narciso,
Mayoral del Aguacate,
Entonaba al son del tiple
A Celinda sus cantares,

Trozóle Alberto las cuerdas
Con un cuchillo cortante.
Aquel parándose al punto
Le dijo : « Te la encontraste. »

Y se lo deshizo encima
Dejándolo tinto en sangre :
Despues montó en su rosillo
Y gritó : « Voy á esperarte. »

Todos creyeron que Alberto
Tambien al punto montase :
Pero ¡ Dios lo libre ! estuvo
Seis horas sin menearse.

Al cabo de cuyo tiempo
Dijo : « Agradezca el tunante
Que tengo padre y familia,
Y quiero mucho á mi madre ;

Que si nó... yo le diria
Lo que merece un infame :
Prudencia he tenido, y no
Lo maté... porque... Dios sabe. »

Yo digo : « Dios nos libre
De guapos que mucho hablen
Para escudarse despues
Con disculpas de cobardes. »

UN REMEDIO.

—

FABULA.

Para cierto mal antiguo
Que casamiento se llama,
No hay mas remedio en el mundo
Que morirse y santas páscuas;

Pero un demonio poeta,
Que de médico echa plantas,
Háme dado esta receta
Que no me parece mala :

Porque á diabólico mal
(Como éste de que se trata)
De perlas han de venir
Las drogas endemoniadas.

Dice así : « Primeramente
Pulverícense unas raspas
De asta de macho cabrío,
Y refriéguese en la cara

Del paciente : esto endurece
Refresca, lustra y ensancha ;
Tómense luego dos libras
De esencia de buena pasta,

Otras dos de vista gorda,
De disimulo diez dracmas,
Échese en un grande cuerno
Como de buey ó de vaca;

Téngase al sereno un mes
Con una segura tapa;
Disuélvanse doce gotas
En cuatro vasos de agua;

Tómese en vez de café
Por dósis la parte cuarta,
Con las otras tres, lavarse
El rostro á noche y mañana.

Dele á menudo la esposa
Sonantes besos de plata,
Hasta que sendos pitones
Entre sien y sien le salgan.

Con esto, y hacerse sordo,
No tomar cuenta de nada,
Pasar el tiempo en paseos,
Ver, oir y callar, basta

Para que un hombre marido
Sin romperse las entrañas
Coma, baile, vista, engorde
Y pase una vida santa.

LA LUNA DE OCTUBRE.

EN EL CUMPLEAÑOS DE FELA.

I.

Manes de bendicion, manes sagrados
De la muger que amé. Los azulados
Alcázares dejad, dó los querubes
Himnos cantan al Ser Omnipotente ;
Bajad en formas de lijeras nubes,
Mi espíritu inflamad, templad las cuerdas
De mi lira doliente,
Y revolad en torno de mi frente.

Luna de Octubre cándida y serena,
Nocturna reina que el celeste coro
Tu faz luciente de fulgores llena :
No mas adornes con tu disco de oro
El turbante imperial de los Sultanes,
Del sangriento profeta las mezquitas,
Ni el pendon de los fieros musulmanes.
Antes bien, ilumina
Con tu arjentada lumbre celestina
La fúnebre morada
Dó yace la beldad que el alma adora ;
La que nació cual matutina estrella

Clara, deslumbradora,
Que entre celajes rutilante brilla,
Y acabó como simple maravilla
Que mústia muere al despuntar la aurora.

II.

Luna de octubre serena
Que en tu reluciente carro
Cercada de estrellas, mides
Con lento jiro el espacio:

Cuando en el cenit suspensa
Adviertas el lugar santo,
Dó reposan las cenizas
De un bien que me fué tan caro:

Por entre las suaves flores,
Y los verdes pinos altos
Que con su sombra cobijan
Aquellos restos sagrados:

Introduce misteriosa
El mas puro de tus rayos
Mientras las ramas tendidas
Ajita el céfiro blando.

Una guirnalda preciosa
De las que ostentan tus campos,
Manda en él, y una avecilla
Que entone fúnebres cantos,

Que la cuente como tengo
En el alma su retrato,
Y que ni la cruda muerte
Ha podido separarlo.

Que ni la eternal ausencia,
Ni el tiempo me han estorbado
Felicitar su memoria
« En la aurora de su santo. »

¡Santo que con ella un dia
Me fuera tan dulce y grato!...
Y desde que ella no existe
Es solo un recuerdo amargo.

III

Verás en torno de la huesa fria,
Circuida de célico fulgor,
La sombra alzarse de la prenda mia,
Para escuchar los versos de su amor.

Y al concluir el ave peregrina
Mis trovas en sus labios sonarán
Como en Selma los ecos de Malvina
Recitando los cánticos de Osian.

Y admirarásla de virtud portento
Descollar en el fúnebre jardin,
Bella como la flor del pensamiento,
Suave como el aroma del jazmin.

Fué su existir cual tierna tortolilla
Que en el nido se mira perecer,
Rápida exhalacion, que prende, brilla,
Y vuela, y muere al punto de nacer.

Salpica con mis lágrimas su manto,
Y en perlas convertidas las verás;
Yo no tengo que darlas sino llanto,
Ni ella en la tumba necesita mas.

Cuéntala ¡ oh luna ! mi dolor profundo,
Y al bien dirás que mísero perdí,
Que desde que ella desertó del mundo,
El mundo es un fantasma para mí.

Dila que en muerte cumplo sin engaños
La pasion inmortal que la juré,
Y que si por mi mal vivo mil años,
Mil años su memoria guardaré.

Así, luna de octubre, las rejiones
Recorras con perenne majestad,
Oigas léjos rujir los aquilones,
Y tronar á tus piés la tempestad.

IV

Y así, cuando el reloj suene
Que el postrer suspiro anuncia,
Cuando la insensible tierra
Mi exánime cuerpo cubra;

Alegre nuestras dos almas,
Como visiones nocturnas,
Danzarémos con las hadas
En el festin de las tumbas.

De saúcos amarillos,
Adelfas y verdes TUYAS
Te brindarémos coronas,
Reina de la noche augusta.

Tú eres antorcha del cielo,
Faro inmenso de luz pura,
Lámpara aérea, que Dios
Colgó en la suprema altura.

Melancólica deidad,
Que acompañas la tristura
De los finados, y afable
Su tétrica estancia alumbras :

Ya que solo á tu presencia
Los muertos andar no escusan,
Porque sus hechos no cuentas,
Ni sus escursiones turbas ;

Dá mis recuerdos á Fela,
Duélete de mis angustias,
Y yo cantaré tu gloria
En blanda cítara ebúrnea.

Pero con tan dulces metros,
Que te adoren, sacra luna,
La jeneracion presente
Y las edades futuras.

AMORES MOSQUITOS.

—

Bajo unos verdes mirtos
En el jardin de Idalia,
Con la divina Psiquis
Amor dormido estaba,
Entre cantores cisnes,
Y tortolillas blancas.
Siente el Dios que le hieren,
Airado se levanta,
Empuña el arco, toma
Dos dardos de su aljaba,
Y colérico dice
Rebatiendo sus alas.
« Mísero del que fueres,
Turbador de la calma
Del númen que en Olimpo
Por sus caprichos manda. »
A todas partes mira,
Sus ojos nada hallan,
Y ser creyendo burla
De su ninfa adorada
Ibala á dar un beso;
Mas ¡ ay ! en su rosada
Boca advierte el insecto
Que púrpura la hurtaba;
Con ambas manos, fiero

Golpe sobre él descarga,
Y vuela, y torna á herirle,
Y burlándose canta.
Ella despierta y huye.

« ¡ Pérfido ingrato ! » esclama,
¿ Así mi amante fuego
Con barbarismos pagas ?
Voló el pequeño bruto,
Amor tras él se lanza ;
Pero fuésele en breve
Sin cumplir su venganza.
Desesperado y ciego
A Paphos llega, y habla
De este modo á Citéres
Lleno de enojo y rabia.

« Madre mia, un insecto
A quien mosquito llaman,
Ha turbado mis dichas
Y herídome en la cara ;
Dadle, pues, el castigo
Debido á tal infamia.»
Sonrióse entónces Vénus.
Y dijo : «Niño, calla,
Tú tambien eres nieto
Como el hijo del agua,»
Y ambos á dos sedientos
Vivís de sangre humana :
De hoy mas serán amores
Aunque de forma estraña,
Puesto que entre vosotros

Hay tanta semejanza.»
Obedece Cupido
Lo que su madre manda,
Y desde aquel entónces
Por nuestra cruel desgracia,
«Hay tanto amor mosquito»
Que susurrante vaga
Para turbar los gozos
Del que de veras ama.

A P. G., EN LA MUERTE DE FELA.

Bajo esta seiba sombría,
Sobre la mullida grama
En que otro tiempo solia
Brillar mi amorosa llama,
Pura «cuando Dios queria.»

Aquí donde pasé ufano
Muchas mañanas de estío
Siestas de invierno tirano,
Las tardes de otoño umbrío,
Y las noches de verano.

Aquí, estimado Pilar,
Como amigo verdadero,



En lúgubre lamentar,
Que me acompañes espero
Mis desdichas á llorar.

Ya murió, ya murió, sí,
«La fé» que el mundo envidió,
La estrella con que nací,
¡Ay! yo la ví que espiró,
Ya murió... triste de mí.

Ya los pájaros cantores
No darán músicas bellas,
Ni danzarán los pastores,
Ni el cielo vestirá estrellas,
Ni la primavera flores.

Ni los simples tomeguines
Vendrán por vella en la fuente,
Ni ella al verme en los jardines
Orlará grata mi frente
De claveles y jazmines.

Aquella púrpura fuerte
De sus labios, la belleza
De sus ojos que por suerte
Encendió naturaleza,
Ya es despojo de la muerte.

Aquella frente agraciada,
En cuya forma hechicera
Tuvo el placer su morada,
Tornó á lo mismo que era
Antes de ser enjendrada.

Pero la pasion crecida
Que Fela me profesó,
Esa sí que la atrevida
Muerte no la arrebató
Pues que me dejó con vida.

Aunque no con vida entera
Faltando el bien de mi gloria;
Mas con tu amistad sincera
Aguardo que su memoria
No tan fácilmente muera.

Yo sé, Pilar, cuanto hacias
En obsequio de mi amada,
Y que amistad la tenias
Y algo mas; pero así en nada
Mi honor ni el tuyo ofendias.

Por ser cosa natural,
Que unánimes dos estén,
Y no porque en caso tal
Quisieras tú á Fela bien,
Debo yo quererte mal.

Antes al contrario, opino
Que por la amistad llevado
Y el amor á tal destino,
De dos causas impulsado
Será tu llanto mas fino.

Nuestra situacion retrata
Dos cazadores, que en vano
Corren para ver quien mata

La paloma, y un milano
A su vista la arrebata.

Solo una pluma dejó ;
Córtala, y mójala en hiel,
Y acuérdame que murió,
Porque el milano cruel
De la Parca la robó.

Y llórame, que llorando
Quedo al pié del grueso tronco,
Y á lo lejos resonando
Está el mar con ruido ronco,
Y los truenos estallando.

Y en la inclemencia del cielo,
Cercado de oscuridad,
Tornada la sangre en yelo
Solo podrá tu amistad
Aliviar mi desconsuelo.

A MI AMIGO J. DE LA C.

—

EN LA MUERTE DE FELA.

ANACREÓNTICA.

Antes que el rojo Apolo
En el Oriente sacuda,
Las relucientes hebras
De su melena rubia;
De mi adorada Fela
Quiero sobre la tumba
Plantar un árbol verde,
Cuya sombra la cubra.
No de los rayos fuertes
Del sol, ni de la pura
Claridad que en la noche
Da la modesta luna,
Antes que del olvido
La salve su verdura
Y no á la hoz del tiempo
Débilmente sucumba.
¿Y cómo conseguirlo
Pudiera en mi amargura
Si tu númen esquiva
La generosa ayuda?
Ya Elino me ha ofrecido
Con la fé que acostumbra
De ciprés triste un ramo;

Fabio tambien sin duda
Sentirá mis desgracias
Como las propias suyas :
Y tú por la primera
Vez que mi voz te ocupa,
¿ Querrás desentenderte
De obligacion tan justa ?
¡ Ay ! Castro, no es mi llanto
Finjido ; la amargura
Que siento acá en el alma
No sin razon me turba.
¿ Viste un naranjo hermoso
Que de doradas frutas
Se ostentà con orgullo
Sobre la márjen turbia
De un impetuoso rio,
Y de aquilon la furia
Con horrísono estruendo
De un golpe la desnuda,
Llevando la corriente
La que con pena suma
Crió por tanto tiempo
Sin que le quede alguna ?
Tal ha sido mi historia,
Tal es mi desventura ;
Mira si es bien que sienta
Mi estrella impía y cruda
Hasta que el seco polvo
Mi yerto cuerpo cubra,
O tu amistad mitigue
Mi fuerte pena aguda.

LA FLOR DE LA PIÑA.

—

La fruta mas bella
Que nace en las Indias,
La mas estimada
De cuantos la miran,
Es la piña dulce
Que el néctar nos brinda
Mas grato y sabroso
Que aquel que en la antigua
Edad saborearon
Deidades olimpias:
Pero es mas preciosa
« La flor de la piña. »

Cuando sobre el tallo
Preséntase erguida,
De verde corona
La testa ceñida,
Proclámala reina
La feraz campiña,
Salúdala el alba
De perlas con risa,
Favonio la besa,
Y el astro del dia
Contempla estasiado
« La flor de la piña. »

Como si tejiéseis
Una canastilla
De juncos al sesgo
Formando una pira ;
Y en cada distancia
Que aljófar simila
Un rubí pusiérais
Finjiendo conchitas,
De aquellas pequeñas
Que el mar da en su orilla,
Así se presenta
« Con flores la piña. »

Ella es emblema
De la infancia viva,
Fecunda en su tronco
Feraz en sus guias ;
Y como le suelen
Nacer á las niñas
Amantes deseos
Mas bien por la vista
Así porque quede
La imájen cumplida
Brota por los ojos
« La flor de la piña. »

LLANTO DE DESPEDIDA.

—

Adios por siempre, dulce Fela mia,
Mi bien, mi corazon, mi amor, mi cielo:
Fué tiempo en que solia
Decírtelo con harto desconsuelo
Para tornar á verte al otro dia:
Mas ahora ¡dura estrella!
Ni apriétasme la mano al despedirme,
Ni de tu boca bella
Recibo el beso amante,
Ni tu amoroso pecho palpitante
Estrechar puedo con afables brazos,
Ni tus gracias divinas
Consuelan mi pesar y mi amargura.
¡Ay! ¡cómo vuela el tiempo de ventura!

Voló ya la alegría
Que un tiempo fué mi gloria;
Y una triste memoria
Me dejas ¡ay! amor.
No mas la prenda mia,
Mi prometida esposa
Me halagará amorosa
Calmando mi dolor.

La peste destructora
En los antros del Tártaro abcrtada

Por furias infernales
Con saña asoladora
Para asombro y dolor de los mortales;
Esa cruel, homicida,
Bárbara, injusta, inexorable y fiera,
Con ímpetu tenaz cortó la vida
De mi cándida y linda compañera.

Ya para mí no hay gloria,
Todo mi bien llevóselo la muerte;
Triste recuerdo la fatal memoria
Píntame solo de mi adversa suerte;
Pues la pasada historia
Paréceme ilusion corrida en sueño,
Y despertando de letal beleño
Al golpe de la Parca furibundo.
Atónito y lloroso considero,
Que cual brilla el relámpago lijero,
« Así pasan las glorias de este mundo. »

Cual fresca rosa de mayo,
No bien brilla arjentada,
Cuando cae deshojada
Del bárbaro Aquilon:
Así súbito rayo
De la Parca homicida,
Cayó en su cara vida
Y abrió mi corazon.

¿Quién podrá consolar mi aguda pena
Cada vez que á mi vista dolorida

Parezca objeto alguno que recuerde
La ántes gloriosa vida
Que al dulce acento de mi prenda amada
Gocé? ¿mas qué gocé? no gocé nada :
Esperanzas no mas, nunca contentos,
Y si algunos instantes de alegría
Hurtárle pude á los sañudos hados,
¿ Pueden con el dolor ser comparados
Que siente en este trance el alma mia ?
Nada respeta la segur airada
De la muerte cruel, ni la hermosura,
Ni la virtud preciada ;
Todo lo hunde en la tiniebla oscura
Eterna é insondable,
Que solo al tiempo descubrir es dable,
Por más que el hombre escudriñar procura.

Veinte y cuatro de octubre, nunca, nunca
Pasará sin que llore el alma mia
Con tanta exaltacion como otro tiempo...
Tiempo dichoso « cuando Dios queria ! »
Me llenabas de júbilo y de gozo,
Y de fino placer y de alborozo
Por ser de Fela el venturoso dia.

Ya mas no podré verte tan hermosa,
Cual la aurora risueña,
Y con faz halagüeña
Danzar al son del arpa sonorosa,
Ni brindar espresiva
Por la salud de tu adorado amante,

Y en tono alegre con jentil semblante
Repetir inocente ¡ viva ! ¡ viva !

Empero, dia precioso,
Un velo tengo como el alba hermoso,
De nevado color. ¡ Ay !... ¡ este velo !
Era muy estimado de mi amada ;
El adornó la frente de su cielo,
Que serena cual luna en madrugada
Llenaba de luz pura
Prados y valles en la noche oscura.

Y una simple sortija
Sin otro adorno raro
Que un corazon do la virtud se fija ;
¡ Recuerdo harto precioso !
Y una y mil veces para mí mas caro
Que el gran diamante del Brasil famoso.

Estas dos prendas guardaré cuidoso,
Y cuando en medio del otoño vuelvas
Melancólico, tardo y perezoso,
De Cuba fértil por las anchas selvas,
Tomarélas llorando,
Y pasaré cercado de dolores
Al sepulcro de aquella
Que aun muerta vivo amando,
Y regaré con lágrimas y flores
La tumba dó reposan mis amores.

Luego que torne á mi morada triste,
Cabe la mesa, purpurina rosa

Pondré, y el mirto verde
Como corona con que amores viste,
Porque su vista hermosa
La imájen adorada me recuerde.
A la derecha añadiré un cubierto,
Y una silla de adelfas adornada;
Ella estará sin duda allí sentada,
Y le diré que para mí no ha muerto.

Y cuando el negro manto
Tienda la noche oscura,
¿Dónde hallaré ventura
Que temple mi afliccion?
¿Quién á mi amargo llanto
Querrá prestar consuelo?
Sol, tierra, mar y cielo,
Sentid mi confusion.

EN UN ALBUM.

—

LA TRANSFORMACION.

I

¡Bella Concha! tu frente
Que al jénio amor y admiracion inspira,
Las cuerdas mueve de mi triste lira;
Lira que un tiempo amores modulaba,

Que en volcánica llama se encendia,
Que en duros pechos compasion movia,
Y hasta el Olimpo á veces se elevaba.

Rotas ya sus cuerdas de oro
Y el blando acento perdido,
Si cantar quiero, un jemido
Responde solo á mi voz :

Mas es para tí, Conchita,
Para tí mi último canto,
Y una hermosa puede tanto
Sobre un vate, como Dios.

II

De mirtos y rosas la frente ceñida
La diosa de Idalia su templo dejara,
Y á Cuba gozosa, veloz se lanzara
De amores seguida.

El Tinima * claro en su fresca orilla,
Alfombra le brinda de césped y flores,
Y el sol matizando la tierra en colores
Mas fúlgido brilla.

La diosa en el fondo se cala del rio
De arenas brillantes y aljófar cuajado,
Y el bello colibrí de un árbol colgado
Se enjuga el rocío.

---

* Rio caudaloso que baña el pueblo de donde es natural la la persona á quien se dedica.

De nácar finísima, espléndida perla
Mil veces mas rica que indiano tesoro,
Descubre la diosa del fondo entre el oro
Y encántase al verla.

Con mano mas blanca que el mármol bruñido
Al seno latiente la concha traslada,
Su voz se estremece, suspira ajitada,
Y pierde el sentido.

Mas breve en las alas del céfiro blando
Del célico Olimpo se posa en la cumbre
Dó Jove rodeado de rayos de lumbre
Su vuelta está ansiando.

III

« ¿Porqué, la dijo el Dios,
Miro tu frente abatida?
Ignoras, hija querida,
Que eres del cielo el amor?
Si sabes que el universo
A tu imperio está rendido:
¿Porqué así miro abatido
De tus ojos el fulgor?...»

«Supremo Rey del cielo y padre mio,
Venus postrada ante sus plantas dice:
La Concha recibid que allá en el rio
Nació del claro Tinima felice.

A vuestra voz dejando mis altares,
Volé, Señor, gozosa á obedeceros;

Mas esta CONCHA ¡ oh Jove ! de pesares
Me colmará en los siglos venideros.

No bien tocó mi pecho conmovido,
Voraz incendio en él sentí encenderse,
Incendio que jamás nadie ha sentido
Y que va al corazon sin detenerse.

Tuve mi cuna en los cerúleos mares :
La corona ceñí de la hermosura :
Por diosa del amor y donosura
Aclamáronme pueblos á millares.

Mas me ajita un cruel presentimiento
De que esta CONCHA mi poder destruya ;
Y que lanzada de mi réjio asiento,
De hoy mas mi gloria se convierta en suya. »

« No temas que ese poder
Te arrebate una criatura
Que siempre de la hermosura
Reina y señora ha de ser.
Mas resígnate á ceder
Lo que no puedes rehusar,
Pues si á tí te dió en el mar
La vida blando rocio,
Otra nacerá de un rio
Mas blanca que el azahar. »

Esto diciendo Jove omnipotente,
Tomó la concha en la sagrada mano,
Y con acento grave y sobrehumano,
Que al escucharle admiracion escita,
De perla en Diosa te trocó, CONCHITA.

EL PESCADOR DE SAN JUAN. (*)

ROMANCES.

I

Lleno de gozo y de amor
De San Juan junto á la orilla
Cual amante ruiseñor,
Cantaba así en su barquilla
Un cubano pescador.

«Dulce y adorada Amira,
Escucha á tu fiel cantor,
Que solo por tí suspira,
Y te saluda en su lira
Aunque le ves pescador.

Sé que tu pecho no esquiva
Mi fino y rendido ardor,
Y que con cancion festiva
Siempre repites ¡que viva
De San Juan el pescador!

Si alguna blanca desdeña
Con jénio murmurador
Tu virtud, que tiene es seña
Envidia de la trigueña
Que celebra el pescador.

---

* Uno de los dos rios de Matanzas.

Tendrán quizá algun amante,
Mas aparente señor,
Mas rico y mas elegante;
Pero no que así les cante
Como á tí tu pescador.

Diles que son como estrellas
Los ojos de tu cantor,
Y aunque se alaben por bellas,
Vale mas que sus querellas
Un beso del pescador.

Díles que el juicio perdieran
Al contemplar su esplendor,
Y que de envidia murieran
Si solo una vez te vieran
Abrazando al pescador.

Díles que tiene por vela
De Venus el ceñidor,
Y que las alas de Amor
Son los remos con que vuela
La barca del pescador.

Así quedarán confusas
Al ver el almo candor
Con que su maldad rehusas,
Y que tejieron las musas
Les redes del pescador.

En fin, mi gozo inefable
Recibe, preciosa flor,
Mi cariño incomparable

Y el corazon invariable
De tu amado el pescador.

Dijo, y levantó su potala
Marmórea de albo color,
Luciendo mientras que hala
Como el oro de Zempoala
La frente del pescador.

Amor, cuando se movian
Dicen los remos; Amor,
Los pececillos decian,
Y las olas repetian
Los ecos del pescador.

II

Ya en los mares de Occidente
El sol su luz ocultaba,
Mientras que yo discurria
Por las riberas de Sagua
Cortando los tibisies
Con que fabricó mis nazas.

Sobre un verde manglero,
Posádose habia una garza,
Y el envidioso cangrejo
Desde el cieno así le hablaba :

«¿Presumes que eres hermosa,
Habil, lijera y gallarda,
Porque el aire veloz mides,
Y presta en el suelo andas?
Pues sabe que me molestas

Y eres desproporcionada,
Que toda te vuelves piernas,
Pescuezo, plumas y alas
Yo tambien por tierra corro,
Y sé nadar en el agua.
Nunca tu enemiga fui
Contestó el ave bizarra,
Mas pues la naturaleza
Te prohibe el ver tus faltas,
Quiero decírtelas. Eres
Bestia inmunda, informe, estraña,
Emblema de los chismosos
Por tu boca estraordinaria:
Tu cara (si es que la tienes
Donde nadie te la halla)
Es horrible, grande y dura,
Y todo tu cuerpo es cara
Por despellejar á otros
Al aire tus huesos andan;
Vives siempre desconfiado.
Porque quien á todos daña
Teme que le dañen todos:
(Unica razon que alcanza.)
Sí nadas y corres; pero
Para atrás corres y nadas.
Murmuras mis muchas piernas,
Sin ver que todo eres patas,
Y en fin, el que te crió
Por humillar tu arrogancia,
Hace que nazcas en lodo
Y en él mueras, esto basta.

El cangrejo sin vergüenza,
(Que tenerla es cosa rara
Quien sin mirarse las suyas
Murmura de ajenas faltas)
Huyó á esconderse en su cueva;
Fuése á otro mangle la garza,
Y yo á cortar tibisies
Para fabricar mis nazas.

III

« Al que no te enseñe plata
No le des ni una sardina. »
Esto me gritaba un jóven
Del mar parado en la orilla,
Y curioso por saber
La causa que le movia,
Viré de prora, y en tierra
Hice embicar la barquilla ;
Le ví el pantalon tan roto,
Tan sin sombra de camisa,
Y en fin, tan flaco y descalzo,
Que un espectro parecia.
« No estrañes que así te hable,
Aunque me ves sombra viva ;
Yo en un tiempo fuí poeta,
Todos versos me pedian,
Dándome en cambio alabanzas
Que en verdad no merecia ;
Falté á mis obligaciones
Por andar loando ninfas

De amartelados amantes
Que no conocí en mi vida,
Y me han puesto en el estado
De mendigar la comida,
Y vivir entre los montes
Como bestia fugitiva.
Adios, sigue mi consejo..:
« ¡ Desgraciado si lo olvidas ! »
Mas yo que tambien la vena
De jeneroso me pica,
Y que del tonto la plaza
Pagué veces infinitas,
Contesté, Dios te lo pague,
Volviéndome á la barquilla,
Jurando que en adelante
Aunque las bote podridas,
Al que no me diere plata
No le doy una sardina.

IV

LA FRAGATA Y LA BARQUILLA.

Infladas las anchas velas
Al soplo de fresca brisa,
Una alíjera fragata
Del puerto ufana salia :
Desde la dorada popa
Burlando de mi barquilla,
El capitan y el piloto
« ¡ Ah de la real ! » me decian,

Y con silbos y risadas
Insultaban mi desdicha.
Yo los miré con paciencia
Desenredando mis pitas,
Y ellos se alejan veloces
Casi á perderse de vista.
Era cerca de la noche,
Mi rostro al norte se fija,
Y sus verdinegras nubes
Próxima tormenta indican.
Corto la potala, y corto
Mis cordeles, remo aprisa,
La palanca clavo en tierra
Y llego salvo á la orilla.
Cúbrese de luto el cielo,
Ráudo el relámpago brilla,
Restalla horrísono el rayo,
Ruje el mar, el Bóreas silba,
Y su ímpetu horrible arranca
Las palmas de las colinas.
Allá lejos de las ondas
Y los vientos combatida,
Rotos los cables y velas
Y sin timon, se divisa
La desventurada nave
Dó quier volando las drizas,
Ya bamboleando en los aires,
Ya en los abismos hundida;
Aquí un cañon suelto, rueda
Dejando á muchos sin vida:
A otros allí por librarse

Les coje el mar en la huida.
Así bajando y subiendo
A la tierra se avecina,
Hasta dar con una roca
La no bien compuesta quilla
Cuál asegura una tabla,
Cuál á una flotante pipa
Pasa la noche aferrado
Esperando el nuevo dia;
Calma el viento, el mar serena,
Y los que ayer burla hacian,
Hoy su salvacion debieron
A mi bondad compasiva,
Que desmayados á tierra
Los conduje en mi barquilla.

Así conozca los llantos
Que vienen tras de la risa,
El que se burla del pobre
Por ser de alta jerarquía.

V

LAS DOS OLAS.

De blanda brisa impelida
Como dulces compañeras
Dos olas del mar salado
Marchaban á la ribera,
Cuando impaciente la una
Acusando la pereza
De su amiga, así le dice:

« Atrás, taimada, te queda ;
Así nunca medrarás
Por andar con las pequeñas :
Verás como ahora me junto
Con otras olas soberbias,
Y me levanto del Ponto
En la superficie tersa,
Y sumerjo los navíos
Y me trago hasta la tierra. »
No bien húbose engrosado
Y estendido, cuando envuelta
Por su misma pesadumbre
Quedó en espumas deshecha,
Y así acabó ; mas la amiga
Que alzarse la vió tan hueca
Siguió callada y tranquila,
Burlando de su demencia :
Ya un pintado pececillo
Saltando la sigue y juega,
Ya en ella el suave Favonio
Su planta toca lijera,
Así se va deslizando
Hasta que á la orilla llega,
Donde abraza la cintura
De una preciosa doncella,
Y sube á su rostro y moja
Su flotante cabellera,
Pasando á morir gozosa
En lecho de blanda arena.
Yo que mis redes cuidaba
En tanto que el sol las seca,

Y he dado en ambas locuras
De pescador y poeta,
Creí que el mundo era el mar,
Y hombres las olas. Aquellas
Que de la calma se apartan
Desdeñando la pobreza,
Y con las grandes se juntan
Por ostentar preeminencias,
Son trasuntos de los vanos
Amantes de la opulencia,
Que mueren sin alcanzarla
Entre el ánsia y la miseria,
Desprendidos de los suyos
Por seguir quien los desprecia ;
Y éstas que caminan mansas
Y no ambicionan ni anhelan
Mas bienes que aquel estado
Que les dió naturaleza,
Son los pacíficos hijos
Del Deber y la Prudencia,
Que ni murmuran ni envidian,
Ni de los suyos se alejan,
Ni distinguen por colores,
Ni casan por conveniencia,
Ni se envanecen, ni tienen
El trabajar por afrenta,
Y solo aprecian acciones,
Y viven de lo que pescan.

LA RESURRECCION.

—

SONETO.

¿ Qué nueva luz mas fúlgida que el dia
Gloriosa nube de esplendor radiante,
De ámbares, y querubes, y diamante,
Puebla del aire la rejion vacía ?

Es Jesucristo el hijo de María,
Es el Rey de los Reyes que triunfante
Alza el divino cuerpo centellante
Del polvo inmundo que su faz cubria.

¡ Salve, Dios de Israel ! ya Magdalena
Albricias pide á vuestra vírgen madre
Tornando en gozo la pasada pena :

Y por mas que Luzbel rabioso ladre,
Subir os ve con majestad serena
Al trono escelso del Eterno Padre.

EL COLERA EN LA HABANA.

—

Silba la tempestad, reina la noche;
Las sombras vacilantes
Mueven las ruedas del nocturno coche,
Y los hórridos rayos resonantes
Sucedidos del trueno estrepitoso
Al fulgor de relámpagos brillantes,
Rasgan el ancho manto nebuloso.
Los impacientes súbditos de Eolo
Rujen volando en torno al horizonte,
Y el seco Bóreas desde el frio polo
Cae furioso sobre el verde monte
A la playa vecina,
Levantando las olas encrespadas
Que súbitas corriendo
A chocar con las peñas erizadas,
Disuélvense, cubriendo
De blanca espuma el pié de la montaña,
Que el mar del Norte con sus ondas baña.
En este campo tétrico y sombrío
Donde el susto redobla á cada hora
Del monótono buho al ágrio canto,
Y el mar airado con la tierra enviste,
Templará del dolor la ronca y triste
Lira, que ven mis ojos con espanto :

Conticinios de muerte, albas de llanto,
Y auroras de dolor; aun me parece
Veros lucir. ¡ Oh tiempo de las flores !
Si han de seguirte siempre, cuando meoe
La brisa tropical tu verde manto,
Penas, lutos y horrores,
Queda de Assam en las incultas selvas,
Y nunca tus aromas derramando
A las campiñas de mi patria vuelvas.

¡ Cuántos vieron el sol del medio dia
Libres de mal con sonrosada frente,
Y ántes que se ocultara en occidente
Ya eran despojos de la tumba fria !

No se diga que el rayo de la guerra
Es mas voraz que el abrasante azote
Del cólera feroz, cuándo se cierra
El paso á un batallon por muchos miles
Fuertes guerreros del opuesto bando,
Dádoles es para salvar las vidas,
Rendir sus armas ó morir matando.
Mas con este cometa desprendido
De la infernal rejion ¡ funesta suerte !
Sentir y ver morir, y esperar muerte;
Este es tan solo el pérfido partido.

Aun están en mi oido resonando
De los fúnebres carros
Las terríficas ruedas,
Que conducen por plazas y alamedas
Los recientes cadáveres del cólera,

Y oigo el adusto conductor que canta,
Por ver buscando calma á su tormento,
Si de valor con el finjido acento
El torvo ceño de la muerte espanta.

¡Oh sagrado pastor! ¡divino Espada!
¿Por qué la Parca nos robó primero
Tu vida santa, pura é inmaculada?
¿Por qué volaste al cielo, alma sensible,
Antes que el númen fiero
Blandiese su cuchilla destructora
Con furia irresistible,
Por Cuba hermosa que tu ocaso llora,
Y á tí despues de Dios primero adora?
¿Por qué tu faz de estrella luminosa
Doblar quisiste en funerario velo?
¡Cuánto aflijido padre hubiera hallado
En tu dulce virtud santo consuelo!
¡Y cuánto desdichado,
A quien mas que la peste, la miseria
Hizo morir, hubiérase salvado!

Célica sombra anjelical, recibe
Esta lágrima tierna consagrada
Por mi fiel corazon á tu memoria,
Y si su pura candidez te agrada,
Desde el trono de Dios, una mirada
Clava en mi frente y cúbreme de gloria.

El cano padre, el hijo, el tierno amante,
Y la jóven lozana,
Y el amigo constante,

Al despedirse con tristeza insana,
Solo un adios se daban vacilante:
Nadie osaba decir — «hasta mañana» —
Y si lo dijo alguno,
Entre breves instantes fué llorado
Por aquel mismo que dejó angustiado,
O fueron ambos á cumplir los ciertos
Votos de la partida,
Al nivel de honda fosa suspendida
Con polvo humano de apiñados muertos.

De la noche en mitad, entónces medra
El azote cruel; dó quier que jiro
Oigo sonar el tétrico suspiro
Capaz de herir á un corazon de piedra.
De Hipócrates los hijos ¿dónde fueron?
Unos yacen del morbo acometidos
En lecho de dolor, otros murieron,
Y los que fuertes quedan, aun no bastan
Para atender sus deudos mas queridos.

Ved á Narciso que á Rosaura adora
Correr las calles en la noche oscura,
Y á las estrellas se lamenta, y llora
Porque le indiquen de su bien la cura.
¡Infeliz! ¡no interrogues las estrellas!
¡Sienten los males de los hombres ellas!
De Esculapio un discípulo bondoso
Préstase á su querer: guíale lleno
De confianza y pesar. ¡Ay! ya en su seno
Comunicado el miasma contajioso,

Se albergaba el mortífero veneno.
Llega ¡fiero dolor!... Rosaura es yerta;
Helado, absorto, el infeliz la mira,
Abrazándola esclama: «Ya está muerta...»
Un ¡ay! exhala, y de repente espira...

¿Quereis ver conjurados
Los cuatro irresistibles elementos
Contra la humanidad? ¡Ah! no engañados
Hagais valer que mi dolor os pinta
Fantástica ilusion. Volved los ojos
Al anclado bajel que en la marina
Sufre tambien la desolante ruina.
El viento calma: la infeccion se aumenta:
Concentrado calor y eterno frio
Al hombre mata que de sed rabioso,
Como Tántalo muere querelloso:
Miéntras el hondo mar mueve el navío.
Llévanle á enterrar sus compañeros
En la cercana tierra;
Ésta le ofrece la postrer morada,
Término triste de la humana vida
Con muda inútil compasion. Mas luego
Por sangrientos cadáveres henchida,
De sí lo arroja, y le abandona al fuego.

Mirad, mirad en el escelso templo
El doliente rumor que en torno zumba;
Mas con pánico miedo de la tumba
Que por honra de Dios. ¡Ciegos mortales!
¿Pensais que, como al hombre, á Dios se engaña?
Ved, meretrices y usureros viles,

Capaces ellas del mayor esceso,
Y estotros de arruinar el vasto mundo
Si en ello logran usurar un peso,
Claman al cielo con dolor profundo
Dando de contricion agudos gritos
Por la salud. ¡ Hipócritas malditos !
Si el Eterno Hacedor no despreciara
Vuestra vil insolencia,
Y airada su divina Omnipotencia
Los justos apartara,
Y tremendo y colérico lanzara
Sobre el malvado rayos vengativos,
¡ Cuán pocos de su templo sacrosanto
Por justos ¡ ay !... os escapárais vivos !

¿Porqué el TE-DEUM con festivos ecos
Insensatos cantais ? ¿ Ya el mal fugóse ?
Aun los sepulcros os esperan huecos.
No os descuideis; en falso retiróse
Cual sangrienta pantera,
Que ahita ya de devorar, no emprende
Nuevo asalto al redil ; mas siempre fiera
Complácese de sangre y de matanza,
Y la asolante garra al paso tiende,
Si algun cordero descuidado alcanza.

¿ Y en quién ¡ Eterno Dios ! al despedírse
Descarga el mónstruo su segur tirana ?
¡ En el caudillo fuerte,
« Gloria y honor de la marina hispana ! »
Sentid, buenos, llorad, llorad su muerte.
Y tú, jénio del mal, tú que aun exhalas

El hálito de muerte repentina,
Venme á cubrir con tus funéreas alas.
Yo no temo tu encono ; llega, arruina
Esta existencia amarga.
¿ Porqué te he de temer ? Ya tú me has muerto.
¿ No acabaste mi amor con fiera herida,
Dejándome al llevar su cara vida,
De luto y llanto el corazon cubierto ?
¡ Oh ! ¡ cuán gozoso y sin pesar muriera
El que infelice tus horrores canta,
Con tal de ser tu víctima postrera !
Hiere, genio infernal, ceba tu furia ;
Yo seré memorable, tú temido
Por el jénero humano ;
Pero te.nido así como un tirano,
Que es á la par odioso y maldecido.

A EL PAN. (*)

—

I

Atalaya del golfo mejcano,
Que erguido brillas jigantesco altar,
Donde te colocó de Dios la mano
Sobre el nivel del espumoso mar.

(*) Monte elevado cerca de Matanzas, y denominado así por su semejanza con el pilon de azúcar.

Soberbio Pan de cañas coronado,
Cuyas hojas con voz repiten fiel,
El himno que un ilustre desterrado
Te cantara en alíjero bajel.

Salve, monte feraz, viva memoria
De un tiempo inmortal que feneció,
Vago recuerdo de ignorada historia
Que entre místicas sombras se ocultó.

II

Los vivientes que algun dia
Triscaban en tu espesura,
Hoy salen como las hadas,
Al esplendor de la luna,

Entre las esbeltas palmas,
Y las flexibles yagrumas
A recordar lo que fueron
Sus simples sombras se agrupan.

Dorados carcaces llevan,
Y sus cabezas circulan
De garzas y tocoloros
Con blancas y rojas plumas.

Ya se apartan, corren, rien,
Callan, bailan ó se juntan
A discantar sus amores,
O á llorar sus desventuras.

Así las bellas fantasmas
En la noche te saludan,

Hasta que el alba en oriente
La vuelta del sol anuncia.

Entonces rápidas vuelan,
En la inmensidad se ocultan,
Y solo se oyen sus ecos
Que repiten, « ¡ Cuba !... ¡Cuba !... »

III

La aurora esclarece tu aspecto sombrío
Tu faz corolando de tinte sutil,
Y el céfiro blando con almo rocío,
Salpica tus flores de marzo y abril.

Cada cocotero de verde esmeralda,
Un coro de aves que te alaba, es;
Y cada arroyuelo que corre á tu falda
Sandalia de plata que adorna tus piés.

Los náuticos diestros que en viajes penosos,
De ver cielo y agua cansados están,
Tu cumbre divisan, y esclaman gozosos
¡Albricias! ¡Albricias! ¡La tierra! ¡Es el Pan!

IV

Tú has visto los nubarrones
A tu cima descender,
Y cien mil jeneraciones
Cual ráudas exhalaciones
Brillar y desparecer.

Mientras fuerte, indestructible,
Con agreste majestad,
Te ostentas firme, insensible,
Como sarcasmo terrible
Que burla á la humanidad.

¡Quién sabe si tu estension
Es apariencia y no mas!
¡Si es tu forma una ilusion
Y de fulminante gas
Tienes lleno el corazon!...

¡Quién sabe si al rebentar
Te apercibes con estruendo,
Y en vez de flores brotar
Torrentes de lava ardiendo
Que se apaguen en el mar!

V

Quién sabe ¡oh PAN! si otro tiempo
Antes de estender un brazo
El Ponto, juntando en Gades
El Pacífico y el Atlántico,

Cuando Europa estaba unida
Al continente africano,
Una cadena de montes
Ya pigmeos, ya elevados,

Por las cumbres que hoy hundidas
Son rocas del Occeano,
Y en submarinos eruptos
Lanzan inmensos peñascos,

Te ligaban al Vesubio,
Etna, Pichincha, Caucaso,
Atlas, Pirene, Orizaba,
Los Alpes y el Chimborazo.

Y quién sabe si tú mismo
De algunos siglos al cabo,
Con piedras, fuego y ceniza,
Yermarás los verdes campos.

Quizá sobre el yerto polvo
Del que hoy te admira en su canto,
Lance el viajero sensible
Un ¡ ay ! de dolor amargo.

Quizá en una escavacion,
Dé con un cadáver pálido
Cual mómia hallado en las ruinas
De Pompeya y Herculano.

Querrá robarme á la tumba
Y mi forma equivocando
Deshonrarme con el nombre
De algun sátrapa inhumano.

Entonces tú, agradecido
A tu mas querido bardo,
Conmoverás el sepulcro
Y le gritarás tronando :

« Si eres necio, busca oro,
Manuscritos si eres sábio ;
Pero no toques los restos
De mi mas querido bardo.

¿No ves que en estos contornos
Cuanta yerba nace abraso,
Y solo consiento flores
En la tumba de mi bardo?

Él ensalzó muchos nombres
Que hubiéranse ya olvidado,
Y ni un viviente siquiera
Lloró la muerte del bardo.

Él me trató de insensible
En su cántico inspirado;
Pero yo he sido mas justo
Que los hombres con mi bardo.

Viajero, si eres poeta
Derrama en su tumba llanto;
Pero no toques los restos
De mi mas querido bardo.

EL AMOR PESCANDO.

FABULA.

Del blondo y florido mayo
Una mañana serena,
Estaba tranquilo el mar
Y Amor á pescar se apresta.

Y aunque no es la única vez
Que le plugo andar de pesca,
Digno es de contar el caso
Porque lo hizo á la moderna.

Viendo que sobre las olas
Mil veces las redes echa,
Y ni una triste sardina
A gran distancia se acerca,

Dejó en el mar los avíos,
Baró el CAYUCO en la arena
Y dijo : « Marina, adios
» Que voy á pescar en tierra. »

Hay cerca del Yumurí
Un jardin encantador,
Donde nace el alelí,
La rosa, el clavel, y Amor
Dirijió su vuelo allí.

Tejió una pita de flores,
Púsole dorado anzuelo,
Y gritó á los trovadores :
« Mirad, bardos de este suelo,
Cómo se pescan amores. »

Una bella jóven vió
Al márjen del Yumurí :
La guirnalda le tendió
Diciendo para entre sí,
« Esta doncella cayó. »

Con el placer sobrehumano
No reparó que tenia
El anzuelo entre su mano,
Y en tanto que ella comia
Amor esperaba ufano.

Inocente la belleza
La banda de flores vió,
Tomó el cabo con presteza
Y fuertemente lo ató
Por corona á la cabeza.

Creyóla el rapaz segura
Así que de ella tiraba;
¡Pero cuál fué su amargura!
Al ver que su mano estaba
Destilando sangre pura.

Viéronle los trovadores
Y esclamaron acordados:
« Este es de los desgraciados
» Que andan á pesca de amores
» Y paran por ser pescados. »

EPIGRAMAS.

—

I

Un verso á los ojos tiernos,
A Andrés le dijo Simon,
Y él gritó con precision —
« Tu mujer te pone cuernos. »
— En verdad, no es verso, Andrés,
Dijo : — y él repuso : — Ya...
Ello... verso... no será;
Pero verdad sí que es.

II

¡ Con que te vas á casar...
Juan del diablo en este enero,
Sin crédito, sin dinero,
Y sin saber trabajar !...
— Calla, Pedro, no te espantes ;
Pues ya convenido hemos,
Que en casándonos tendremos :
Yo cuernos y ella MARCHANTES.

III

¿ De dónde Anton sacará
Para el gasto que publica ?
¿ Tendrá alguna vieja rica

O le lloverá el maná?
— ¡Qué curiosa eres, Celina!
Anton no tiene otra cosa,
Que una mujer buena moza
Y el mercader de la esquina.

IV

En el feliz siglo de oro,
Júpiter, para poder
Conquistar á un mujer,
Tuvo que volverse toro.
Cambiádose han las estrellas,
Porque entonces los que amaban
Por sus ninfas se encornaban:
Ahora los encuernan ellas.

V

Sin duda tenido habia
Alguna chanza pesada
Con Livia la recatada
Fabio, y tal le dijo un dia:
¿Ves aquella verde moya?..:
No te acuerdas cuando allí...
Y ella le contestó: — Sí...
« Ya... me acuerdo... allí fué Troya. »

VI

Envidia tengo y no poca
Al corsé que lleva Andrea,
No por lo que la hermosea
Sino por lo que la toca.

VII

Un doctor no pudo hacer
Sanar la cojera á Juana,
Y ella de misa al volver,
Halló un toro, echó á correr,
Y subióse á una ventana.
Bajó pasado el terror,
Libre del físico mal
Y del insano dolor ;
De suerte que el animal
Fué mas hábil que el doctor.

VIII

El presumido Tristan
Preguntó á Merced hermosa,
—¿ Señorita, habrá una cosa
Mas grande que su fustan?
Hay cuatro, dijo Merced
Con pensamiento profundo,
Que son, Dios, el cielo, el mundo,
Y su necedad de usted.

IX

Queriendo Juana pescado
Su esposo por él salió,
Y á las dos horas volvió
Sin dinero y estropeado :
—« Marido de los infiernos, »
(Díjole Juana el entrar)

« ¿Con que te has dejado dar?...
» ¿De qué te sirven los cuernos? »

X

Rosalía se casó
Con Narciso, y es alhaja,
Porque en su vida trabaja,
¡Ya se vé, nada aprendió!
Mas Narciso tambien es
Del juego de Rosalía,
De suerte que « Dios los cria
Y ellos se juntan despues. »

XI

Compró un billete Matías,
El cual premiado salió,
Y en aquellos mismos dias
La mujer se le murió.
« Esas son dos loterías. »

XII

Con semblante placentero
Llegóse Tomasa á Rosa
Diciendo: « Chica, yo quiero
Que me prestes una cosa
Que sirva para yesquero.
— En vano el tiempo has perdido,
Contestó Rosa á Tomasa,
Cuando lo que me has pedido

De sobra lo hay en tu casa. »
— ¿ Quién lo tiene ? — Tu marido.

XIII

¿ Por qué dará Don Manuel
De patadas á su potro ?
— Para convencer al otro
Que es menos bestia que él.

XIV

Se estrenó Juan un sombrero,
Al dueño en la calle halló,
Y le dijo : « Caballero,
Este se lo quito yo
Hasta que lleve el dinero.
¡ Cuántos por las calles van
Con casaca y pantalon
De rico paño SEDAN
Cuyas propiedades son
Como el sombrero de Juan !

XV

Con mis consejos de amor
Dijo Lisio, voy sacando
A Filena de su error,
Porque ya se va enmendando
De su conducta anterior.
— Silvio, dijo : es cosa cierta
Que mucho puede sacarse ;

Mas es verdad descubierta
Que acabará de enmendarse
Tres dias despues de muerta.

XVI

Yendo Pedro á misa un dia
Con Juan que le acompañaba,
Tal aquel le preguntaba
Y éste así le respondia :
« ¿ Es aquel Don Alma-fria,
Que aprendió como es constante
En un colejio brillante,
Y se recibió despues
De Bachiller, y ahora es ?... »
— Sí señor, ¡ mula bastante !

XVII

¿ No ves aquel que desdeña
Virtudes que no posee,
Que habla, escribe, canta y lee,
Tan diestro como una peña ?
¿ Ves como á todos enseña,
Que es su necio barbarismo
Emblema del egoismo,
Torpe y perverso avechucho ?
Pues su padre... estudió mucho...
Y murió siendo lo mismo.

XVIII

Viendo Zelima al Amor
Que iba encorbado y desnudo,
Lanzó al viento un ¡ay! agudo
De compasivo dolor.
Viólo su hermana Leonor,
Y dijo : « cara Zelima,
» No así el corazon te oprima
» Ese Amor, pues va encorvado,
» Porque se casó PELADO
» Y le cayó el mundo encima. »

XIX

Por un melon al mercado
Fué Pedro : á casa llegó
Y una calabaza halló,
(Que era lo que le habian dado).
Despues de haberla calado
No hubo de volver la traza ;
Si de amor voy á la plaza,
De todo á voluntad mia
Compraré, menos sandía,
Por no llevar calabaza.

XX

El ciudadano Faustino
Al juez del barrio se queja,
Porque dormir no le deja
El burro de su vecino :
Llegó el juez y le previno

De su falta con bondad;
Pero el de la vecindad
Alega (no sin razon)
Que tambien los burros son
Cargas de la sociedad.

EL CERNICALO Y LA ABEJA.

—

FABULA.

Persiguiendo á una simple mariposa
Un cernícalo rápido volaba
Y aquella, temerosa
De la enemiga suerte
Que el rapante en sus garras le aprestaba,
Evitando su fin hízose fuerte
De una antigua colmena en el recinto;
Porque todo viviente por instinto
Huye de la opresion y de la muerte.
Creyóse allí segura
Del raptor inhumano:
¡Cándida mariposa sin ventura!
¿Qué lugar hay seguro de un tirano?
Allí entró su contrario,
Y sin mas miramientos ni atenciones
De que usa el fuerte en aquellas ocasiones,
Que su aterrado y débil adversario
De otros débiles míseros se ampara;

Tal procedió el cernícalo en efecto
E hizo pasto sabroso del insecto.
Tuvo la abeja la firmeza rara
De reprender la falta cometida;
Mas tambien quedó herida;
Así, que su virtud le costó cara,
(Porque siempre es costoso
Echar su falta en cara á un poderoso.)
Con razon enojada al punto piensa
Ante al juez competente
Pedir satisfaccion de tanta ofensa.
Como reinantes águilas no habia
Que en aquel bosque hicieran de monarca,
Cualesquier gavilan que aparecia
Érase un semi-dios de la comarca.
Dirijióse al primero
Que halló en las ramas de un mamey copado
Despues de haber robado
Un grueso pollo del vecino estero.
Contóle lo pasado,
Y el juez le preguntó : — ¿ tienes testigos ?
— Sí señor : un lagarto y una rana
Y una calmuda iguana.
—Pues yo reparto premios y castigos ;
Declaren esas gentes.
Que si verdad me dices, yo te juro
Poner el malhechor en trance duro :
Pero tú, desgraciada, si es que mientes !
Fuese á buscar la abeja á los nombrados,
Y despues de dejarlos acordados
Fuesen puntuales al siguiente dia

Donde el hambriento gavilan vivia,
Volvióse al colmenar con gozo intenso;
Pero ellos que á su vez reflexionaron,
Para entre sí dijeron: « ¡ ni por pienso ! »
¡ Ir donde el gavilan por la mañana !
¡ Infelice de mí ! clamó la rana ;
El lagarto gritó ¡ pobre lagarto !
Lo mismo, es natural, diria la iguana.
Vamos al caso, que pasó la hora
Y nadie pareció. Fueron citadas
Aun para otro cernícalo los dichos :
Para inferir los fines esto basta,
Por ser claro que esbirros y perversos
Son oriundos de una propia casta.
El lagarto entre espinas escondido,
En el cieno la rana agachapada
Y la iguana en lo hondo de su nido,
Todos decian: « ¡ Yo no he visto nada ! »
Por impostora allí quedó la abeja,
Y comprender se deja
Que al pago de las costas sentenciada.
Duró el pleito seis meses. Cuando el vuelo
Alzó para volver de pesar llena
A su albergue querido
Los panales regados por el suelo,
La miel seca en la arena,
Y plagada de avispas su colmena.
Corriendo el tiempo, el gavilan acaso
Del cernícalo anduvo en compañía ;
Como ya no temia
Contó en confianza la verdad del paso

Y de la abeja vió por consecuencia
La verdad, la justicia y la inocencia.
¿Y por qué fué la abeja desgraciada?
— Porque era ante los otros un pigmeo
Y porque el juez y el reo
Eran lobos, en fin, de una manada.

Si ves que á un pobre como tú maltrata
Aunque sea sin razon el rico, deja,
Deja que lo maltrate, calla el pico:
Y si piensas librarlo contra el rico,
Aplícate el ejemplo de la abeja.

CEMENTERIO IDEAL.

PORTADA.

Ten, lector, por fiel verdad
Que en estos túmulos varios
Hay muertos imajinarios
Y vivos en realidad:
Si es que por fatalidad
En tu alma acaso sencilla,
Hubiese alguna faltilla
Y anhelas su correccion,
No te faltará inscripcion
«Que le venga de perilla.»

I

Por echarla de discreto
Murió pidiendo un soneto
El triste que yace aquí:
¡ Si todos fueran así !

II

Este infeliz murmuró
Siempre de propios y estraños:
Murió de veintidos años.
¡ De mas los veinte vivió !

III

Mientras vivió Salvadora
Los mancebos que la vian,
Salve á su belleza hacian
Cual las aves á la aurora.
— A que ninguno la llora.

IV

Salud Amira brindaba,
Y en dos meses que bailó,
Pálida, flaca murió
Y fina sangre arrojaba,
— ¿ Arrojaba sangre fina ?. .
Pues sal de la sepultura
Y oprímete la cintura
Para lucir, figurina.

V

Esta vieja falleció
Porque el jóven mas lozano
Casó con ella, echó mano
A su plata y escapó.
— Ese sí que la entendió.

VI

Aquí yace Juan, querido
De la mas bella casada ;
Fué muerto de una cornada
—¿Y quién lo mató? El marido.

VII

Vivo el mundo me creia
Ora santo, ora demonio,
Y en la « fé de un testimonio, »
Daba lo que no tenia ;
Cerré para DAR la mano,
Y abríla para COJER
Mas pronto que una muger...
— ¡ Salve, señor escribano !..

VIII

Aquí reposa Zafir,
Que obligado á declararse
Entre morir y casarse,
Decidióse por morir.

— Es digno de un monumento
Por tan ejemplar accion,
Pues convence la eleccion
Que era jóven de talento.

IX

Pues que sois de mi hermandad,
Jaques, tontos y beodos,
En breve seguidme todos
Al mundo de la verdad.
— ¡ Cúmplase tu voluntad !

X

Yo de calumniar vivia,
Y un dia de muerte aguarda
A los de la estirpe mia.
— Lo que se siente es que tarda
Ese venturoso dia.

XI

Uno aquí se bambolea
Cocotero, poco á poco,
Leamos : — Desciende, coco,
En la tumba de esta fea.

XII

Los poetas me ensalzaron,
Manaba miel de mis labios,
Apreciáronme los sabios,

Las bellezas me adoraron,
Prodigaba pesos duros...
—¿Rico, presumido y tonto?
Fábio, marchémonos pronto
Porque no estamos seguros.

XIII

Aun el cántico épico retumba
Que un homérico vate alzó á mi gloria...
Aun me conserva espléndida la Historia...
Válgate Dios!.. pedante, hasta en la tumba!

XIV

De reyes y emperadores
Desciende el noble finado
Que yace aquí sepultado,
Y vivió lleno de honores.
Su esqueleto y calavera
Están por esa razon,
Tan libres de corrupcion...
— Como los de otro cualquiera.

XV

Siempre adulando y fingiendo
Con méritos que no hablo...
— Descansa en paz ¡pobre diablo!
Este murió pretendiendo.

XVI

Yace aquí un jefe de armada,
Que acabado de enterrar

Hallaron de orin su espada
A la vaina tan pegada
Que no se pudo sacar.
— ¡ Valeroso militar !

XVII

Este murió suicidado
Porque un muñidor precoz,
Le ofreció en solemne voz
Hacerle su entierro fiado.
— ¡ Vaya un tramposo feroz !...
¡ Dios lo haya perdonado !

IMITACION.

(DE CIERTO AUTOR)

Despues que por luengos años
Causaron mil tropelías,
Un médico recetando
Y el Amor abriendo heridas ;

Algo inmediato á Jaruco
Se hallaron los dos un dia,
« Ya despues de puesto el sol,
A tiempo que anochecia. »

Iba el médico á Matanzas,
Y Amor á la Habana iba,
Dijo el uno — « buenas tardes »
Y el otro — « felices dias. »

Conociéronse al instante
Los dos, por lo que mentian,
Dado que nada haya cierto
En amor, ni en medicina.

Entraron juntos al pueblo,
Y siendo la noche fria,
Determinaron de acuerdo
Pasarla en una botica.

De suerte, que á estar vinieron
En nocturna compañía,
Un médico, un boticario,
Y el Amor; ¡ brava familia !

Aquellos á breve espacio,
Roncan á pierna tendida ;
Mas Amor como no duerme,
Ve sin luz y sombras pisa.

Levantóse á paso quedo,
Tomó su punzante vira,
Y por jugarles un chasco
Sutilmente á los dos pica.

El médico no echó sangre,
Aunque dé sobra tendria,
Le halló al boticario el pecho
Duro cual piedra de chispa.

Viendo el rapaz que sus armas
A tal jente no ofendian,
Dijo : — «si no sois fantasmas
No hay cosas mas parecidas.»

Desconsolado acostóse,
Y como el hijo de Cipria,
De los insensibles huye
Hasta perderse de vista.

Impaciente ya del alba
Esperaba la venida,
Por evitar el disgusto
De tan dura compañía.

Finalmente cantó el gallo,
Dió el templo el AVE-MARIA,
Era víspera de fiesta,
Y el médico gritó — «¡ á misa. !»

Cada cual, al tiento, coje
Lo que ser suyo imajina,
Y de las puertas afuera
Opuesto rumbo caminan.

El médico entró á rezar
Segun su costumbre antigua,
Por las almas que de cuerpos
Antes despojado habia.

Al dejar éste la iglesia,
Aquel bajó la colina,
Cuando la fúljida aurora
Su manto de oro tendia.

El primero al ver su vara,
Se halló de Amor con la vira,
Y Amor, sobre sus espaldas
Un recetario tenia.

Levantóse el boticario,
No halla sus huéspedes ; mira,
Y ve del Amor la aljaba,
Y del doctor la varita.

Tienen novedad y moda
Influencia tan activa,
Que hasta en las ciencias y drogas
Ejerce su tiranía ;

El farmacéutico tal
A quien la esperiencia dicta,
Pensó á costa de las feas
Tener su bolsa provista.

Forma de la aljaba un cubo,
Saca del pozo agua limpia,
Dala olor, color; y puesta
En bellos pomos de China,

Por los diarios espender
« Agua de Vénus » publica,
Clamando ufano « ahora sí
Que hay de todo en la botica. »

Volvamos á los dos jénios
Causas de estragos y ruinas,
Que así Dios me libre de ellos
Como de pleitos y riñas.

Es el caso que constantes
Prosiguen sus correrías,
Y aunque con el propio intento
Son las resultas distintas.

El médico por curar
Mata ordenando sangrías,
Y Amor lanzando recetas,
En vez de matar da vida.

EN LA MUERTE DEL REDENTOR.

—

I

Bajo las frondosas ramas
De florecientes olivas,
Oraba el Hijo de Dios
Con su santa comitiva.
¡Oh maldad! un iniciado
En sus sagradas doctrinas,
JUDAS, el que mas amaba
Discípulo le vendia.
Señor de inmensa bondad,
¿Cómo con él no te irritas,
Y al perverso no confundes
Con un rayo de tu ira?
Como Dios, libre te hallabas
De traiciones y perfidias;
Pero como hombre, nadie,
Nadie de un traidor se libra.
La luna ocultó su frente,
Las estrellas no lucian,

Cuando en el «Huerto» prendieron
Al Hijo Dios de María.

II

De picas y espadas prevenidos,
Donde oraba el divino Redentor,
Entraron los judáicos, revestidos
De purpúreo color.

Formaba un estruendo pavoroso,
Como las ondas del revuelto mar
Cuando azotadas de Aquilon furioso
Se sienten resonar.

Airado Pedro suspendiendo el brazo
A un judío malvado se lanzó,
Y su oreja siniestra de un sablazo
Al suelo derribó.

«¡ Ay de vosotros, fariseos y escribas :
Muerte á las almas vuestros libros dan,
Y en el fuego (clamaban las olivas)
Ellos al fin caerán!»

De heridas lleno, el rostro ensangrentado,
El pueblo hasta Pilatos le llevó,
Y éste despues de haberle sentenciado,
Las manos se lavó.

Dios acató de muerte la sentencia,
Tomó el «madero» que debia cargar,
Y cubierto de sangre y de paciencia,
Aprestóse á marchar.

III

Sácale de allí rápido
La horrenda confusion
Que forma el pueblo bárbaro,
Pueblo de maldicion!
A la palmada súbita
De un pérfido sayon,
Desciende á la tierra el « único
Hijo » en carne de Dios.
Corrió la sangre célica,
Y de coral manchó
La esplendorosa túnica
De nítido algodon.
Y aquella jente indómita
Aun fuera mas atroz,
Si temor no impusiérale
Cornelio el centurion.
Y oíanse estos fúnebres
Cánticos de dolor,
Que entonaban las vírjenes
Del Carmelo y Sion.

IV

« Adios, Hijo de Dios Padre,
De los hombres Redentor;
Míranos desde la Gloria,
Adios, Nazareno, adios.

Adios, Salvador del mundo,
Que vas á vida mejor;

Adios, pastor de Belen,
Adios, Nazareno, adios.

Adios, Hijo de María,
Astro mas claro que el sol;
Espéranos en el cielo,
Adios, Nazareno, adios.

Adios, voz de Sinaí,
Adios, luz de Sabahot,
Consuélanos en tu muerte,
Adios, Nazareno, adios.

En tu sagrado sepulcro
Haremos siempre oracion,
Adios, Santo de los Santos,
Adios, Nazareno, adios. »

V

Siguiendo la calle fatal de Amargura
Con cinco caidas al mundo salvó:
Y todos mofaban su atroz desventura!
Y á nadie del Cristo piedad le movió!

A breve distancia llorosa María
Observa sus pasos seguida de Juan,
Y en soledad fiera, la triste veia
Que palos, pedradas y azotes le dan.

Mil ricos judíos holgaban mirarle,
Los ricos no hubieron jamás compasion!
Un pobre tan solo prestóse á ayudarle,
Nacido en Cirene llamado Simon.

Tal hombre fué honra del pueblo judéo;
Y en tanto que el cielo negaba su luz,
Cargó largo espacio dolido del reo,
Y al Santo Calvario llegó con la cruz.

VI

¡Gran Dios! los hombres en ruinas
Ya sus venturas tornaban,
Tú librarlos determinas,
Y ellos en la cruz te clavan,
Y te coronan de espinas.

Hiere tu santo costado
Un descomunal judío,
Y con tu sangre ha lavado
La vil mancha del pecado
En ese del cielo rio.

Piadosa Samaritana
Hallas que de tí se duela,
Y aquella muger cristiana
Tres veces en blanca tela
Grabó tu rostro de grana.

Entre horribles aflicciones
Morir, cordero, debias,
Y «cumplir las predicciones»
Lleno de injurias impías
En medio de dos ladrones.

SED tuviste, y por tu mal
Llegó el verdugo cruel,

Y con sonrisa infernal
En vez de agua celestial
Te brindó copa de HIEL.

No fué tu enojo profundo,
Ni te vengaste de él
Con un rayo furibundo,
Pues que medran en el mundo
Los descendientes de aquel.

VII

Sordo mujido resonar se siente,
Como en el medio de la noche oscura
Las verdinegras nubes de poniente
Hacen sonar el viento en la espesura :
Ni una estrella se vé resplandeciente,
Ni una flor aparece en la llanura :
Y solo el buho por el éter jira
Cuando del mundo el Salvador espira.

Pastores de Belén, vírgenes bellas
Del Carmelo y Sion, id al desierto
Y allí lanzad tristísimas querellas :
Llorad, llorad, que vuestro Dios ha muerto.
Ya mas no tornaréis con palmas bellas
A salir gratos en feliz concierto
A coronar su frente centellante,
Cuando á Jerusalen vuelva triunfante.

Tú, que fuiste del cielo prez y gloria,
¡ Oh tríbu de Judá, tríbu malvada !

Ya será para siempre tu memoria
A los hombres odiosa y degradada.
Yà de aquel JUSTO que ensalzó tu historia
Cubre la losa del sepulcro helada
El cuerpo santo, inanimado y frio;
Maldicion sobre tí, pueblo judío.

LA RESURRECCION.

ODA.

Alzado el sol en el oriente miro
Tan claro y majestuoso, que parece
Cuando en las ondas líquidas se mece
Con esplendente jiro,
Rojo granate en campo de zafíro.

Murmura manso el cristalino rio,
Viste el cielo del Iris los colores,
El campo ostenta en sus menudas gramas
Las relucientes perlas del rocío;
Trinan los ruiseñores,
Brilla el oro del pez en las escamas,
Rie la esfera, danzan los pastores,
Y el árbol viste sus frondosas ramas
De bellos frutos y fragantes flores.

Las empíreas sacras jerarquías
Que ledas cruzan la rejion del viento,

Van recitando en divinal acento
Los cánticos gloriosos de Isaías,
Y mueven con el soplo de su aliento
Las aguas del Jordan ante-gloriosas;
De color de la aurora el aire tiñen,
Ambares brotan, y sus sienes ciñen
De Jericó las palmas y las rosas.

Muy mas alegres que al nacer del dia
El rostro dejan ver vírjenes puras,
Y hombres, plantas, y brutos á porfía
Esclaman con celeste melodía
Admirando tan plácidas venturas,
« ¡ Gloria al Dios de Israel en las alturas ! »

Cual despues de tres siglos de miseria,
De opresion, de temor y de malicia
Tornó á lucir en la dichosa Iberia
El sol de Libertad y de Justicia.

Tal á la tercer alba
Que presajiaba al astro rubicundo
Con gozo universal y réjia salva,
Del sepulcro profundo
En almo coro de ánjeles brillante,
De la impostura y la maldad triunfante
Subió á la Gloria el Redentor del mundo.

EL EVANGELIO.

—

FABULA.

Camino de los Guines
Con su TIPLE tañendo
Todo entregado á Baco
Iba un jóven montero,
Con tardo é incierto paso
Recitando estos versos:
« No hay para el hombre pobre
Mas eficaz remedio
Que es el emborracharse,
Pues así el pensamiento
Ve objetos muy distintos
De cuando se halla cuerdo.
Quizá por eso á Baco
Lo pintaron en cueros.
A fé, que si él estaba
Cuando el feliz encuentro
De la hija de Minos
Que abandonó Teseo
En las costas de Naxos,
Como yo estoy, bien creo
Que al rehusar su mano,
Fué sin duda temiendo
Fuera tan loco amando
Como era desatento. »

Esto el jóven cantaba
Mil monadas haciendo,
Tirando de pedradas
Á gallinas y á perros,
Sin mirar grandes charcos
Que ocupaban el suelo.
Llegó por fin á uno
Donde era el paso estrecho;
Paróse, observó un poco,
Y echóse al lado izquierdo.
Era apenas un vado,
Y lo cruzó tan diestro,
Cual quizá no lo hiciera
El mas práctico y cuerdo.
Volvió á su anterior paso,
Y yo, el caballo hiriendo
Hasta con él juntarme,
Le dije: — «¿Cómo es eso
Que ha pasado, buen hombre,
Sin mojarse ni un dedo? »
— Nosotros los borrachos,
(Contestó á gritos riendo),
Perdemos la vergüenza,
Mas no el conocimiento.»

De mi rocin al trote
Seguí yo así diciendo
«¡No hay duda que este diablo
Me ha dicho el EVANGELIO! »

LEYENDA CABALLERESCA.

EL HIJO DE MALDICION.

—

I

EL CABALLERO.

Por las tendidas riberas
Que el Segre nndoso fecunda,
Sobre un corcel arrogante
De lustrosa piel oscura,
Tan lijero en la carrera
Que ni la yerba menuda
Ni la fina arena, sienten
Sus pisadas cuando cruza.
En su ancha capa revuelto
Bajo cuyo centro oculta
El noble cuerpo forrado
De luciente armadura,
Sueltas las doradas riendas
Manchadas de blanca espuma
Un Cruzado caballero
Caminaba á la ventura,
A los macilentos rayos
De la espirante luna,
Brilló su casco luciente
Ceñido de negras plumas,

Diríjese á un grupo informe
Que advierte en la selva oscura
De amarillentas almenas
Y de torres puntiagudas:
— ¿Quién al rastrillo se acerca?
El centinela pregunta:
Aléjese si le traen
Amorosas aventuras;
Apártese el malandrin
Antes que el señor acuda,
Pues entonces ni en el bosque
Se librará de su furia. »
—Calla, charlatan pechero,
A tu señor luego busca,
Y dile que un caballero
Que le iguala en noble alcurnia,
Que espuelas doradas calza,
Vibra espada y lanza empuña
Con mas tino en las batallas
Que en las zambras y en las justas,
Al volver de Tierra Santa
Pasando por Cataluña,
Le demanda el hospedaje
Si es que concederlo gusta,
Y si no, le desafia
Como entre nobles se usa,
Por descortés, y le tacha
Por hombre de baja cuna,
Mal caballero y cobarde,
Si ántes que un hora transcurra
De todas armas no viste

Y al campo sale en su busca.»
Dice, y la sinesistra mano
Del grueso guante desnuda,
Y al fuerte muro la arroja
Que ajitando el aire zumba.
Alzólo presto el peon,
Mirólo con faz adusta,
Y fuése. —Quedó el guerrero
Solo entre viejas columnas,
Y algunos ayes lanzaba
Como fantasma nocturna,
Que suspirando aparece
Sobre el mármol de las tumbas.

II

EL LAUD.

Rara vez logra un poeta
Pulsar el plectro tranquilo,
Porque el diablo se aparece
A turbarle en su retiro.
Mirando estaba el guerrero
Aquellos muros antiguos
Llanto vertiendo abundoso
Y exhalando hondos suspiros :
¿ Quién me dijera, esclamaba,
¡ Oh palacio en que he nacido !
Que al salir de tí cual dueño
Cubierto de acero fino,
Volviera á pedirte albergue

Cual miserable mendigo,
Como fullero de amores
O ambulante peregrino?
Entónces sobre las ancas
Del bético bridon listo,
Con majestuoso ademan
La capa descender hizo,
Y mostró en su hercúlea espalda
Un bello laud pulido;
Era de azabache y nacar
La caja con embutidos
De amatistas y topacios
Que daban temblantes brillos,
Como el mar visto á lo léjos
Del naciente sol herido.
Hecha la tapa de Holanda
Con blanco y sonoro pino,
Y el milagro del mar Rojo
En ella estaba esculpido;
Moisés guiaba á su pueblo
Por el enjuto camino,
Serena frente mostrando
En medio de los peligros:
Israel cantaba ¡Hossana!
De Faraon perseguido,
Y á tardo paso marchando
Entona gloriosos himnos:
Algunos vuelven el rostro
Del mar horrendo al bramido,
Y ven cien mil combatientes
Armados, y al punto mismo

Cien montes de hirviente espuma
Con atronante mujido;
Caballos y caballeros
Sepultar en su hondo abismo,
Solo plumas, cascos, pices,
Acá y acullá esparcidos
Dicen con acento mudo:
« Aquí fueron los Ejipcios. »
El diapason es de ámbar,
Las clavijas de zafiro,
El templador de esmeralda,
Plectro y cuerdas de oro fino.
Descoje el eordon de plata
Con que lo llevara asido,
Y apénas en triste tono
A un preludio da principio,
Cuando bajar con estruendo
Oye el puente levadizo,
Y luego en él ve diez pajes
Con hachones encendidos:
Cala al punto su visera,
Vuelve el laud á su sitio,
Torna á embozarse en la capa,
Y espera firme y tranquilo
A los pajos y escuderos
Que de armas bien prevenidos,
En su demanda parecen
Con el señor del castillo.

III

EL CASTELLANO.

Con lanza, espada, laud,
Brazo fuerte, buen caballo,
Y un corazon en el pecho
De crímenes no manchado,
No teme el hombre aunque venga
Copioso ejército armado,
Porque Dios está con él
Y para Dios no hay contrario.
Sobre su silla el guerrero
Como una estátua clavado
Acorta al bridon las riendas
Y marcha lento á encontrarlos.
Pára al enfrentar con ellos
Que humildes le saludaron,
Y en dos alas divididos
Dieron á su señor paso.
—«Dios os guarde, caballero,»
Dijo el noble Castellano.
— Y sea con vos, hijo de Hugo,»
Dió por respuesta el Cruzado.
— Admito, siguió el primero,
El guante que me ha entregado,
Este paje como vuestro,
Para dároslo en el campo:
Y el hospedaje os concedo
Esta noche en mi palacio,

Porque veais que no solo
Son valientes los Cruzados :
Hijo me llamais de Hugo,
Luego estáis bien informado
Que al morir en Palestina
Por el evanjelio santo,
De Mata-plana heredero
En forma me ha declarado ;
Y que heredé su valor
Tambien ofrezco probaros. »
— A Hugo vuestro padre ilustre
Le conocí demasiado,
Y mas os conozco á vos
A pesar que os soy estraño.
Sé que publicais su muerte,
Sin tener seguros datos,
Y que estáis en posesion
Contra ley de sus Estados :
Que sus bienes y valor
Heredárais, no es muy raro,
Pero su virtud... se dice
Que no la habeis heredado.
Mañana en la lid seremos,
Donde os mostrará mi brazo,
Que nobleza sin virtud
Es lo mismo que oro falso. »
—« Basta, adelante, pasad,
Y Dios dictará su fallo. »
— « Si ha de ser lo que Dios quiera
Mal pié llevais, Castellano. »
Hablando así, por la puerta

Del fuerte palacio entraron ;
Tras ellos subió el rastrillo
Cuyos goznes rechinaron,
Y todo en silencio y sombras
Tornó á quedar sepultado ;
Solo á intervalos se oia
Del nocturno buho el canto;
O las ráfagas mugientes
Del ábrego batallando
Con las soberbias encinas
De los distantes collados.

IV

EL CASTILLO.

¡ Cuántos viles tiranos con el velo
De hipócrita virtud cubren su frente
Sin acordarse que los ve del cielo
Un Juez incorruptible, omnipotente !
Grandes, temblad, los que oprimís el suelo ;
Dios es justo, y aterra al delincuente
Que de la impunidad medra al abrigo
Cuando menos espera su castigo.

A la diestra del noble castellano
El incógnito iba ; un escudero
Llevaba por las riendas de la mano
El corcel del Cruzado caballero :
Sus carrillos inflando un grueso enano
La bocina ajitaba placentero,

Y el fulgor de las hachas amarillo
Iluminó la plaza del castillo.

Un corredor al frente se mostraba
Sobre siete arcos de árabe estructura,
En el marmóreo pórtico se hallaba
De un armado guerrero la figura ;
Una torre en el centro se elevaba
De enorme grueso y prodigiosa altura,
Y en el atrio interior tranquila fuente
Murmuraba sonora y trasparente.

Despues que hubieron el portal pasado,
Y treinta ó mas subieron escalones,
Parecieron á vista del Cruzado
Del palacio los góticos salones :
En uno de damascos adornado
Entraron á la par los campeones,
Do estaba una matrona que al sentirlos
Lévantose cortés á recibirlos.

Tras ocho lustros que corrieron breve
Y la honda pena que le aflije insana,
Aun en beldad á competir se atreve
Con el claro nacer de una mañana ;
No supo Urbino con carmin y nieve
Formar un tinte de azucena y grana
Como al carmin mezcló naturaleza
Nieve, azucena y grana en su belleza.

Tornó el Cruzado deteniendo el paso
Él fiel saludo á la beldad lucida;
Al cumplimiento de ficcion escaso

La capa de los hombros desprendida
Sonó una cuerda del laud, acaso
Por algun broche al descender herida,
Y el eco del sonido en consonancia
Volvió tres veces á la vecina estancia.

—«Ya que venís, Señor, de Tierra-Santa
Y os he visto un laud precioso, infiero
Que quien lo tiene es trovador y canta;
Y pues sois trovador y caballero,
Si algun voto mi ruego no quebranta,
Que me canteis algun pasaje espero
De aquel lugar sangriento y milagroso
Do yace por la fé mi caro esposo.»

Dice, suspira, y sin poder tenerlas
De lágrimas su faz llenó angustiosa,
Cual se mira del alba con las perlas
Aljofarada la purpúrea rosa;
Con finísimo lienzo á recojerlas
Acude presto, y su semblanza hermosa
Mas bella tras el llanto se presenta
Como el íris despues de la tormenta.

— Tened, clamó el estraño, la agonía,
Calmad el llanto por piedad, Señora,
No parezca en la tierra noche umbría
La que es del cielo estrella brilladora;
Que no está bien al sol de medio dia
Bañarse con las perlas de la aurora;
Y el que á la tumba fué con honor tanto
Mas os pide laurel que estéril llanto.

Muertos lloran Cruzados, que andan vivos
En heróicas empresas militares,
O los hados contrarios siempre esquivos
Los impelieron á remotos mares,
Y en diez años errantes ó cautivos
Aun no han vuelto á pisar los patrios lares;
Pero, alguno vendrá que muerto crean
Y muchos... temblarán cuando le vean.

Temblarán, repitió, por esta juro; »
La cruz tocando con la diestra mano,
Y vió en su rostro intérprete y seguro
La oculta turbacion del Castellano:
Desenvuelto el laud del manto oscuro
Requirió el templo, y con estilo llano,
—« Si vos gustais, á la Matrona dijo,
Os cantaré— DE MALDICION EL HIJO. »

—Cantad lo que gusteis, que ya os atiendo
Contestóle la bella consolada,
Mas ante todo que acepteis pretendo
Una oferta que os hago delicada: »
É hizo señal á un paje que saliendo,
En fuente hermosa le sirvió dorada
Una copa brillante que traia
De balsámica y dulce malvasía.

—« ¡ A la salud, le dijo la Matrona,
De la virtud y el conyugal decoro! »
—« Esa es del hombre la mejor corona,
Repuso él, y divinal tesoro. »
Acercóle otro paje una poltrona

De terciopelo azul con clavos de oro,
Y sentándose allí con gracia estrema,
Dió principio al romántico poema.

Como al oir al ruiseñor que canta
Abandonan los pájaros sus nidos,
Las miradas fijando en su garganta
Por gozar con la vista y los oidos,
Así no bien el Trovador levanta
La voz, cuando quedaron embebidos
Escuchando sus tonos hechiceros,
Damas y pajes, guardias y escuderos.

V

LA CITA.

Hallábanse los Príncipes cruzados
En la conquista de la Santa-Tierra,
Era Urbano segundo Papa en Roma,
Y de Jerusalen en las almenas

Por Godofredo el grande, victoriosas
Tremolaban de Cristo las banderas.
Entre los adalides que adornaban
De rojas cruces sus invictas diestras,

Hubo un hombre sin patria, sin amigos,
Y aun sin divisa, al cual por su estrañeza
Tristán llamaban los Cruzados todos,
Y los CREYENTES Rayo de la guerra :

Con ninguno reia, á nadie hablaba,
Jamás viósele alzada la visera,
Y noche y dia, siempre su ancha espada
Pendiente estaba de una banda negra.

Entrar por los infieles batallones
Y cubrir de cadáveres la tierra,
Tan breve ejecucion era á su furia,
Sobre una árabe alfana oscura y presta,

Como tragarse al Tígris una hoja
O abrasar una palma la centella.
¡ Infeliz el campeon que le aguardara
Seguro en su valor ó en su destreza !

Nada le aprovechaban cotas dobles,
Los yelmos de Damasco y las rodelas
Fuertes con triple piel de cocodrilo
Que envejeció del Nilo en la ribera ;

Todo está blando de su espada al corte.
Los duros troncos si los toca, quiebra,
Y si las peñas con su punta alcanza,
Tambien saltan las puntas de las peñas.

No lleva cruz y va con los Cruzados,
No asiste al templo en las solemnes fiestas,
Ni de los fieles las victorias canta,
Ni en los torneos, ni en las justas entra.

En tanto que descansan los soldados
Él de las tiendas sin cuidar se aleja,
Y va á sentarse solo y pensativo
Sobre una tosca, ensangrentada piedra.

El codo izquierdo en la rodilla apoya,
Cruza pausado las nervudas piernas,
La diestra inclina al puño de la espada
Y descansa la barba en la siniestra.

Al notar los suspiros que le ahogan
Y su inmóvil mirar, dirá cualquiera
Que en sus campos la sacra Palestina
Algun triste suceso le recuerda:

Ya el ejército entero murmuraba
A este varon de incomprensible secta,
Hasta dar en oidos del Patriarca
Que con santa piedad á hablarle llega.

—« ¿Has recibido el agua del bautismo? »
—« Sí, venerado padre, le contesta,
Soy bautizado, y en la SANTA-CASA. »
—« ¿Luego naciste de sus muros cerca? »

—« He nacido en Belen, mas me he proscrito:
¡Yo pequé contra Dios!... Soy... una fiera. »
—« ¡Ah! su misericordia no conoces,
La puedes alcanzar como interceda

La MUGER FUERTE de José la esposa,
La que salvara tantos hijos de Eva,
Su santísima Madre.. »—«¡Callad, hombre!...
Ese nombre terrible me atormenta;

Para un crímen tan grande como el mio
No hay perdon ni en el cielo ni en la tierra!
—« Todo puede alcanzar de Dios quien todo
De su infinita caridad lo espera. »

Estas voces reaniman su esperanza.
Es el trece de agosto, y ambos quedan
Para avistarse en el tercer dia,
De la Asuncion en la sagrada fiesta.

Mujeres, niños, príncipes, soldados
Muy mas curiosos que devotos, vuelan,
Solo por ver entrar al Templo Santo,
Un hombre que jamás pisó la iglesia.

VI

LA PROCESION.

I

Despues de la ostentacion
Con que nuestra iglesia el dia
Celebra de la Asuncion,
Cantan salves á María
Y marcha la procesion.

Cabe un trono majestuoso
Va la casta Eva tendida
Velada en fulgor glorioso,
Como la esposa escojida
« Al tálamo del esposo. »

Entre cuatro querubines
Le sigue el ánjel Gabriel
Con un ramo de jazmines
Que hubo el pueblo de Israel
Del Eden en los jardines.

Un sayal de color de cielo
De brillante seda siria
Viste, y un manto hasta el suelo
De color de terciopelo
Manchado en púrpura tiria.

Ciñen su jubon luciente
Piedras de colores varios,
Tres plumas ornan su frente,
Y al pié, los tres solitarios
Mas ricos de todo Oriente.

De ¡Hossana!... ¡Hossana!... al clamor
Hácenla al pasar la salva,
Porque va dando esplendor
Como el lucero del alba
La Madre del Redentor.

Mas refuljentes que estrellas
Cerrados sus ojos son,
Y á su divina Asuncion
Los diáconos y doncellas
Entonan esta cancion.

II

Venid, hijas de Sion, á ver al rey Salomon
El dia de sus desposorios.—Cant. de los C.

Con el laud sacro del pastor David
Hijas del Carmelo, Belen y Sion,
Los místicos salmos cantando, venid,
« A los desposorios del rey Salomon. »

Moisés llegó á orillas del mar Rojo, y él
A Moisés dió paso, muerte á Faraon,
Porque el pueblo santo fuera de Israel
« A los desposorios del rey Salomon. »

Con sus arpas de oro Sólima y Saul
Cantando discurren la etérea rejion,
Y van como el cielo vestidos de azul
« A los desposorios del rey Salomon. »

III

Así pasaron el dia
Desde el Calvario á Sion,
Y ya cuando anochecia
A Jerusalen venia
De vuelta la procesion.

Uno solo no gozaba
La sagrada diversion,
Tras el Patriarca marchaba
Y en su diestra sustentaba
El mas opaco blandon.

Pinta en la faz congojosa
Las penas que su alma oprimen,
Y era su presencia hermosa,
Tan fúnebre y pavorosa
Como la imájen del crímen.

Su cuerpo en cada pisada
Suena cual ronco cencerro,
Y era su voz atronada,

Y era su mano de hierro,
Pero de hierro animada.

Sus ojos sin variedad
Brillan cual tizones rojos
Con funesta claridad,
Como de un tigre los ojos
Rabioso en la oscuridad.

A las siete horas cumplidas
En Jerusalen entró
Y las vírjenes lucidas
Llevan sus sienes ceñidas
Con rosas de Jericó.

IV

El coro pregunta
¿Qué buscan los fieles?
Con esos laureles
En la procesion?
Y las vírjenes todas
Dicen en union:
« Vienen á las bodas
Del rey Salomon. »

V

Mas del sepulcro divino
La losa sonando salta,
Y tras silencio contino

Como el eco del destino
Se percibe en voz bien alta
Un eco de proscricion
Que dice: « Hijas de Belen,
De Carmelo y de Sion,
Echad de Jerusalen
« Al hijo de maldicion! »

A ese mortal inhumano
Que porque un culpable yerro
Reprendió su padre anciano,
Puso en su rostro ESA MANO
Que se le ha vuelto DE HIERRO,
Y su madre malhadada
Cubrió su crímen ¡ qué horror!
De él tambien será pisada,
Quedando asi castigada
De un mal entendido amor. »

Dice, y cuarenta Cruzados
Que cerca del templo están,
Entran como arrebatados
Y sacan sin ser notados
Al maldecido Tristán.
Huye el pueblo en confusion,
Guárdanse cirios y cruces,
De los salmos paró el son,
Y acabóse con las luces
La fiesta y la procesion.

VII

LOS ESQUELETOS.

I

En mudo silencio que solo interrumpe
El toque lejano de un triste esquilon,
Marchando camina sobre árabes potros
Aquel de Cruzados nocturno escuadron.

Ya que cinco millas han ya traspasado
Uno envuelto en manto de blanco algodon
A Tristán se acerca riendo, y le dice:
—« ¿ Ibas tú á las bodas del rey Salomon ?

Vente con nosotros á Belen, amigo:
¡ Allá !... cenaremos ; ¡ verás qué funcion !
Verás malas madres y pésimos hijos
Que al cielo no temen, ni su maldicion. »

A Belen llegaron, de cenar pidiendo
Donde un renegado tuviera un meson ;
Sentáronse todos las caras cubiertas
Con viseras dadas de negro pavon.

Sirviéronle en platos de estraña figura
Asados menudos de ingrato sabor,
Y en jarros informes, hendidos, verdosos,
Un fétido, amargo, púrpuro licor.

—«Entrañas son esas de pèrfidos hijos,»
Le dice un judío de gesto feroz :
Y al ver que los jarros son cráneos humanos,
Y el vino era sangre, se hiela de horror.

Vestida una vieja de inmundos andrajos
Y el rostro velado de oscuro manton,
A Tristán suplica la dé una limosna
Con éco tan flébil que inspira afliccion.

Él no vé ni oye, la empuja, la pisa:
Recobra al instante su muerta razon.
¡ Conoce á su madre !... Los cruzados mira...
¡ Cuarenta esqueletos los cruzados son !

—«¡ Hijo ingrato, tiembla ! soy tu padre, dice
Aquel de la capa de blanco algodon,
Que aquí te abandono purgando tus culpas,
« Y vóime á las bodas del rey Salomon. »

II

Cual volcan que estremece los montes,
Tembló el suelo con tal esplosion,
Como el trueno que rueda en las nubes
Rebramando en la etérea rejion :

Cae la venta, Tristán con su espada
Se atraviesa el fatal corazon,
Y una voz aterrante en el aire
Siete veces gritó ¡ Maldicion !!!

VIII

EL ENTIERRO.

Mas de treinta adalides esforzados
Defensores del TEMPLO y de San Juan,
De fino acero relumbrante armados
Tras él lijeros por salvarle van.

Tancredo ilustre que ante todos vuela,
Aguija presto un súbito alazan,
Y al ¡ quién vive ! del turco centinela
« Somos, dicen, sectarios del Coran. »

Encontraron al alba los guerreros
Yerto el cuerpo del mísero Tristán,
Cargáronle enlutados caballeros,
Y enterráronle á orillas del Jordan.

Los reptiles sus miembros desgarraban,
Temblar hizo la tierra el huracan,
Y de gozo infernal al verle ahullaban
Los horrendos ministros de Satán.

IX

EL ARBOL NEGRO.

Hallaron en su tumba unos cautivos
Que lograron despues su redencion,
Un árbol rudo de cortezas rojas
Con aquesta inscricion,

Precedida de puntos suspensivos,
Y acabada con triple admiracion
En sus estrañas renegridas hojas
Que dice. . ¡ Maldicion !!!

X

LA FANTASMA.

I

Es fama que en los contornos
Cuando alguna madre dá
Alas á su tierno hijo
Para á su padre faltar,
Asi que solos murmuran
La paterna potestad
Se les parece el espectro
Del maldecido Tristán,
Lívido el rostro, cubierto
El cuerpo en negro cendal
Brotando por boca y ojos
Un fuego azul infernal;
Crinada la sien de sierpes
Cuyo silbo hace temblar,
Que asoman por bajo el gorro
De forma piramidal;
Lleva el cendal en el pecho
Trasparente claridad,
Por dó se le ven los huesos
Desnudos de piel mortal;

Color de bronce encendido
Tienen á medio apagar,
Y el corazon que le muerde
Un negro, enorme alacran.
Rechina airado los dientes,
Sobre los hombros les dá,
Y sacudiéndolos dice
Con eco descomunal:
« ¡ Yo soy Tristán, conocedme !...
¡ Madre é hijo, escarmentad !
Si no, maldicion eterna
Vuestra sentencia será !!!

II

Hace entonces sonar un trueno horrendo,
Mide el aire cual presto gavilan
Y... ¡ Maldicion eterna !!! repitiendo,
Va á caer en las rocas del Jordan.

XI

LA PETICION.

« ¡Salve! ¡salve! ¡salve! ¡salve! »
Claman todos á la vez,
Cuando el laud del Cruzado
Lanzó el tono postrimer.

La venerable Matrona
Le observa con interés,

Y tras una larga pausa
Dícele con timidez:

—« Si os alzárais la visera...
Si el rostro os pudiera ver...
Algo os debiera, Cruzado,
Por las marcas de la tez. »

—« Señora, dice el guerrero
Finjiendo no la entender,
Hiciéralo á no estorbarlo
Un juramento de fé.

—«Por lo que me interesais
No os lo exijo deshacer. »

—«Quien no me pide un perjurio
Muestra que me quiere bien. »
—«Bien, y nada mas, Cruzado. »
—«Perdonad si os agravié. »

—«Hablásteis bien, caballero,
Y no me ofendísteis, pues
Sé que sois hombre de honor. »
—Que sois dama de honor sé.

XII

LA CENA.

En el centro del castillo
Ha sonado una campana
A cuyo toque, «¡ LA CENA !

La cena ! todos esclaman.
El Castellano Rujero
Solamente observa y calla,
Y como aquel que no quiere
A cenar tras todos marcha.
De la diestra una poltrona
Lleva que irónico arrastra,
Y con la siniestra al hurto
Requiere el puño á la espada.
Iba á pasar de la puerta
Que el ancho salon separa
Del corredor espacioso
Donde las mesas se hallan :
Cuando es tocado su hombro
De misteriosa palmada ;
El rostro torna, y tras sí
Un viejo escudero cata.
—«Señor, le dice en secreto ;
Aunque en Barcelona estábais
Estudiando mientras niño,
Y volvísteis á este alcázar
Seis años despues que Hugo,
El padre que os adoraba,
Con heróico aliento habia
Partídose á las Cruzadas ;
Y aunque se afirma que es muerto,
Puede ser noticia falsa :
Os advierto que tenia
Un lunar negro en la cara
Sobre la derecha sien,
Otro en la oreja contraria,

Y tiene en el ojo izquierdo
Como nieve seis pestañas.
Decis que con vuestro huésped
Os vais á batir mañana,
Que no hagais tal os suplico
Si la visera no alza.
Porque ese laud fué mio,
Él lo llevó á Tierra Santa;
El ademan!... la presencia!...
Y el eco de la voz!...» — Basta,
Ramon Vidal, yo sé hacer,
Presumo... no importa, anda,
Dí á mi primer escudero
Que me prepare las armas.

XIII

EL PRESAJIO.

Entre las negras furias infernales
Hay alguna sin duda cuya esencia
Es obedecer los míseros mortales
A desoir la voz de la prudencia,
Y les arrastra á términos fatales
Compensando su estólida obediencia,
Con mostrarles un fiero desengaño
Cuando es tardo el remedio y cierto el daño.

No bien marcaba el cíprico lucero
La breve vuelta del vecino dia,
Y la noche fugaz con pié lijero

Envuelta en sombras á Occidente huia;
Cuando cubierto de bruñido acero
Ya el jóven Castellano aparecia
Cruzando del castillo la esplanada
Con lanza fuerte y damasquina espada.

No fué bastante el ruego fervoroso
Que le dirije el escudero anciano,
Teniendo humilde del corcel brioso
Las áureas riendas con su débil mano:
A sus plantas postrándose lloroso,
— «Pisad, le dice, mi cabello cano,
Y no cumplais del trovador el duelo;
Temed, señor, la maldicion del cielo.»

Mas fácil es parar el rayo ardiente
Una vez en las nubes desatado,
Hacer que retroceda el sol á Oriente
Habiendo del zenit ya declinado,
Y ver calmar al Ponto de repente
Su furia por los vientos azotado,
Que variar de su intento á un poderoso,
Temerario, inesperto y ambicioso.

— «Calla, viejo insensato y novelero,
Bueno para formar coplas de amores;
No te busco yo á tí por consejero,
Ni me asustan Cruzados trovadores;
Mi palabra empeñé, soy caballero,
Quizá te habrán ganado los traidores
Domésticos que velan en mi ruina.»
Dice; monta el bridon, pica y camina.

Partir le mira el escudero y llora,
Y alzando el rostro en lágrimas bañado,
Dijo con voz profética y sonora
Cual si un ánjel hubiéselo inspirado :

— « Anda, infeliz, tu lanza matadora
Podrá verter la sangre del Cruzado,
Pero Luzbel prepara á tu delito
Condenacion eterna : adios, maldito. »

XIV

EL DESAFÍO.

Reina el silencio, en Oriente
Empieza á rayar el alba,
Y el suave céfiro apénas
Mueve las sutiles ramas:
El Cruzado trovador
Apuesto de todas armas,
Sobre su corcel espera
Fuera de la barbacana :
Cabe su lanza se apoya,
Mas no le cubre la capa
Ni el misterioso laud
Lleva colgado á la espalda.
Contemplando está el castillo,
Y ya acusa la tardanza
De Rujero, cuando éste
Se presenta en la campaña.
— « Cruzado, á cobrar el guante,

Gastemos pocas palabras,
Que son vanos los discursos
En donde los hechos hablan. »

— «Despacio, seor caballero,
Dijo el Cruzado con pausa,
Porque exijo me escucheis
Antes de entrar en batalla :
Y alzándose la visera
Prosiguió : ¿veis esta cara?
¿No encontrais señas en ella
Que os deben ser respetadas? »

— « ¡ Impostor ! gritó Rujero,
He adivinado tus tramas.
¿ Quieres que te tome yo
Por Hugo el de Mata-plana?
Fácil es finjir lunares
Y blanquearse las pestañas,
Y seducir escuderos,
Porque el oro á todo alcanza ;
Pero á quien como yo entiende
Las intrigas cortesanas,
Con toscas estratajemas
No fácilmente se engaña :
Y para darte el castigo
Que merecen tus infamias,
No quiero escucharte mas. »
Dice, y súbito le ataca.

XV

LA BATALLA.

Aun no estaba el Cruzado apercibido
Para este choque repentino, horrendo,
Pues hablaba tranquilo al Castellano
Descansando en la fé de caballero:
Así que el jóven con traidora fúria
Dió tal lanzada en su costado izquierdo,
Que falseando las armas y la cota
Introdujo en la carne el duro hierro,
Y de su mano estremecida, al golpe
Saltó la lanza descendiendo al suelo.
Cual leon de Numidia que se halla
Picado á hurtas de maligno insecto,
Que brama estremecido de coraje
Mirándole con rabia y con desprecio,
Y ni descoje las tajantes uñas
Ni la melena se le eriza al verlo,
Porque si quiere confundirlo, basta
Un leve soplo de su altivo aliento.
Así, el cruzado que se siente herido
Y ve su sangre sin razon corriendo,
Y tendida su lanza sobre el campo
Para probar su generoso esfuerzo
Saca la espada, arrójala y aguarda
A su adversario en ademan sereno.
Torna á embestirle el jóven temerario
Y al verle desarmado y sonriendo

Crece su enojo, porque á burla toma
Lo que era certidumbre de vencerlo:
Tres veces y otras tres se lanza airado
Sobre el inerme impávido guerrero,
Que sin temblar los golpes que le asesta
Evita siempre con ardides nuevos.
Hecho el Cruzado á batallar en Siria
Con gallardos jinetes sarracenos,
Habíase visto en medio de los campos
Herido por cien partes é indefenso,
Y triunfó con su astucia de enemigos
Ménos rabiosos sí, pero mas diestros;
Por tanto determina fatigarlo
Haciendo escaramuzas y rodeos,
Y cuando considera que ya es hora,
Vuelve á esperar que le acometa quedo.
Al tener inmediato á su adversario,
Como de equitacion habil maestro
Rápido impele su corcel de un lado,
Y tras él de repente revolviendo
Le persigue, le alcanza, y de pasada
Cerrado el puño en la manopla envuelto
Con indecible fúria dióle un golpe,
Tan bien sentado en la mitad del yelmo,
Que bamboleando el jóven, sin sentido
Soltó las riendas del bridon cayendo,
Y enredada la espuela en el estribo,
Quedó pendiente y arrastrado á un tiempo.
El indómito bruto ya azorado
Y libre á par del poderoso freno.
Dilata la nariz, la crin eriza,

Las orejas levanta, enarca el cuello,
Tiende la cola, relinchando brotan
Su boca espumas y sus ojos fuego,
Y corre desalado en la llanura
Tras sí llevando al infeliz Rujero:
En vano dando espuelas el Cruzado
Cual relámpago acude á socorrerlo,
Porque el fiero animal al sentir pasos
Con mas velocidad se aparta de ellos.
No es tan súbita el águila rapante
Cuando medido de la presa el vuelo,
A prenderla voraz se precipita
Con las alas cerradas desde el cielo,
Como impelido el volador caballo
Quizá por algun soplo del infierno,
Lanzándose en el foso del castillo,
Reventado cayó sobre su dueño.
Al punto mismo apareció el Cruzado,
Que desmontado se arrojó lijero,
En sangre tinto sin sentir la herida,
Por ver si salva á su rival del riesgo.
— «¡Piedad, Señor, para este desgraciado!»
Clamó impetrando la merced del cielo;
Pero una voz terrible le responde
Despues de un sordo y prolongado trueno:
— «¡Hasta cuándo piedad! caiga el maldito!
Dios no tiene piedad para perversos!
Aquese mónstruo á su mayor hermano
La existencia arrancó con un veneno,
Tirano de su madre y del castillo
Emplea con frecuencia el propio medio,

Deshaciéndose á fuerza de delitos
De cuantos niegan que su padre es muerto,
Y aun tiene repartidos emisarios
Para hacerle morir ¡ crímen horrendo !
Solo á Vidal de Besalú guardaba
Avido siempre de gustar sus versos,
Pero ni le respeta ni le estima,
Y apercibido de morir tan luego
Como un eco pronuncie en mengua suya
O sacar piense del castillo un dedo.
Tú, que pides piedad para el malvado,
¡ Si supieses que albergas en tu seno
Un tósigo fatal que en breves horas
Te hará morar la tribu de los muertos !
Y demandas piedad ? ¡ caiga el maldito !
Dios no tiene piedad para perversos ! »
Y era así la verdad ; ya en sus entrañas
Advertia el Cruzado un dolor lento,
Y un calor abrasante que por grados
Ibase apoderando de sus miembros.
— « ¡ Hijo infeliz ! gritó mirando al jóven
Que aun vivo estaba á la sazon muriendo :
¿Qué espíritu maligno te ha tentado ?
¿ De dónde hubiste un corazon tan negro ?
Mi facultad de padre no me alcanza
Sino á enmendar y perdonar los yerros ;
Pero crímenes tantos no es posible ;
Ni lo quiere mi Dios, ni yo lo debo. »
—« ¡Ay ! mi madre... mi madre me ha perdido:
Yo era... infeliz ! el hijo predilecto,
Ocultó desde niño mis maldades

Para probarme su cariño estremo;
Al fin. . fuí criminal y soy maldito!...»
Sí! sí! maldito!... respondióle un eco,
Y tras él un relámpago y un rayo
Que llenaron el foso de humo denso,
Y una turba de monstruos y de espectros
Que dejaron atónito al Cruzado
Envuelto en niebla, sombras y silencio.
Cuando volvió del éstasis horrible
Como quien sale de un pesado sueño,
Tendió la vista en derredor del sitio,
Y ni caballo vió ni caballero.
Solo un ropaje blanco divisaba
Que al lugar mismo se acercaba presto.
Se aproxima... descubre una Matrona,
Se acerca mas... ¡Rosaura, Dios eterno!
— «¡Hugo... mi esposo! dijo, y desmayada
Cayó en los brazos de su antiguo dueño;
Vuelve en breve, y prosigue: vamos, Hugo,
Sígueme por piedad... sígueme luego,
No hay que tardar, estás envenenado,
Aun te puedes salvar, no pierdas tiempo.»
Mientras andaban juntos al castillo
Encontraron los pajes y escuderos,
Que todos ante Hugo se postraron
Con muestras de obediencia y de respeto.
Uno que fuera de Rujero hechura
Dijo con tono humilde: «Caballero,
¿Qué ha sido de mi amo y vuestro hijo?
—«Ya no es mi hijo ni tu amo. Ha muerto.»
— «Decidme dónde está, voy á buscarle.»

— « Anda, vé á encontrarle en los infiernos. »
Dijo lanzando la acerina adarga
En las sienes del mísero pechero,
Que le arrancó la vida : con su muerte
Qedó cercado de un maligno menos,
Y siguió recitando estas palabras :
— « ¡ Dios no tiene piedad para perversos ! »
Con vacilante planta y rostro triste
Hasta ocultarse del rastrillo adentro.
Solo yace en los fosos el cadáver
Abandonado á multitud de cuervos,
Que antes de anochecer ya presentaba
La armadura fatal de un esqueleto.

XVI

LA MUERTE.

I

— « Ya es tarde !... ya es tarde !... Ay !
Déjame... morir... en calma.
Ay !... esposa... adiós... adios...
Oye, acércate,.. Rosaura.
Tu estremo amor á Rujero...
Ha sido... oh dolor !... la causa
Que en los profundos abismos
Habite su cuerpo y su alma !
Adios, esposa infeliz,
Adios, mis glorias pasadas,
Adios, Cataluña, adios

Castillo de Mata-plana. »
Dijo, y espiró el guerrero
Invencible en las Cruzadas,
En la sala do naciera,
Y sobre la misma cama.
No de otro modo un laurel
Que á mil héroes coronara
Con la divisa precoz
De sus envidiables ramas,
Agostado del estío
Y cubierto por la escarcha
Muere sobre el campo mismo
Que fué su cuna sagrada.
Suelto el hundoso cabello,
De su garganta abrazada,
Su mísera y triste esposa
Copioso llanto derrama.
—Unico y dulce amor mio,
Hugo!... qué... me desamparas?
Hugo! te vas y me dejas...
Dice, reclínase y calla.
Ningun criado aparece,
Paje escudero ni dama;
Solo un anciano lloroso
Hincado á sus piés se halla:
Éste, despues que los mira,
Al cielo su faz levanta,
Y en Dios los sentidos puestos
Así sollozando esclama:

II

«Ser eterno que rijes el orbe,
De los astros y mundo Señor;
Tú que alzaste del polvo al caido
Y humillaste á Luzbel por traidor,

Tú que oculto en columna de fuego
Contra el déspota Ejipcio cruel,
Condujiste en el santo desierto
A la tribu feliz de Israel;

Por su noble virtud, por la sangre
Derramada en tu gloria y honor,
Haz que goze su alma en el cielo
Paz eterna á tu lado, Señor.»

III

Vueltos los ojos al lecho
Dó el yerto guerrero estaba,
Mira á la Matrona inmóvil,
Se aproxima, toca, habla.
Espera un espacio, torna
A decir; pero ella calla.
Tienta su frente ¡es de nieve!
¡Santo Dios! murió Rosaura!
—«¡Rosaura, mi único amparo!...
¡Hugo, amigo de mi infancia!...
¡Apoyos de mi vejez!...
¡De vuestra alcurnía esperanza!...

¿Son estas las alegrías
Y las fiestas preparadas
Que esperábais disfrutar
Al volver de Tierra Santa?
Ay! no hace trece horas
Que con belicosa planta
Pisaste el umbral funesto
De tu ilustre antigua casa,
Cuando ya las siempre frias
Marmóreas urnas te aguardan
Del fúnebre panteon,
Dó tus abuelos descansan.
¿Porqué estoy vivo? ¿porqué
No he muerto en una batalla,
O al saltar de Balaguer
Por las soberbias murallas,
No me partió el corazon
Alguna morisca lanza,
O dividió mi cabeza
Furibunda cimitarra?
¿Para esto lleno de heridas
Entre las mortales ansias
Me sacastes á la vida,
Alberto de Mata-plana?
¡Alberto, digno heredero
De tu ya estinta prosapia,
Víctima de la ambicion
De Rujero! que mal haya:
Alberto! espíritu puro
Que habitas la gloria santa,
Recibe allá mis lamentos,

Y de tus padres las almas. »
Corre, pero inútilmente :
Grita y suena la campana·
Él es el solo viviente
Que habita en la fuerte estancia !
Todos fugaron temiendo,
Unos la justa venganza,
Y otros en la noche ver
Aterradoras fantasmas.
¡ Hé aquí la instabilidad
De las venturas humanas !
Ayer á tal hora era
Todo el castillo algazara !
Una multitud de pajes,
Peones, escuderos y damas,
Por todas partes lucian
Libreas, plumas y galas.
¡ Y hoy moran en él dos muertos,
Y un viejo los acompaña !
Que en su venerable rostro,
Blancos cabellos y barba,
Parece imájen del tiempo
Que con inmutable calma
De algun disuelto planeta
Entre los fragmentos anda.

XVII

EL ENTIERRO.

I

Era la noche : un anciano
De luctuosa vestimenta,
Con sombrero de castor
Ornado de plumas negras,
Sobre el báculo apoyado
Y tirando de una cuerda,
De un corredor á lo largo
Marchaba con planta lenta.
Tras él sigue un ataud
Sobre cuatro toscas ruedas,
Y la capa del Cruzado
Es su fúnebre cubierta :
Espada, lanza y escudo
Terciados encima lleva,
Y una de laurel corona
Y otra de blancas adelfas,
Tiene inscrito el ataud
Este rótulo : REQUIESCANT
IN PACE á los piés, y un Cristo
De plata en la cabecera
Del conductor en la espalda
El místico laud cuelga,
Que fatigado desata
Y mientras descansa suena :

Así en tanto que camina
O que á reposar se sienta,
Agudos suspiros lanza
O canta tristes endechas.
Es ya mas de media noche
Cuando á la jigante puerta
Del sombrío panteon
Lloroso y cansado llega.
Solo una lámpara arde
Cuya escasa luz apénas
Tiembla oscilando, y parece
Que hasta las paredes tiemblan.
Su testa descubre, cruza
Los brazos, fija en la tierra
Sus rodillas, y tres veces
El suelo que pisa besa,
Sigue tendida á la espalda
Su nevada cabellera,
Mira con inquietos ojos
Las urnas que le rodean,
Alza la marmórea losa
A la sepultura hueca,
Los dos cadáveres baja
Que el féretro condujera :
Siéntase al borde aflijido,
Y á par que en llanto los riega
En trova triste cantóles
Esta despedida eterna.

II

«Paz á tu alma, impávido guerrero,
Del cristiano pendon espejo y luz,
Que sustentar supiste con tu acero
El glorioso estandarte de la Cruz.

Paz á tu alma tambien, Rosaura hermosa,
Víctima de tu afecto maternal,
Que espiraste, infeliz, cual fresca rosa
Que arrebata mujiente vendabal.

Ya mas no te verán los campos, Hugo,
De Valsarell, Cardona y Sampadós,
Dó en mejor tiempo solazarnos plugo,
¡Tiempo dichoso cuando quiso Dios!

Ni ya mas nos verá cruzar Fontesa,
La vuelta de Carril y de Malgrat,
Ni á Castell Gali descender Manresa,
Dó se juntan el Suria y Llobregat.

El Suria ¡ay!.. que en nuestra edad temprana
Nos viera sus orillas remontar,
Por gozar los festones de Oliana,
De Bassella, de Urgel y Castellar.

Ya de tanta victoria y tanta hazaña,
Tumba pudiste apenas alcanzar!...
Todos te huyen, nadie te acompaña!..,
Ni siquiera un ministro del altar!...

¡ Dejabas una esposa, noble amigo,
Pero la muerte os reunió á los dos !...
Tambien la tumba me unirá contigo.
Recíbeme, sepulcro... mundo, adios. »

XVIII

EL ANGEL.

Dice el anciano así, suspira triste,
Y alzó la losa con su mano enjuta;
Era de mármol negro, y tan pesada,
Que dos mancebos de una fuerza hercúlea
Si probasen de acuerdo á suspenderla,
Pudiéranlo alcanzar con pena mucha.
¡ Tanto es verdad que un corazon sublime
Rejuvenece al borde de la tumba !
¡ Adios, mundo !... repite y delirante
Iba á lanzarse en la mansion oscura :
Cuando un ánjel, hermoso como el cielo,
Adornada la sien de blancas plumas,
Le asió del hombro, y dijo con voz suave :
— «Cristiano trovador, detén tu fúria.
Para vivir es tuya la existencia :
Pero para arrancártela no es tuya.
¿ Quieres que Dios, suicida, te maldiga,
Y el fuego del infierno te consuma ?
¿Quieres despues que está la gloria abierta
Esperando tu alma noble y pura,
Tus méritos borrar con un delito,
Y labrarte la eterna desventura ?

Vuelve á la vida, tu mision no es esa;
Deja ese albergue pavoroso, nunca
Humana planta volverá á pisarlo;
Huye, no se desplome y te confunda.
Si de Tolosa en los florales juegos
Ya aromas de oro disputar no gustas,
Mayor corona á tu cabeza aguarda.
Con santa inspiracion tu laud pulsa
Vé á cantar á los hombres esta historia,
Hija infernal de la ambicion impura:
Haz saber á los hijos descarriados
Que un padre es como Dios que aun muerto triunfa
Que no espere del cielo la clemencia,
El que viola su ley eterna, augusta,
Y á los débiles padres, que escarmienten:
Pues la debilidad de un padre es culpa.
Toma presto el laud, deja este alcázar!...
Huye, no se desplome y te confunda!...
Dijo y desapareció. Cayó la losa.
Huye y deja este alcázar!...» voz oculta
Gritó en el panteon, y el eco ronco
Se dilataba en las marmóreas urnas.

XIX

LA DESPEDIDA.

Resignado y obediente
A las órdenes divinas
Deja el anciano lloroso

Su infeliz morada antigua,
Antes, á orar fervoroso
Sobre el sepulcro se hinca,
Forma una cruz en su frente
Con el polvo de la orilla,
Y entonces con planta incierta,
Triste y confuso camina
Dejando en llanto regada
La cara tierra que pisa.
Váse al paso despidiendo
De las urnas cinerícias,
En cada columna pára,
Y á suspirar se reclina,
Semejante á un arroyuelo
Que dá cien vueltas distintas
Como temiendo alejarse
Para siempre de las guijas,
Y de las silvestres flores
Que cultivó con su linfa,
Que entre sus ondas retrata
Y con sus perlas salpica;
Así llega hasta la puerta
Por donde en mas faustos dias
Entrára de aplausos lleno,
O de gloriosas heridas.
Allí pretende, aunque en vano,
Dar la postrer despedida;
Pero fáltanle palabras
Con que esplicar su agonía,
« Que no el elevado acento
Concede al dolor Polimnia,

«Ni roba al laud sus sones
« La mano desfallecida.»
Siente un trueno subterráneo :
Fosfóricas luces jiran
Sobre las altas almenas,
Y ve fantasmas que gritan:
— « Huye de este alcázar!... huye!...
Sálvate en esa colina,
No esperes que se desplome
Y te sepulte en sus ruinas. »

XX

LAS RUINAS.

Dios sabe lo que hace. Hay en la tierra
Existencias que corren breve espacio:
Pero que á la centella parecidas,
Duran, brillan, y acaban arruinando.
Forzado por la voz de los sepulcros
Su incierta planta dirijió el anciano
A una altura distante milla y media,
Y allí paróse á contemplar el cuadro
Funesto y horroroso, que á su vista
Presentaba el alcázar incendiado.
Al sombrío fulgor de las azules
Y verdes llamas que por puntos varios
Se alzaban flameantes, distinguia
Un jigantesco espectro, que vagando
Ya paraba azorado, ya corria
Con paredes y escombros tropezando,

Cada lamento que al caer lanzaba,
Era un trueno sonante y dilatado;
Si un capitel tocaba descendia
Tras sí empeliendo los vecinos arcos.
Un nuevo incendio al punto aparecia,
Donde fijaba su mirar de rayo,
Era un Luzbel en medio del infierno;
Monarca de las fúrias sanguinario.
Sigue trás él una fantasma negra
Que asido le asegura por el manto.
Con la cabeza destocada y lisa,
Ojos undidos, rostro descarnado;
Esqueleto infernal de piel vestido,
Seco el cuerpo, las piernas y los brazos.
Antorcha funeral de roja lumbre
Sacude sobre el hombre del malvado,
Y cada vez que pugna por librarse,
A su mal se levanta lamentando
Con sardónica risa y ronco acento,
Le grita: —«Miserable!... es tarde, en vano
Intentas escapar!... Ya tú eres mio!...
Solo Dios te liberta de mis manos,
Y él... «no tiene piedad para perversos.
No te quejes, maldice condenado,
Hasta el fin de los siglos soy contigo;
No te puedo dejar, Dios lo ha mandado.»
Y. entónces ajitando mas furiosa
La satánica antorcha, al desgraciado
Martiriza, y destroza y descoyunta
Con horrible impiedad, — en torno de ambos
Sin cesar un enjambre se veia

De negras mariposas revolando,
Y lechuzas, murciélagos y tingues,
Que entonaban un himno endemoniado.
Es Rujero el espectro furibundo,
Y la fantasma asida de su manto,
La eterna «maldicion» que le seguia
Hasta el fin de los siglos. — Sonó en tanto
Una esplosion terrible y pavorosa;
Su forma el mundo recobró del caos.
Cual si estuviese entre un cañon inmenso
El globo de la tierra, y con su mano
Un Dios ó un jénio el polvorin prendiendo
En los aires hubiérale lanzado:
Así cuanto existiera en aquel punto
Todo se estremeció, fué sombra y pasmo.
No empero el Trovador cerró los ojos,
Antes, de santa inspiracion tocado,
Dijo: « Dios me lo manda cantar todo.
Todo lo debo ver, Dios lo ha mandado. »

....
....
....
....

Cuando el sol esparció su luz primera,
No quedaban vestijios de palacio
Y era un páramo yermo, mal cubierto
De áridas rocas y silvestres cardos.

XXI

EL POETA.

Bajó de la colina
El trovador sagrado,
Y los pueblos le vieron
De cipreses y adelfas coronado.

Así corrió el poeta
Las villas y los campos
De la antigua Barcino,
El trájico suceso discantando.

Los padres á sus hijos
Mostrábanle llorando,
Los hijos le adoraban,
Y unos y otros le llamaban Santo;

Y le acataban todos
La rodilla doblando;
Semejante á un profeta
Que entona en su laud divinos Salmos.

Su glorioso instrumento
Dejó al morir colgado,
De un laurel floreciente
En los siempre fecundos verdes ramos.

La indolencia del hombre...
Los siglos que han pasado...
Las tormentas y guerras...
Con el laurel y el plectro han acabado...

Pero todos los justos
Entre sus pechos castos,
Con ígneas letras tienen
« Ramon Vidal de Besalú » grabado.
El poeta no muere,
Pues del tiempo ignorado,
La historia está en su mente,
Y la inmortalidad está en sus cantos.

EL RUISEÑOR Y EL CERDO.

—

FABULA.

Un ruin cerdo que yacia
En el chiquero encerrado,
Oyó al ruiseñor un dia,
Y se imajinó dotado
De la misma melodía.

El arrastrado animal
Al escuchar los acentos
De aquel pico sin igual,
Le importuna por momentos
Con su música infernal.

Aunque aquel le hubiese oido,
Ser contra sí no comprende
Y trina alegre en su nido

Porque quien á nadie ofende
No teme ser ofendido.

«¿No ves, dijo el colibrí,
A esa bestia que berrea
No muy distante de aquí?
Pues tan solo es con la idea
De darte pesar á tí.»

«¡Ola! esclama el ruiseñor
¿Con que el inmundo cochino
Es mi oculto detractor
Porque no plugo al destino
Hacerle nacer cantor?

«Pues para que su insolencia
Pague cerrando el hocico,
Quiero en una competencia
Probarle la diferencia
Que hay de su trompa á mi pico.»

«No, dijo el sunsun, reposa:
Cuando de dudas te saco
Por afeccion amistosa,
¿Harás la bajeza odiosa
De alternar con un berraco?»

El Señor de los señores
A él le crió para el cieno,
Y á tí para que las flores
Libes del pensil ameno,
Y discantes los amores.»

« Dices bien, contestó fiel
El ruiseñor ; pensé mal,
Desprecio su accion cruel :
« Vaya y busque otro animal
Que pueda igualarse á él. »

Volando de flor en flor
Fuese el consejero cuerdo ;
Tras él marchóse el cantor
Sin curarse mas del cerdo.
— Hizo bien el ruiseñor.

LA ESTRELLA DEL PAN.

—

Mi guajira hermosa
Por las tardes vá
Con otras doncellas
De su misma edad,
A pasear la orilla
Del claro San Juan ;
Y sus ojos brillan
Con luz celestial,
Como la de Vénus,
Estrella sin par,
Que al ponerse adorna
« La cumbre del Pan. »

A veces al cuello
Revuélvese el chal,
Y busca en la arena
Conchitas del mar,
Mas si yo me acerco
Dos ó tres me da,
Y sale corriendo
Por el arenal,
Y á oscuras me deja
Como al declinar
Se oculta entre nubes
« La estrella del Pan. »

Cuando sé el domingo
Que en el baile está,
Aunque lluevan piedras
No puedo faltar.
Llevo mi machete,
Mi potro alazan,
Mi mejor camisa
Bordada de olan;
Y por darla gusto
Quisiera brillar,
Como en medio al cielo
« La estrella del Pan. »

Cuando le pregunto
¿ Te quieres casar ?
Ella me contesta :
Usted lo sabrá.
Le digo mil cosas

Que quitan pesar
Y décimas bravas
Lè canto en verdad,
Por un renglon todas
Glosadas están,
Diciéndole: « eres
La estrella del pan. »
Despues que se acaba
Me voy á acostar,
Triste por lo poco
Que durado há.
Como los pañuelos
Cambiamos allá,
Desvelado, el suyo
Me pongo á besar;
Pero si me duermo,
Comienzo á soñar;
Y sueño que veo
« La estrella del Pan.»
Ya no tengo gusto
Para trabajar,
Ni los gallos corro,
Ni los cuido ya.
Todo me fastidia,
Me hace incomodar:
Ya ni mis amigos
Contento me dan
Y algunos me dicen
Que tendré este mal
Hasta que sea mia
« La estrella del Pan. »

ADIOS A MI LIRA.

—

(EN LA CAPILLA).

No entre el polvo de inmunda bartolina
Quede la lira que cantó inspirada
De empíricos laureles coronada
Las glorias de Isabel y de Cristina;
La que brindó con gracia peregrina
La SIEMPRE VIVA al cisne de Granada :
No yazga en polvo, no, quede colgada
Del árbol santo de la Cruz divina.

Omnipotente ser, Dios poderoso,
Admitidla, Señor, que si no ha sido
El plectro celestial esclarecido
Con que os ensalza un querubin glorioso,
No es tampoco el laud prostituido
De un criminal perverso y sanguinoso :
Vuestro fué su destello luminoso,
Vuestro será su postrimer sonido.

Vuestro será, Señor, no mas canciones
Profanas cantará mi estro fecundo :
¡ Ay ! que llevo en la cabeza un mundo !
Un mundo de escarmiento y de ilusiones,
Un mundo muy distinto de este sueño,

De este sueño letárjico y profundo
Antro quizá de un Jénio furibundo
Solo de llantos y amarguras dueño.
Un mundo de pura gloria
De justicia y de heroismo
Que no es dado á los profanos
Presentir mundo divino;
Que los hombres no comprenden
Que los ángeles han visto,
Y aun con haberlo soñado
No lo comprendo yo mismo.
Acaso entre breves horas
Cuando divise el Empíreo,
Postrado ante vuestro trono
Veré mis sueños cumplidos!
Y entonces vueltos los ojos
A esta mansion de delitos,
Os daré infinitas gracias
Por haber de ella salido,
En tanto quede colgada
La causa de mi suplicio,
En un ramo sacrosanto
Del que hicísteis vos divino.
Adios mi lira, á Dios encomendada
Queda de hoy mas; «á Dios» yo te bendigo;
Por tí serena el ánima inspirada
Desprecia la crueldad de hado enemigo.
Los hombres te verán hoy consagrada,
Dios y mi último adios quedan contigo,
Que entre Dios y la tumba no se miente.
A Dios, voy á morir... ¡Soy inocente!

EL JURAMENTO.

—

SONETO.

A la sombra de un árbol empinado
Que está de un ancho valle á la salida,
Hay una fuente que á beber convida
De su líquido puro y arjentado :

Allí fuí yo por mi deber llamado,
Y haciendo altar la tierra endurecida,
Ante el sagrado código de vida,
Estendidas mis manos he jurado :

Ser enemigo eterno del tirano,
Manchar, si me es posible, mis vestidos
Con su execrable sangre, por mi mano

Derramada con golpes repetidos ;
Y morir á las manos de un verdugo,
Si es necesario, por romper el yugo.

DESPEDIDA A MI MADRE.

—

SONETO.

(DESDE LA CAPILLA.)

Si la suerte fatal que me ha cabido,
Y el triste fin de mi sangrienta historia,
Al salir de esta vida transitoria
Deja tu corazon de muerte herido;

Baste de llanto: el ánimo aflijido
Recobre su quietud; moro en la gloria,
Y mi plácida lira á tu memoria
Lanza en la tumba su postrer sonido.

Sonido dulce, melodioso y santo,
Glorioso, espiritual, puro y divino,
Inocente, espontáneo como el llanto

Que vertiera al nacer: ya el cuello inclino!
Ya de la relijion me cubre el manto!
Adios, mi madre! adios... EL PEREGRINO.

PLEGARIA A DIOS. (*)

—

Ser de inmensa bondad, Dios poderoso,
A vos acudo en mi dolor vehemente;
Estended vuestro brazo omnipotente,
Rasgad de la calumnia el velo odioso,
Y arrancad este sello ignominioso
Con que el mundo manchar quiere mi frente.

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,
Vos solo sois mi defensor, Dios mio.
Todo lo puede quien al mar sombrío
Olas y peces dió, luz á los cielos,
Fuego al sol, jiro al aire, al Norte hielos,
Vida á las plantas, movimiento al rio.

Todo lo podeis vos, todo fenece
O se reanima á vuestra voz sagrada:
Fuera de vos, Señor, el todo es nada,
Que en la insondable eternidad perece,
Y aun en esa misma nada os obedece,
Pues de ella fué la humanidad creada.

(*) Estos versos los fué recitando el infortunado Placido desde la capilla hasta el lugar del suplicio.



Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia,
Y pues vuestra eternal sabiduría
Ve al través de mi cuerpo el alma mia
Cual del aire á la clara trasparencia,
Estorbad que humillada la inocencia
Bata sus palmas la calumnia impía.

Mas si cuadra á tu suma omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impío,
Y que los hombres mi cadáver frio
Ultrajen con maligna complacencia,
Suene tu voz, y acabe mi existencia...
Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mio.

LA SIEMPREVIVA.

—

EN LOOR

DE DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Antes que torne en rojo el horizonte
La clara luz del sol resplandeciente,
Y con variados trinos el sinsonte
Baje á imitar la murmurante fuente ;
En la alta cumbre del vecino monte
Do el céfiro susurra blandamente,
« Al son sublime de las cuerdas de oro, »
La rama ceñiré del piério coro.

Cual de bélico ardor arrebatado
El desnudo mancebo se presenta,
Solo de noble atrevimiento armado
En el estruendo de la lid sangrienta;
Así yo vuelo impávido, animado
De gloria al soplo que mi pecho alienta,
Y pulso entre los vates la áurea lira,
Aunque ni el arte ni el saber me inspira.

Mas ya que un rayo puro y esplendente
El ígneo padre de Faeton me esquiva
Para ornar tu Aureola refuljente,
Y de tal gloria sin razon me priva;
Séame dado en tu velada frente
Colocar esta roja «Siempreviva,»
Indica flor con que Almendar decora
Su clara linfa de cristal sonora.

Destila el alba con su faz serena
Fecundas perlas en risueñas flores,
El manso arroyo por la blanca arena
Límpido bulle convidando amores;
Con voz melíflua de contento llena
Himnos entonan gratos ruiseñores;
Huyen las sombras, y el dolor y el llanto;
Todo es dicha y placer donde yo canto.

¿Qué importa, empero, que el dolor reinara
Tendiendo la borrasca el denso velo,
O que el rayo abrasante resonara
Y el mar cubriese embravecido el suelo,
Si al dulce acento, cuando yo cantara,

De su apacible claridad el cielo
La faz vistiendo con que rie mayo,
Calmara el mar y contuviera el rayo ?

No tan copiosa lumbre el sol derrama
Cuando la etérea bóveda ilumina,
Cual de plácido gozo inmensa llama
Vertió la tumba de Colon divina,
Al publicar la voladora Fama
Como ensalzaba la sin par Cristina,
Cercano al sólio de Isabel dichosa,
Al inmortal Martinez de la Rosa.

El placer que la alegre primavera
Vierte en la tierra con gentil semblante,
Nuncio de paz, que en la turbada esfera
Bonanza ofrece al triste navegante ;
El dulce beso que la vez primera
Recibe de su ninfa el tierno amante :
Y el hermoso nacer de un claro dia,
Vivos trasuntos son de mi alegría.

Llénase el alma de cabal contento
Al ver fugar de la nacion hispana
Los secuaces del déspota violento,
Traidor contra su sangre soberana ;
Y esterminado el tribunal sangriento
De hircanos tigres con figura humana,
Mónstruos que alteran, infundiendo espanto,
La dulce paz del Evanjelio santo.

Sumida en lloro la invencible España,
Víctima noble de discordia impura,

Vió de sus hijos en la horrible saña,
Cercano fin y perdicion segura:
A otros proscritos, que en nacion estraña
Lamentaban su fiera desventura,
Viendo su patria envuelta en precipicios
De crímenes, venganzas y suplicios.

La voz entónces al empíreo alzando
Humilde esclama en suplicante tono
¡Santo Dios de Israel! tú, que mirando
Mi pena estás desde el escelso trono,
Haz que mis hijos su furor calmando,
Por tí depongan el funesto encono;
Que no es el odio timbre de los reyes,
Ni sangre piden tus cristianas leyes.

El almo Dios al escuchar su acento
Plácido envia celestial querube,
Que veloz mide la region del viento
De oro y zafir en trasparente nube.
Enjuga el llanto, mira al firmamento,
Dice, y al cielo majestuoso sube.
España al verlo, cándida respira,
El llanto enjuga, al firmamento mira.

Vió en tenebrosa oscura madrugada
Lucir la hermosa estrella matutina,
Nacer la blanca aurcra sonrosada,
Mostrando al sol su frente purpurina;
Resonar la tormenta inesperada
Que débiles centellas aun fulmina:
La discordia cruel tendiendo el velo,
Brillar el íris, y aclararse el cielo.

Cristina fué la refuljente estrella:
Risueña aurora, su ínclita amnistía;
El luminoso sol, Isabel bella;
Feroz tormenta, la ambicion impía,
Que lejana lanzó débil centella,
Amagando incendiar la monarquía,
Y tú, la Rosa, el íris reluciente,
Dulce esperanza de la hispana gente.

¿Y quién por su saber y patriotismo
Mas digno fuera de tan alta gloria
Que tú, cuya aversion al despotismo
Nos asegura perenal victoria,
Del Tártaro arrojándole al abismo;
Y cuyo nombre grabará la historia
De la nacion, y de mi canto al ruego,
En tablas de oro con buril de fuego?

Ya mas no te verá la cumbre Alpina
Cruzar cercado de dolor y pena,
Y de Pompeya en la asombrosa ruina
Con vacilante paso hollar la arena
Ni la vista á tu patria peregrina
«Desde las tristes márgenes del Sena»
Volver cubierto en aflictiva calma,
De llanto el rostro, y de pesar el alma.

Sutil Favonio que la esfera exhalas
Bálsamos gratos que la zona cria,
Lleva á la Rosa en tus lijeras alas
La SIEMPREVIVA que mi amor le envia:
Tan destituida de vistosas galas
Como mi humilde lira de armonía,

Por ser entre las flores tropicales
Emblema fiel de acciones inmortales.
Y tú, del alto Pindo rey sagrado,
Mientras los prados, fuentes y pastores,
Del ígneo sur al setentrion helado
Con mudo acento cantan sus loores;
Deja su heróico rostro coronado
De divino laurel y olimpias flores,
Levantando en tu fúljida carroza
Al sublime cantor de Zaragoza.

A D. FRANCISCO JAVIER FOXA,

AUTOR DEL DRAMA HISTÓRICO

DON PEDRO DE CASTILLA.

—

SONETO (INÉDITO).

Genio fecundo, en cuya frente brilla
Clara estrella de lumbre inspiradora,
Inmensa y pura como el Sol que dora
El cielo azul de tu paterna Antilla.

Vate y guerrero cual moderno Ercilla,
Diadema de laurel tu sien decora,
Y al eco de tu cítara sonora
Torna á vivir **Don Pedro de Castilla**.

Si arde tu corazon en viva llama
Por morar en el templo de Memoria,
Si la inmortalidad tu pecho inflama,

Pide asuntos sangrientos á la Historia,
Y harás tu nombre digno de la fama,
Que asi se arrancan palmas á la Gloria.

(*) Este soneto, que no se halla en ninguna edicion de las Poesias, me ha sido comunicado por un amigo de Placido y copiado del original.

(*Nota del editor.*)

INDICE.

—

PAG.
*A una Ingrata.—*Soneto*...................... 1
*A mi Amada.—*Soneto*...................... 2
En la muerte de Jesucristo.—*Soneto*.......... 3
Fatalidad.—*Soneto*............................ 4
*La Palma y la Malva.—*Fabula*............... 5
*Los dos Gallos.............................. 6
Jicotencal.—*Romance*........................ 8
*La Partida del Pirata.—*Romance*............ 11
La muerte de Gesler.—*Soneto*................ 13
*El Conde y su arriero....................... 14
*Mi Amor..................................... 17
*El Perro de Amarilis........................ 20
*Mi Casa..................................... 21
*El garrafon de Juana........................ 25
*Letrilla.................................... 27
*Un Consejo á las Bellas..................... 29
*El Aguila y los Palomos..................... 33
*La Flor de la Caña.......................... 36

*Ya me caso.................................. 40
*A Selmira.................................. 43
*El Egoista.............................. ... 45
A mi amigo Dóris.—*Soneto*................. 47
La Sombra de Mina, delante de Bilbao.—*Soneto*. 48
A mi amigo A. A. R., en la muerte de Fela.—
Epistola......... 49
La Luna de Enero.—*Letrilla*........... 52
A Mira............... 54
El Cántaro de Juana......................... 55
Compañía peligrosa.—*Fabula*............... 56
El Año nuevo................................. 57
Cumpleaños de S. M. la Reina Gobernadora de
España.—*El Anjel de la Gloria*............ 60
Romance.—*Despedida*....................... 68
La Flor de la Cera. 70
Decepcion.—*Soneto*...... 72
A mi Amigo, en la muerte de Fela.—*Soneto*... 73
En los dias de Fela, despues de su muerte.-*Soneto* 74
A Don Eduardo Torres, en el ária de Asur.-*Soneto* 75
Al Aniversario de la muerte de Napoleon.-*Soneto* 76
A Desval, en su dia.—*El sueño*............... 77
Letrilla.. 82
Especulacion moderna. 84
Décima.. 85
A un Criticastro. . . . . id.
Nueva Jeneracion.—*Fabula*.. 88
A Nicolas Ayala, en la muerte de Fela.—*Soneto*. 89
En la Proclamacion de Isabel II, Reina de Espa-
ña.—*Oda*. 90
Diadema Réjia—A la Jura de la Princesa heredera. 95
La Ambarina.—A los dias de la Reina Goberna-
dora de España. 98
Al Cumpleaños de S. M. la Reina Gobernadora. 100

A los dias de la Reina de España, Doña Isabel II, —La sombra de Pelayo.—*Oda*. 104
Al Cumpleaños de S. M. la Reina Gobernadora.. 106
A la muerte de mi amigo C. D. G.. 110
A Don Antonio Hermosilla.—*Soneto*. 115
A Doña Isabel II, en su dia.—*Soneto*. 116
En los dias de la Reina Gobernadora de España. —*Soneto*.. 117
A los dias de S. M. la Reina Doña Isabell II.— *Soneto*.. 118
En los dias de la Reina Gobernadora.—*Soneto*.. 119
Al Sr. D. Francisco Chacon, por la proteccion que dispensó á un amigo durante su prision.—*Epistola*. 120
A las Señoras Pantanelli y Rossi.—*Soneto*. . . . 123
La Concha marina.—Al artista D. Eduardo Torres. 124
Al Sr. D. Manuel F. de Jáuregui, en su dia.— *La Guirnalda*. 126
Duelo de Amistad.—En la muerte del capitan de caballería D. G. O.—*El Ciprés*.. 128
Al Sr. D. Francisco Chacon, en su dia.—*Oda*. . 131
A la Escma. Sra. Doña María Francisca del Castillo, Condesa de O-Reilly, en su dia.—*Oda*. . 134
Utilidad del trabajo.—Dedicada á D. Manuel Gonzalez del Valle.—*Octavas*. 137
Al Sr. D. Antonio Buitrago y Blake, en su nombramiento de Mariscal de Campo.—*La Sombra del Cid*. 143
A los natales de Délio.—*Romance*. 147
En la muerte de la Señorita Doña Juana Ruiz de la Plaza. 149
Consejos á Fabio.—*Soneto* 152
Muerte de César.—*Soneto*. 153
Al nacimiento de N. Chacon.—*Soneto*. 154

A un amigo, en la muerte de su niña.—*Soneto.* 155
La Rosa Inglesa.—*Fabula*.. 156
Décima.. 157
Al Sr. Marqués de Casa-Calvo, en el restablecimiento de su salud.—*Epistola*. 158
Décima.. 160
La Ausencia.. id.
A mi amigo Dóris, en la prision.—*Epistola*. . . 162
Al Sr. D. Ignacio Valdés Machuca.—*Dedicatoria*. 164
Al Yumurí. 165
Cora.—*Romance*.. 171
En los dias del Sr. D. M. de A.—*Soneto*. . . . 175
Al Sr. D. Martin de Arredondo.—*Soneto* (improvisado).. 176
Al Sr. D. Fernando de Rojas.—*Epistola*. 177
A la Señorita Doña Virjinia Pardí.. 181
A Doña Inocencia Martinez.—*El Suspiro*.. . . . 183
A la Sra. Teressina Rossi. 187
Consejos á un amigo. 188
Las Flores del Sepulcro.—A la sentida y prematura muerte de mi mas cara amiga María de las Mercedes Socarraz. 190
A T. en su dia.—*Soneto*. 200
El Canario.—A los dias de Selmora.—*Soneto*. . . 201
A mi amigo Don Buenaventura Romero, en la muerte de su hijo. 202
A la Sra. Doña C. E. en su dia.—*Soneto*. . . . 205
A la Sra. Doña C. E. con motivo de haber cantado cierta cancion.—*Soneto*. 206
A mi Amada, en su dia.—*Soneto*. 207
A la Sra. Doña C. E. 208
Atala.—*Cancion*. 210
El Eco de la Gruta. 213
A Dorila de Almendar.—*Soneto*. 215

A los ojos de mi Amada. 216
El Perjurio de Célia.—*Epistola*. 218
A la ingratitud de Celmira.—*Cancion*. 219
A mi Cumpleaños.—*Soneto*. 222
Las Faltas.—*Soneto*. 223
El Loco cuerdo.—*Soneto*. 224
Sobre la Sepultura de Rocinante.—*Soneto*. . . . 225
El Usurero.—*Soneto*. 226
Anacreóntica. 227
Cada uno arrima la brasa á su sardina. 228
La Inocencia. 229
El Zorro Orador.—*Fabula*. 230
Los Bobos.—*Fabula*. 231
El Pastor y el Mico.—*Fabula*. 233
El Grumete Retórico.—*Fabula*. 234
La Escuela del Diablo.—*Fabula*. 235
La Flor del Café. 236
El Perro. 238
El Jaqueton. 240
Un Remedio.—*Fabula*. 242
La Luna de Octubre.—En el cumpleaños de Fela. 244
Amores mosquitos. 249
A P. G. en la muerte de Fela. 251
A mi amigo F. de la C. C. en la muerte de Fela.
—*Anacreontica*. 255
La Flor de la Piña.—*Anacreontica*. 257
Llanto de Despedida. 259
En un Album.—*La Transformacion*. 263
El Pescador de San Juan.—*Romance*. 267
La Resurreccion.—*Soneto*. 277
El Cólera en la Habana. 278
A El Pan. 284
El Amor Pescando.—*Fabula*. 289
Epígramas. 292

El Cernícalo y la Abeja.—*Fabula*.......... 299
Cementerio Ideal.—*Portada*............. 302
Imitacion (*de incierto autor*)............. 307
En la muerte del Redentor............. 311
La Resurreccion.—*Oda*............... 317
El Evanjelio.—*Fabula*................ 319
Leyenda Caballeresca—*El hijo de la Maldicion* 321
El Ruiseñor y el Cerdo.—*Fabula*......... 371
La Estrella del Pan................. 373
Adios á mi lira.................... 376
El Juramento..................... 378
Despedida á mi madre.—*Soneto*......... 379
Plegaria á Dios.................... 380
La Siempreviva.................... 381
A D. Francisco Javier Foxá.—*Soneto* (inédito).. 387